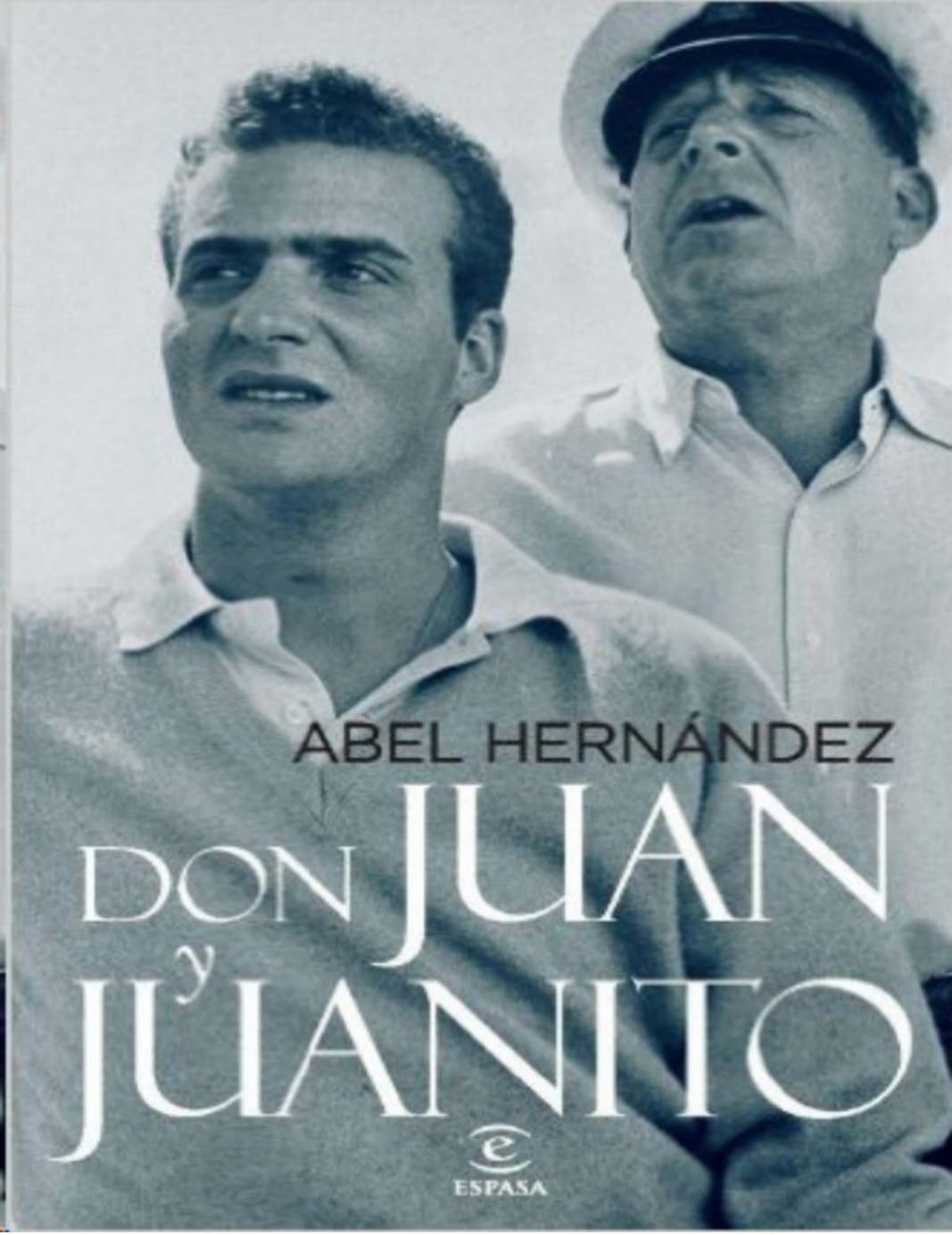

ABEL HERNÁNDEZ

DON JUAN y JUANITO

ESPASA

Índice

PORTADA
DEDICATORIA
CITA
PRÓLOGO
1. VIAJE A LO DESCONOCIDO
2. EL ENCUENTRO EN EL AZOR
3. EL PRÍNCIPE ITINERANTE
4. LA ACADEMIA Y EL DRAMA
5. ENTRE DON JUAN Y FRANCO
6. AMOR BAJO VIGILANCIA
7. LA BODA Y SUS CONSECUENCIAS
8. EL PRISIONERO DE LA ZARZUELA
9. LA CRISIS DE 1966
10. TIEMPO DE ESPERA Y DE INTRIGAS
11. EL NOMBRAMIENTO DE LA DISCORDIA
12. CADA CUAL POR SU LADO
13. A LA ESPERA DEL DESENLACE
14. AL FIN EN EL TRONO
15. EL 23-F EN FAMILIA
EPÍLOGO. EL REY DE LA MIRADA TRISTE
BIBLIOGRAFÍA
NOTAS
CRÉDITOS

A Pilar

Podréis hacerme abdicar de mis glorias y de mi Estado,
pero de mis tristezas, no;
todavía soy rey de mis tristezas.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Ricardo II*.

Prólogo

Confieso que inicié con gran prevención la ardua tarea de escribir este libro. No bastaba la curiosidad que sentía por desentrañar el drama que se adivinaba tras estos dos personajes vitalistas, don Juan y su hijo, partidarios del mar y de la caza, de los toros y del buen vino, protagonistas de una historia en la que el concepto del deber se impuso claramente a los sentimientos personales. ¿Hasta qué punto —me preguntaba— para ser rey hay que prescindir de los sentimientos? Enseguida me convencí de que estaba ante uno de los grandes dramas históricos del siglo xx español, un verdadero drama real, digno de la puesta en escena de William Shakespeare.

En la larga disputa por la Corona, que se iniciaría nada más acabada la Guerra Civil y que duraría más de treinta años, se impone el arbitraje del general Franco, bajo la atenta mirada de los militares. Juan Carlos se ve obligado a ocupar el puesto de su padre, sacrificándolo para salvar la institución monárquica. Aquel, con infinita generosidad, haciendo de la necesidad virtud, le facilita el terreno abdicando y conteniendo a la oposición antifranquista. Una vez en el trono, el rey Juan Carlos sorprende a casi todos y acaba cumpliendo el sueño de don Juan: ser rey de todos los españoles. Para salvar la Corona tiene que «traicionar» a los dos, a Franco y a don Juan, que le habían usado durante toda su niñez y su juventud como dócil peón en la partida que se jugaba entre El Pardo y Estoril. ¿Por qué el fondo de la mirada de este hombre es siempre triste, cargada de ausencias y melancolía? ¿Hasta qué punto la severidad de don Juan hacia su hijo y la ausencia del padre en los años en que se forma la personalidad pudo condicionar psicológicamente a don Juan Carlos, justificando su determinación de prescindir de su progenitor y seguir su propio camino cuando llegó la hora de la verdad? ¿Hay otra figura más dramática en la reciente historia de España que la de don Juan de Borbón, el rey que no reinó? Pero tampoco su hijo ha recorrido en su vida un camino de rosas. Cuando, siendo ya rey, le pidieron su parecer

sobre la frase de Montaigne «El oficio más arduo del mundo, en mi opinión, es el de ejercer dignamente de rey», don Juan Carlos respondió: «¡Se queda corto!». Para hacer frente a las dificultades, padre e hijo han echado mano de las tres virtudes de los Borbones: coraje, memoria y sentido común; o sea, memoria, inteligencia y voluntad, las tres potencias del alma.

A medida que iba atando cabos y descubriendo detalles ocultos, la empresa me fue interesando cada vez más, hasta llegar a apasionarme. Espero que le ocurra lo mismo al lector. He llegado a la conclusión de que tanto el rey Juan Carlos como don Juan, su padre, merecen el respeto y la gratitud de todos los españoles. Sin la titánica lucha de estos personajes, sin su sacrificio heroico, su soledad, sus dolorosas tensiones y desavenencias, su generosidad y su sentido del deber habría sido muy complicado alcanzar la actual convivencia democrática. Pero a mí, al escribir este libro, me han interesado sobre todo los sentimientos. Las tremendas disputas políticas entre el padre y el hijo no quebraron nunca el afecto mutuo ni la unión familiar. Me quedo con dos momentos especialmente dramáticos: el accidente del Jueves Santo en Estoril, con la muerte de Alfonsito, el hijo pequeño, cuya sombra se interpondría ya siempre entre don Juan Carlos y su padre; y la escena de toda la familia reunida en La Zarzuela la noche del 23-F temiendo la llegada inminente de los tanques de la Acorazada y el final de la historia.

Por lo demás, salta a la vista que he rastreado numerosas obras anteriores en las que he encontrado datos preciosos y opiniones apreciables. Quedan recogidas en la bibliografía. Merecen especial consideración *Don Juan de Borbón*, de Luis María Anson, con el que además mantuve una conversación complementaria; *Al servicio de la Corona*, del controvertido Alfonso Armada; *Mis conversaciones privadas con Franco*, de Francisco Franco Salgado-Araujo; *La monarquía por la que luché*, de José María Gil-Robles; *La larga marcha hacia la monarquía,* de Laureano López Rodó, personaje clave de la «Operación Príncipe»; *Trayectoria política de un ministro de la Corona,* de Alfonso Osorio, quien además me ha facilitado personalmente algunas claves; *Juan Carlos. La infancia desconocida de un rey*, de Juan Antonio Pérez Mateos; *Juan Carlos. Un rey para la democracia*, de Charles T. Powell; *Juan Carlos, el rey de un pueblo,* de Paul Preston, obra monumental e imprescindible; *Un reinado en la sombra*, de Pedro Sáinz Rodríguez; *La Reina*, de Pilar Urbano, y *El Rey. Conversaciones con don Juan Carlos I de España*, de José Luis de Vilallonga. A todos, mi gratitud. Sin su valioso trabajo anterior este

libro habría sido imposible.

También he hablado con numerosas personas que, por unas razones o por otras, han sido testigos directos de momentos concretos de las relaciones entre el Rey y su padre. Algunas aparecen citadas expresamente en estas páginas; otras me han pedido que no revelara la fuente. Merece especial relevancia la larga conversación que mantuve con Pilar de Borbón en su casa de Puerta de Hierro de Madrid. Sus valiosas declaraciones recorren de arriba abajo estas páginas, iluminándolas. Difícilmente podría encontrarse una testigo mejor y más sincera. Con esta compañía me animé definitivamente a escribir el libro. Lo he redactado con toda libertad, sin que nadie haya puesto condiciones ni haya pretendido orientar su contenido. Así que soy el exclusivo responsable de sus errores y de sus aciertos.

1

Viaje a lo desconocido

Un lloroso Juanito, de diez años, que a duras penas aguantaba las lágrimas, se despedía de sus hermanos en el apeadero de Entroncamento, al norte de Lisboa, la noche del 8 de noviembre de 1948, antes de subir al *Lusitania Express*, el tren que lo conduciría a España, cumpliendo el acuerdo de Franco y don Juan en el *Azor* sobre la educación del Príncipe. «Yo fui a la estación a despedirlo —recuerda doña Pilar de Borbón en su casa madrileña de Puerta de Hierro, sesenta y dos años después—; mi padre y mi madre no fueron, a propósito». Ellos le despidieron en la puerta de Villa Giralda, en Estoril. Cuando se alejaba el coche, don Juan rodeó con la mano derecha el hombro de doña María, que no podía contener las lágrimas, mientras le decía: «María, recuerda lo que te digo: hoy comienzan nuestras verdaderas preocupaciones».

El joven Príncipe iniciaba un viaje hacia lo desconocido, acompañado de dos señores de aspecto severo: el duque de Sotomayor, jefe de la Casa, y Juan Luis Roca de Togores, vizconde de Rocamora, mayordomo mayor. Conducía el tren un grande de España, el duque de Zaragoza, vestido con un mono azul. Juanito pensó en su preceptor de Friburgo, Eugenio Vegas Latapié. ¡Si por lo menos le acompañara él! Pero don Juan lo había despedido unos días antes porque Franco no quería que, a partir de entonces, tuviera la menor influencia en la educación del niño. Este no pudo contenerse y le manifestó en presencia de sus padres en la hora de los preparativos: «Estoy triste porque no vienes a España conmigo». Su padre le cortó bruscamente: «¡No digas tonterías, Juanito!». Su madre guardó silencio, pero comprendió el tremendo desamparo en que dejaban al hijo. En el aeropuerto de Lisboa, Vegas le había dado a Pedro Sáinz Rodríguez una emotiva carta para que se la entregara al Príncipe, quien la guardaba ahora en el bolsillo del abrigo como un tesoro.

Cumpliendo todas las formalidades del protocolo, decía, entre

otras cosas:

> Mi queridísimo Señor: Perdón por no haberle dicho que me iba. El beso que anoche le di al marcharme era de despedida. Muchas veces le he repetido que los hombres no lloran, y para que no me viera llorar he decidido regresar a Suiza la víspera de su posible viaje a España. Si alguien se atreviera a decir a Vuestra Alteza que le he abandonado, sepa que no es verdad. No ha querido que siguiera a su lado y me tengo que resignar.

El historiador Paul Preston subraya al hilo de esta escena que «aunque había muchas razones políticas por las que Juan Carlos debía ser educado en España, todo este episodio podría haberse llevado con mayor sensibilidad hacia sus necesidades emocionales». Y recoge la perplejidad de José María Gil-Robles, observando la dura actitud de don Juan, que, ante lo que iba a ocurrir, no pasó el día anterior al viaje junto a su hijo. «Se ha marchado de caza —anota en su diario—, como si nada ocurriese».

Esta severidad de don Juan con su hijo, para que endureciera su carácter y se acostumbrara a enfrentarse a las múltiples dificultades que se le iban a presentar, nunca puso en peligro el afecto mutuo, pero puede ayudar a comprender el fondo de tristeza que, desde niño, aparecía en los ojos de don Juan Carlos —algo que no ha conseguido superar de rey— y el drama que iban a protagonizar más adelante el padre y el hijo.

Desde que aquella noche de noviembre, solo y desamparado, subió al tren en Lisboa camino de España, supo que su infancia había terminado y que ya nunca sería libre, e intuyó que él no era más que el peón de una partida que jugaban a distancia Franco y su padre y cuyo desenlace era completamente incierto. No comprendía entonces, aunque con el tiempo lo vería claro, que el restablecimiento de la monarquía y su afianzamiento exigían sacrificar los sentimientos y vivir en soledad. Cuando el tren se puso en marcha le golpeó por dentro la machacona consigna de su padre: «Servir a España es lo único que importa; esa es la función de la monarquía. Si no, no sirves para nada».

En los dos años anteriores, durante su estancia en el internado del colegio de los marianistas de Ville Saint-Jean en Friburgo (Suiza), con apenas ocho años ya había experimentado en toda su dureza el modelo educativo que quería para él su padre. Ni siquiera permitía que la madre le telefoneara. «María —le decía—, tienes que ayudarle a que se endurezca». Así, las dos primeras semanas. Don Juan Carlos esperaba en vano cada día una llamada de su madre. No sabía lo que pasaba. «Al principio —ha confesado

muchos años después— fui bastante desgraciado allí, tenía la impresión de que los míos me habían abandonado, de que mi padre y mi madre se habían olvidado de mí». En aquellas circunstancias llegó a pensar que Alfonso, su hermano pequeño, que seguía en casa, era el predilecto de su padre. «En Friburgo —ha reconocido—, lejos de mi padre y de mi madre, aprendí que la soledad es un fardo muy duro de soportar». Esa primera etapa tan dura, de separación de la familia, le marcó para toda la vida. Por eso, su hijo Felipe no abandonaría el palacio de La Zarzuela para realizar un curso en Canadá hasta los dieciséis años. ¿Qué consecuencias tuvo la temprana y durísima separación de sus padres en el posterior comportamiento «político» de don Juan Carlos en relación con su progenitor? ¿Esta ausencia le impulsó a buscar un «segundo padre» en Vegas Latapié, en José Garrido, en el marqués de Mondéjar, en Torcuato Fernández-Miranda, en Franco...? ¿Tuvo aquello alguna influencia en que, en el verano de 1969, aceptara, sin la aprobación de don Juan, el ofrecimiento de Franco de sucederle en la Jefatura del Estado a título de rey? Es difícil desentrañar las urdimbres freudianas que han movido el subconsciente de estos dos personajes. Pero acaso podría alguien pensar en aplicar con cierto fundamento a este caso la hipótesis metafórica de «matar al padre».

Lo confirma su hermana, Pilar de Borbón:

> En Friburgo fue profundamente desgraciado porque él era un chico muy familiar y estuvo solo año y medio. Las cartas no llegaban. Mi madre lloraba, pero mi padre se hacía el duro. Creía que era un error llamarle porque tenía que acostumbrarse a ese colegio. Con ocho años, disléxico, en un lugar desconocido... Además, hacía allí un frío espantoso y el pobre... no se lavaba mucho. Un día fuimos a verle, sería la primavera del 48, y entre mi madre y yo ¡le dimos tres aguas!

Por si faltaba algo, chocó con la rígida disciplina del colegio. Sus profesores le recuerdan como un niño guapo, con sentido del humor, de inteligencia normal e indisciplinado; demasiado mimado por institutrices permisivas. El primer día se negó a ir a clase y el padre Hoyos tuvo que llevarle físicamente hasta el aula y darle una bofetada. Su mal comportamiento y sus malos resultados escolares estaban seguramente motivados, aparte de por la mencionada dislexia, por la profunda infelicidad que le causaba la separación familiar y la falta de comunicación con sus padres. En parte, cubrió este vacío su abuela, la reina Victoria Eugenia, con la que pasaba los fines de semana en el hotel Royal de Lausana, donde residía, y que mantuvo una relación cariñosa con él. Hasta le enseñó a pronunciar la erre fuerte que a él, acostumbrado al francés, se le

resistía. En las vacaciones de Navidad de 1946 le acompañó a Estoril, y fue entonces cuando le asignaron como preceptor a Eugenio Vegas Latapié, intelectual conservador expulsado de España por Franco, «para que le enseñara a hablar español con fluidez»; también le instruyó en las antiguas glorias imperiales y le hizo aprender hasta el himno de la Legión. A este hombre, a pesar de que de vez en cuando le daba un cachete, le cogió verdadero afecto; lo consideraba «un hombre maravilloso». Creía —ha confesado don Juan Carlos— que el heredero del trono «tenía que ser educado sin ninguna concesión a las debilidades que parecen normales a la gente común. Por eso me educaba de forma que comprendiera que yo era un ser aparte, con muchos más deberes y responsabilidades que los demás». También años después, siendo ya rey, se ha mostrado comprensivo con la actitud de su padre. Así lo manifestó a José Luis de Vilallonga:

> No era crueldad por su parte, y menos todavía falta de sensibilidad. Pero mi padre sabía, como yo mismo lo supe más tarde, que los príncipes deben ser educados a las duras si se quiere hacer de ellos hombres responsables capaces de soportar algún día el peso del Estado. Mi padre tenía un profundo sentido de la realeza. Veía en mí no solamente a un hijo, sino al heredero de una dinastía, y como tal debía yo prepararme para hacer frente a mis responsabilidades. No quería ceder a sus impulsos de ternura por miedo a hacer de mí un niño mimado. Era muy severo y muy exigente conmigo. Mi padre era un hombre adusto y tierno a la vez, como muchas veces son los marinos. Más tarde, ya adolescente, encontré en él un amigo muy fiel y un confidente que sabía escucharme con mucha atención.

El pequeño Príncipe estuvo desde muy temprano sometido a los vaivenes políticos, a las conveniencias estratégicas y a los cambiantes estados de ánimo de los inquilinos de El Pardo y de Villa Giralda, de lo que daré cuenta más adelante; yendo y viniendo del colegio Ville Saint-Jean de Friburgo al Amor de Deus de Estoril. Durante los meses que permaneció en este último centro hizo amigos, practicó deporte, recuperó el contacto familiar y fue mucho más feliz. Pero este paréntesis de felicidad le duró poco. Pronto sería devuelto a Suiza. Con ocasión de las bodas de plata de Franco, recordando que su padre, Alfonso XIII, había sido el padrino de la boda, don Juan envió al Caudillo una carta de felicitación, en la que aprovechaba para comunicarle que había decidido devolver a Juan Carlos al internado de Friburgo hasta que estuviera todo dispuesto para su marcha a España. Aducía como razón «el vivo interés que tenía su abuela, la reina Victoria Eugenia, de tenerlo antes de una larga separación». Como apunta Paul Preston, «lo sorprendente es

que los padres del niño no parecieran sentir necesidad de pasar algún tiempo con él antes de tan larga separación».

Alejado de su familia —añade Preston—, el peso de la soledad de Juan Carlos no se aligeró con la compañía de Eugenio Vegas Latapié, no obstante su cariñosa atención. En febrero de 1948, el sentimiento de que había sido abandonado a su suerte se intensificó cuando sus padres emprendieron un largo viaje a Cuba, invitados por el rey Leopoldo de Bélgica. Don Juan Carlos empezó a padecer dolores de cabeza y de oídos. «No sería la única vez —apunta el historiador inglés— que su pena por la separación de sus padres se manifestaba en forma de enfermedad». Pero en esta ocasión la dolencia era de cierto cuidado. Eugenio Vegas lo llevó a una clínica donde le diagnosticaron una fuerte otitis del oído interno que requería una operación quirúrgica en el tímpano. Era un asunto de gran responsabilidad y resultaba imposible conectar con sus padres. Después de muchos intentos consiguió hablar con la reina Victoria, que dio permiso para la intervención. Los oídos le supuraban tanto que la primera noche tuvieron que cambiarle la almohada varias veces. El niño permaneció doce días hospitalizado, con la sola compañía de su preceptor, salvo un día en que recibió la visita de su abuela. Es posible que la sordera que ahora padece tenga algo que ver con aquel suceso.

Don Juan, al observar la hostilidad de los sectores más recalcitrantes del régimen de Franco contra la monarquía y su falta personal de sintonía con el Caudillo, de lo que daremos cumplida cuenta, llegó a pedir a los tutores de Juan Carlos en Ville Saint-Jean que destruyeran cualquier regalo destinado al niño —chocolate, bombones, a los que era muy aficionado, caramelos u otras golosinas—, por temor a que estos «supuestos» simpatizantes pudieran envenenarlo. Quizá fue por este temor y por la inquietud de la familia ante las noticias que recibían sobre la triste situación del niño en el internado suizo, por lo que don Juan ordenó que regresara unos meses a Estoril en la primavera de 1946.

Aquella noche de noviembre en el *Lusitania Express* que le conducía a España, antes de caer rendido por el sueño y la tristeza, fue repasando esta película de su infancia. Solo le confortaba la idea de que por fin iba a conocer el país del que tanto le hablaba su padre, el país de sus sueños, del que habían tenido que exiliarse cuando llegó la República. En su relato ante José Luis de Vilallonga, aseguraba:

> Yo siempre he tenido presente a España, ¡siempre! Creo que mis padres comenzaron a hablarme de España desde la cuna. De hecho, España era el

> único tema de conversación que apasionaba a mi padre. Todo lo relacionaba siempre con España (…) Creo que mi padre pudo soportar el exilio solo porque vivía con la certidumbre de que un día u otro volvería a España, su paraíso perdido. Mi exilio no tenía nada en común con el de mi padre. Yo había nacido exiliado. Nunca había conocido mi país. Yo no tenía añoranza; solamente esperanza. Y mucha curiosidad.

Pronto iba a descubrir con sus propios ojos ese país mítico del que tanto le habían hablado. Apenas clareaba el día, una mañana cárdena de otoño, cuando le despertó de su agitado sueño el duque de Sotomayor: «Alteza, estamos en España». Abrió los ojos y pegó la cara al cristal de la ventanilla. Lo que contempló tenía poco que ver con el paraíso soñado. No se parecía nada a las verdes montañas suizas ni a la amena campiña portuguesa junto al mar. Era la tierra áspera y dura de La Mancha: a los breves retazos de olivares seguían ocres llanuras resecas interrumpidas por serrijones de monte bajo. Conforme se acercaba a los suburbios de Madrid, el paisaje era aún más deprimente.

El comité de recepción, aquella mañana del 9 de noviembre de 1948, en la estación de Villaverde, a las afueras de Madrid —que fue donde el tren se detuvo para evitar enfrentamientos entre falangistas y monárquicos—, tampoco debió de resultarle demasiado estimulante. Le esperaban unos cuantos hombres mayores, con abrigos oscuros y expresión seria. El duque de Sotomayor se los fue presentando: Julio Danvila, el conde de Fontanar, José María Oriol, el conde de Rodezno... monárquicos conservadores, tan adictos a don Juan como a Franco. En la foto de aquel día, que tengo delante, figuran también, además del tal Danvila, José Aguinaga, Juan José Macaya y Juan Caro. El joven Príncipe, con abrigo hasta la rodilla, corbata y un papel en la mano izquierda, está en el centro, un paso por delante, y justo detrás de él aparecen el padre Ventura Gutiérrez, un sacerdote mayor con sotana y dulleta, y de fondo un guardia civil con tricornio acharolado. Todos formando en torno al niño un friso de rostros cerrados, impenetrables... No es extraño que, muchos años después, tras hablar de este episodio con el rey Juan Carlos, José Luis de Vilallonga comente: «La larga soledad de don Juan Carlos de Borbón comienza en aquel mismo instante, en el andén de la estación de Villaverde, batida por el viento cortante de la sierra».

A la salida de la estación esperaba una fila de coches de alta gama, negros y relucientes. Pertenecían a miembros de la aristocracia que habían acudido a saludar al Príncipe y deseaban acompañarle en el primer acto de su estancia en España. Sin

preguntarle sobre sus preferencias, el duque de Sotomayor le indicó que subiera al primer coche, y la caravana se puso en marcha hacia el Cerro de los Ángeles, a pocos kilómetros, considerado entonces el centro geográfico y espiritual de España. Julio Danvila, un personaje intrigante y ambicioso, más franquista que juanista, le informó en el camino de que fue allí, en 1929, donde su abuelo, Alfonso XIII, había consagrado España al Sagrado Corazón de Jesús; para conmemorar el acontecimiento, se había construido en el lugar un convento de monjas carmelitas. También le puso al corriente de que la estatua de Cristo que domina el cerro había sido «condenada a muerte» y «fusilada» por milicianos de las «hordas marxistas» en 1936. Así que el Cerro de los Ángeles se había convertido en el símbolo de la victoria de las fuerzas nacionales sobre la barbarie roja. El niño estaba desconcertado. Aún no había desayunado y temblaba de frío cuando entró en el santuario, en el que iba a protagonizar, por sorpresa, lo más parecido a un acto de desagravio y un primer compromiso público con el régimen. La misa se le hizo interminable. Cuando acabó le dieron un papel y le pidieron que leyera el texto de la consagración que había pronunciado su abuelo diecinueve años antes. Lo hizo con voz temblorosa y vacilante y con las mejillas amoratadas.

Después lo trasladaron a Las Jarillas, una finca de Alfonso Urquijo, amigo de don Juan, situada cerca de El Pardo, a menos de veinte kilómetros de Madrid, donde residiría según lo convenido. En principio estaba previsto que desde el Cerro de los Ángeles lo llevaran directamente al palacio de El Pardo a ver a Franco; pero la visita se aplazó porque justo la noche en que el joven Príncipe entraba en España a bordo del *Lusitania Express*, había muerto de una paliza en la cárcel de Madrid el joven monárquico Carlos Méndez, y el ambiente entre monárquicos y falangistas estaba muy caldeado.

El primer encuentro con el General tuvo lugar el 24 de noviembre. Hacía mucho frío aquella mañana y la sierra de Madrid amaneció cubierta de la primera nieve. La visita se organizó con discreción, casi con sigilo, por temor a incidentes. Llevaron a Juanito —como se le conocía en el círculo familiar— sin escolta, en el coche particular de Danvila, acompañado del duque de Sotomayor. Lo primero que le llamó la atención, como contraste, fue el boato de la Guardia Mora espléndidamente uniformada a la puerta. Observó a mucha gente por los pasillos del palacio, que hablaban en voz baja como si estuvieran en la iglesia. Después de recorrer varios salones de aspecto sombrío, finalmente entró en el

que le esperaba Franco. Durante el recorrido su preocupación fue aumentando, al recordar las advertencias de su padre.

> Mi padre temía mucho este primer encuentro con Franco. A menudo se hablaba de él en casa y no siempre en términos afectuosos. Franco era ese hombre que causaba tantas preocupaciones a mi padre, que le impedía regresar a España y que permitía que se hablara mal de él en los periódicos. Al principio yo no tenía mucha simpatía por él.

Así que entró en su despacho prevenido. «Cuando te encuentres con Franco —le había recomendado su padre— escucha bien lo que te diga, pero habla lo menos posible. Sé cortés y responde con brevedad a sus preguntas. Que en boca cerrada no entran moscas». A primera vista, aquel hombre no le impresionó demasiado. «Me pareció —recuerda muchos años después— más bajito que en las fotos que había visto de él, tenía barriga y me sonreía de una manera que me pareció poco natural; dicho esto, fue muy amable conmigo». Cuando le pidió noticias de su padre, el Caudillo utilizó la expresión «Su Alteza, el Conde de Barcelona», algo que extrañó al niño, acostumbrado a ver que todos los españoles que acudían a Villa Giralda le llamaban «el Rey». Por eso le contestó: «El Rey está muy bien, gracias», lo que hizo torcer el gesto a Franco, quien le preguntó después por sus estudios y le invitó a una cacería de faisanes en Aranjuez. Después le regaló una escopeta, tras presentarle a doña Carmen y acompañarle en un recorrido por el palacio de El Pardo, en el que le mostró con especial detenimiento la alcoba donde su abuela, la reina Victoria Eugenia, había dormido la víspera de su boda, conservada casi intacta desde entonces.

Don Juan Carlos confesaría más adelante que aquel primer encuentro con Franco no le había dejado la menor impresión. Durante casi toda la conversación estuvo distraído por culpa de un ratón que se paseaba con una gran familiaridad entre las patas del sillón en que estaba sentado el Generalísimo, como si tuviera la costumbre de hacerlo habitualmente. «Un ratón tan valiente —ha comentado el Rey— era mucho más interesante que aquel señor demasiado amable que me preguntaba por la lista de los reyes godos».

2

El encuentro en el *Azor*

El futuro de don Juan Carlos y la suerte de la monarquía iban a depender de las relaciones entre don Juan y Franco a partir del encuentro de ambos en el golfo de Vizcaya, el 25 de agosto de 1948, a bordo del *Azor*, el yate del Generalísimo. Para entonces, Franco ya había descartado prácticamente a don Juan como futuro rey de España. El niño era la posible pieza de recambio, un rehén en manos del dictador, un gesto hacia los aliados que habían ganado la guerra y ante los monárquicos del interior, cada vez más acomodados al nuevo régimen. No es extraño que los muñidores de aquel encuentro que tanto escandalizó a los políticos del exilio, partidarios de la alternativa de una monarquía democrática, fueran el reaccionario Julio Danvila y el duque de Sotomayor, actuando como intermediarios de El Pardo.

Tras la decisión de las potencias aliadas de no intervenir en España, don Juan había llegado a la conclusión de que Franco iba a sobrevivir y de que no habría restauración monárquica contra su voluntad. Lo mejor era que Juanito, al que, cuando tenía tres años, le había impuesto el Toisón de Oro, señalándole oficialmente como su sucesor, fuera educado en España. «Desde pequeños sabíamos —dice su hermana doña Pilar de Borbón— que Juanito era diferente, que estaba destinado a otra cosa. Éramos el núcleo familiar y él, el actual Rey. Veías que había algo en él que lo hacía diferente».

El pequeño Príncipe se convertía así, sin contar con sus sentimientos personales e ignorando por completo lo que se tramaba a sus espaldas, en una pieza clave de interés político tanto para el inquilino de El Pardo como para el de Estoril. «Los efectos desestabilizadores en Juan Carlos —educativos y emotivos— no figuraron en las consideraciones de ninguno de los actores de este particular drama», apunta el historiador Paul Preston.

La decisión de don Juan de verse con Franco, tras una fuerte resistencia inicial, que hizo dimitir al duque de Sotomayor,

desbarató por completo los planes de socialistas y monárquicos del exilio. El llamado Pacto de San Juan de Luz, firmado por Indalecio Prieto y José María Gil-Robles, que fue el primer intento serio de reconciliación entre monárquicos y republicanos tras la Guerra Civil y que tanto costó elaborar a lo largo de 1948, saltaba por los aires hecho añicos. «Ante mi partido —dijo Prieto cuando se enteró— quedo como un perfecto cabrón. Tengo tales cuernos que no sé cómo voy a poder salir por esa puerta».

Los desencuentros entre el jefe de la dinastía y el jefe del Estado se habían sucedido desde 1941, cuando el rey Alfonso XIII abdicó en su hijo. En septiembre de ese mismo año Franco escribe a don Juan reconociéndole como legítimo heredero del trono a la vez que se muestra favorable a una futura «instauración» monárquica. Una de las razones poderosas exhibidas por Franco ante Alfonso XIII para el alzamiento militar contra la República fue el restablecimiento de la monarquía. Don Juan le responde proponiendo una regencia que fuera preparando el terreno para la «restauración» de la monarquía tradicional, pero Franco demoraría cualquier decisión hasta la promulgación, en 1947, de la Ley de Sucesión. No tardaría el conde de Barcelona en darse cuenta de que el Caudillo, aun siendo monárquico, no tenía ninguna intención de restaurar la monarquía parlamentaria apartándose él del poder. Durante la Segunda Guerra Mundial intenta atraerse a don Juan a su causa. En 1942 le insta a identificarse con el Movimiento, a cambio de lo cual le ofrece el trono de una monarquía «totalitaria», como la de los Reyes Católicos. Ese mismo año, Luis Carrero Blanco, subsecretario de la Presidencia, asegura en un informe que Franco no tiene intención de proclamarse rey a sí mismo y que el único candidato es don Juan.

Como apunta Charles T. Powell, el conde de Barcelona pensó que, con la derrota del Eje, los aliados castigarían a Franco, y decidió presentar la monarquía como la única institución que sería aceptada por vencedores y vencidos; esto evitaría, al mismo tiempo, el regreso del Gobierno republicano en el exilio, lo que con toda seguridad provocaría un nuevo conflicto civil. En sus planes iniciales contaba con la influencia cercana de Pedro Sáinz Rodríguez, antiguo ministro de Educación que había huido de España en 1942 tras ser acusado, precisamente, de conspirar para restaurar la monarquía democrática, cosa que también proponían los generales más prestigiosos, encabezados por Kindelán. El importante papel de Sáinz Rodríguez a partir de entonces, cerca de don Juan, encuentra admiradores y detractores, incluso dentro de la

familia real.

Aprovechando la caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943, don Juan envió a Franco un telegrama en el que le instaba a la inmediata restauración monárquica si no quería seguir el destino del *Duce*. Franco llegó a calificar aquello de alta traición y, conteniendo su ira, contestó apelando al patriotismo del heredero de Alfonso XIII y pidiéndole que se abstuviera de hacer declaraciones que pudieran debilitar el régimen. Don Juan estaba convencido de que Franco nunca le perdonó aquello. «Él me la tenía guardada desde el telegrama aquel», comentó años más tarde. Pero los motivos de enfado se sucedieron. A finales de ese mismo año don Juan escribió una carta a uno de sus partidarios más destacados, el conde de Fontanar, en la que, con un estilo incendiario, calificaba a Franco de «usurpador ilegítimo» y le pedía a Fontanar que rompiera públicamente con el régimen. El intermediario de la misiva fue Rafael Calvo Serer, monárquico juanista, inicialmente franquista y conocido miembro del Opus Dei, que entregó la carta a Carrero para que este la hiciera llegar a Franco, alegando, como le dijo Franco al conde de Barcelona, que había sido interceptada por agentes de los servicios secretos. «La influencia del Opus Dei fue importantísima», me dice doña Pilar de Borbón. En efecto, la institución de Escrivá de Balaguer —y su propio fundador, que llegó a impartir ejercicios espirituales en El Pardo— desempeñaría un papel notable en la evolución política y económica con los llamados «tecnócratas» y, muy señaladamente, en la restauración monárquica en la persona de don Juan Carlos frente a su padre.

Pero lo que motivó en la mente de Franco el descarte definitivo de don Juan como aspirante al trono fue el llamado Manifiesto de Lausana, una denuncia en toda regla de los orígenes fascistas y el carácter totalitario del régimen franquista, que fue emitido por la BBC el 19 de marzo de 1945. Lo había escrito personalmente el conde de Barcelona con la ayuda de Vegas Latapié. La declaración enfureció a Franco, si bien el llamamiento del texto a que los monárquicos dimitieran de sus cargos en el régimen solo fue escuchado por unos pocos. La intervención de Carrero evitó una reacción oficial demasiado virulenta, lo que no impidió que la campaña contra la monarquía y el pretendiente se recrudeciera, especialmente en los círculos falangistas.

Sorprende la lucidez profética del *Memorandum* que, según Laureano López Rodó, entregó con este motivo Carrero Blanco a Franco:

> Hay que poner a don Juan en el camino de que cambie radicalmente y, pasados los años, pueda reinar, o que se resigne a que sea su hijo el que reine. Además, es preciso pensar ya en la preparación para ser rey del Príncipe niño. Hoy tiene seis o siete años y al parecer buena salud y constitución física; bien formado, principalmente en su moral cristiana y en sus sentimientos patrióticos, podrá ser un buen rey con la ayuda de Dios, pero empezando ya a abordar este problema. De momento, parece prudente: No reaccionar con violencia contra don Juan, ni desahuciarle, aunque se piense que él ya no puede ser rey, pues no convienen nuevas estridencias, que nunca habrían de producir beneficio. Que unos cuantos monárquicos de confianza se vayan a Lausana. Que se ponga el mayor cuidado en la elección del preceptor y que se le envíe perfectamente aleccionado. Abordar ya decididamente el problema de las Leyes Fundamentales que faltan, y definir el régimen de España. En orden a lo que debe ser el régimen definitivo, como las naciones no pueden ser más que Repúblicas o Monarquías, y en España hay que desechar la República como sinónimo de desastre, el régimen tiene que ser Monarquía.

Para convencer a don Juan de que la Iglesia, el Ejército y la mayor parte de los monárquicos seguían siendo leales a Franco fueron enviados a Lausana los destacados católicos Alberto Martín Artajo y Joaquín Ruiz-Giménez. Y en los primeros días de abril de 1945 se discutió la idea de adoptar la «forma monárquica de gobierno». El ficticio debate, para tranquilizar a los aliados y acallar la mala conciencia de los monárquicos del régimen, culminó con la instauración de un nuevo Consejo del Reino, presentado como supremo cuerpo consultivo del régimen, y el anuncio de la creación del Fuero de los Españoles o nueva Constitución.

La educación del Príncipe se convirtió en objetivo prioritario. Para eso hacía falta la aquiescencia de su padre, al que, por tanto, no había que contrariar demasiado. En el largo despacho de Martín Artajo con Franco a su regreso de Lausana, este llegó a espetarle al que pronto sería su ministro de Asuntos Exteriores, con permiso de Ángel Herrera Oria: «Don Juan es un pretendiente; yo soy el que tiene que decidir». O sea, que le importaba poco la línea dinástica. Era él quien hacía y deshacía reyes. Y aún fue más lejos; creía simplemente que don Juan no era apto para ser rey: «No hay nada que hacer…, no tiene carácter, se aviene a todo», fue uno de sus comentarios. Y concluyó asegurando que habría instauración monárquica cuando él lo decidiera y el pretendiente jurara las Leyes Fundamentales. No le perdonaba a don Juan su intento de aprovechar la situación internacional para acelerar la restauración monárquica.

Tras la declaración de Potsdam, seguida de la del Gobierno laborista británico ese mismo año, quedó claro que no habría

intervención aliada contra Franco. Carrero Blanco elaboró un informe sobre la supervivencia del régimen en el que aseguraba que, después de Potsdam, Francia y Gran Bretaña no se arriesgarían nunca a la entrada del comunismo en España, abriendo la puerta a los exiliados republicanos. Esto privaba de bazas a don Juan y fortalecía al régimen, que siguió al pie de la letra el riguroso informe elaborado por Carrero:

> La única fórmula para nosotros no puede ser otra que: *orden, unidad y aguantar*. Buena acción policial para prevenir cualquier subversión; enérgica represión si se produce, sin temor a las críticas de fuera, pues más vale castigar duramente una vez que no dejar de corregir el mal.

Don Juan quedaba excluido. El 25 de agosto Franco destituía al general Kindelán, director de la Escuela Superior del Ejército y ardiente monárquico juanista, quien había declarado que el pretendiente estaría pronto en el trono con el respaldo del Ejército.

En el otoño de 1945 Franco sugirió a don Juan, mediante intermediarios, la posibilidad de establecer su residencia en España, a cambio de lo cual se le suministraría una Casa Civil digna de un futuro rey. El conde de Barcelona rechazó la envenenada propuesta, que lo convertía en marioneta del Caudillo: «Soy el Rey, y de entrar en España lo haré por la puerta grande». El 2 de febrero de 1946 don Juan y su mujer trasladaron su residencia de Lausana a Estoril. Su presencia en la península Ibérica desató una ola de entusiasmo en las huestes monárquicas. La publicación, el 13 de febrero, de una declaración conocida como *El Saluda*, firmada por 458 destacados personajes de la vida pública española —veinte ex ministros, los presidentes de los cinco principales bancos, prominentes aristócratas y catedráticos—, en la que expresaban su deseo de una pronta restauración monárquica «encarnada en V. M.», enfureció a Franco. En el Consejo de Ministros del día 15 llegó a decir: «Esto es una declaración de guerra. Hay que aplastarlos como gusarapos. El régimen tiene que defenderse y clavar los dientes hasta el alma». Las represalias no se hicieron esperar. Incluso envió una nota a Estoril en la que rompía relaciones con don Juan. Este no se arredró y a finales del mismo mes hizo público otro manifiesto, *Las bases de Estoril*, una especie de Constitución para la monarquía de tono corporativista. El documento, preparado por Sáinz Rodríguez, Gil-Robles, el conde de Rodezno y Vegas Latapié, tuvo poca aceptación y escaso recorrido.

Mientras se desarrollaba este tremendo forcejeo entre don Juan y Franco, el joven Príncipe, ajeno a las intrigas y sordideces de la

política, pasaba su viacrucis particular, alejado de su familia, en el internado de los padres marianistas de Ville Saint-Jean, en Friburgo.

El 31 de marzo de 1947, la víspera de su aprobación, Franco envió a Carrero a Estoril con la Ley de Sucesión en la mano y un mensaje conciliatorio para don Juan, que se resumía en lo siguiente: si se identificaba con el Movimiento Nacional, si se situaba en la parte de acá de la trinchera que se había abierto con la guerra, podía ser el heredero de Franco. Don Juan le recriminó a Carrero que mal podía Franco ser el restaurador de la monarquía cuando él mismo permanecía en el exilio y estaba prohibida toda actividad monárquica en España. «Debe pensar —insistió Carrero— que puede ser rey de España, pero de la España del Movimiento Nacional, católica, anticomunista, antiliberal y rabiosamente libre de toda influencia extranjera en orden a la política».

Don Juan le prometió que leería el texto de la ley al día siguiente y le daría entonces su opinión. Carrero no dijo nada y se marchó. Volvió poco después con sigilo a Villa Giralda y le dejó a un funcionario una nota en la que informaba de que Franco iba a anunciar aquella misma noche por radio el contenido de la Ley de Sucesión. Después se marchó apresuradamente, antes de que le llegara el mensaje al conde de Barcelona. En la cena de aquella noche en la embajada de España en Lisboa, don Juan dio rienda suelta a su enfado: «Ese cabrón de Carrero ha estado aquí para ver si me callo». El comentario hizo que Carrero Blanco le borrara definitivamente de la lista.

El 7 de abril don Juan hizo público el Manifiesto de Estoril, en el que denunciaba la ilegalidad de la Ley de Sucesión. Una semana después, *The Observer, The New York Times* y la BBC publicaban unas declaraciones suyas en las que se mostraba dispuesto a llegar a un entendimiento con Franco sobre la base de una transferencia de poder pacífica e incondicional. Esto enfureció aún más al Caudillo, que desde aquel día pensó seriamente en Juan Carlos como posible sucesor. Al mismo tiempo, se desataba una virulenta campaña de prensa contra don Juan, al que se acusaba de ser instrumento de la masonería y del comunismo.

La campaña provocó serias disensiones en el grupo de consejeros del conde de Barcelona sobre la estrategia que había que seguir. Cobró ventaja la táctica de la moderación con el Caudillo, defendida por Pedro Sáinz Rodríguez, frente a la propuesta de dureza promovida por Vegas Latapié, que acabaría destinado a Suiza como preceptor del niño, como hemos visto. En este clima se desarrollaron silenciosamente los preparativos para el encuentro de

don Juan y Franco en el *Azor*. Los dos, por razones distintas, tenían profundo interés en que el joven Príncipe se educara en España, y este iba a ser utilizado como la frágil pelota de la partida que iban a disputar a cara de perro su padre y Franco.

Cuando don Juan subió al *Azor*, Franco le saludó con gran efusión y rompió a llorar. Después, pasada la reacción emotiva, se encerraron durante tres horas en la cabina principal del yate. El locuaz Caudillo hablaba sin parar de lo divino y lo humano sin dejar apenas meter baza a su interlocutor, que se sintió enseguida minusvalorado o, como comentó después, «tenido por un idiota», como un hombre sin voluntad, en manos de consejeros resentidos y totalmente ignorante de la realidad española. Franco le aconsejó paciencia y tranquilidad mientras presumía de buena salud y, por tanto, de que tenía cuerda para rato. Le dijo que en España no había entusiasmo ni por la monarquía ni por la república, pero que estaba en disposición de convertirle en un personaje popular en quince días, si así lo decidía. En este punto don Juan le cortó: ¿Por qué, si le resultaba tan fácil manipular la opinión pública y generar tal aceptación, recurría a la excusa de la hostilidad popular para no restaurar la monarquía? Esto desconcertó a Franco, quien le confesó abiertamente que dudaba de que poseyera la suficiente firmeza de mando como para hacerse con la situación, tal como le ocurría a él con sus ministros, incapaces de rechistarle. En un momento dado de la larga e inconexa conversación, para asombro de don Juan, Franco confesó su devoción por Alfonso XIII, mientras se compungía y volvía a derramar lágrimas.

El encuentro se volvió tirante cuando don Juan, harto de las distorsiones históricas del General, le recordó que en 1942 había prometido defender Berlín con un millón de soldados españoles. Entonces, la fría mirada de Franco fue de aborrecimiento y desprecio. En ese ambiente, entre tirante y emotivo, se planteó por fin el objeto principal de la reunión: la formación del Príncipe, que ya había cumplido diez años. Franco mostró gran interés en que Juan Carlos se educara en España y trató de instruir a don Juan sobre el peligro que corrían los príncipes «extranjerizados». Don Juan le objetó que cómo se iba a educar en España el Príncipe si allí estaba prohibido gritar ¡Viva el Rey! y los monárquicos eran perseguidos por la policía. El Caudillo le tranquilizó diciendo que todo eso cambiaría. Y, tras la promesa de Franco de que el diario *ABC* funcionaría libremente y cesarían las restricciones a la actividad monárquica, el conde de Barcelona aceptó y quedó establecido que el joven Príncipe, a falta de concretar detalles,

estudiaría en España.

«Franco y mi padre —aclara doña Pilar de Borbón, testigo vivo — decidieron esto entre los dos, y los dos cumplieron. Ahí jugaron limpio. Lo que le dijo mi padre a Franco fue: "A mi hijo lo educo yo, y lo educo en España con su permiso". Y así fue».

El niño fue el último en enterarse. El 26 de octubre Franco ordenó filtrar la noticia de que el Príncipe iba a ser educado en España y al día siguiente don Juan envió a Friburgo un telegrama a Vegas Latapié ordenando su traslado inmediato a Estoril, sin hacer escala en Madrid. «A vuestra llegada te explicaré», le decía. Según Paul Preston, Juan Carlos hizo el viaje algo desconcertado y después esperó inquieto en Estoril; le afligió mucho conocer los planes para su educación en España y, sobre todo, que no le acompañara su preceptor. Pero estaba claro que para don Juan la institución monárquica era más importante que las convicciones políticas y, por supuesto, mucho más que los sentimientos de su hijo.

La reina Victoria envió una carta a Danvila en la que le decía:

> Me dio mucha pena separarme de este nieto que tanto quiero, pero desde el momento que mi hijo había tomado la decisión de mandarlo a España, acaté sin reservas su voluntad. Apruebo el buscar un rumbo nuevo a la política, pues lo anterior no había tenido éxito, y para mí el que no arriesga nada no gana nada. Pido a Dios que ese sacrificio que hace mi hijo tenga un resultado satisfactorio.

En la familia Borbón la misión histórica de la Corona está por encima de consideraciones sentimentales. Toda la vida de don Juan, incluidas las relaciones con su hijo, son una demostración de esto. Él fue el primer sacrificado en este drama. «Para él —ha declarado muchos años después su hijo— debió de ser muy doloroso tener que decidir que yo volviera primero. A veces me estremezco pensando en lo que ese hombre debió de sufrir».

3

El príncipe itinerante

«El peón sacrificado», así titula Paul Preston el capítulo de la biografía de don Juan Carlos sobre su etapa educativa, que va de 1949 a 1955. Desde luego, prevalecieron en todo momento las conveniencias políticas y la razón de Estado sobre los derechos humanos del niño, que fue llevado de aquí para allá, como un príncipe itinerante, sin ser consultado ni recibir explicaciones.

Su estancia en Las Jarillas, la magnífica finca cerca de El Pardo y del campamento militar de El Goloso, coincidió con un ambiente hostil hacia la monarquía, al que no estaba acostumbrado. Esto obligó a establecer una línea telefónica directa con la casa de Danvila por si había manifestaciones de falangistas. Don Juan, con la aprobación del Caudillo, había seleccionado cuidadosamente el grupo de preceptores y alumnos con los que conviviría el joven Príncipe, quien nada más llegar contrajo la gripe, «quizá otra ocasión en que la pena de la separación de sus padres se manifestó físicamente».

Sus ocho compañeros pertenecían, a partes iguales, a la aristocracia y a la clase media alta. La presencia, entre ellos, de su primo Carlos de Borbón-Dos Sicilias, con el que compartió habitación, suavizó algo su soledad inicial. Don Juan había dado instrucciones para que fuera tratado con severidad y obligado a trabajar duro y para que su rendimiento académico se evaluara con la mayor imparcialidad. El propio Juan Carlos lo reconoció años después: «No creas que nos trataban a cuerpo de rey. De hecho, nos hacían estudiar mucho más que en un colegio ordinario, pues dado quienes éramos, nos decían, teníamos que dar ejemplo».

Cobró particular afecto al director del colegio, José Garrido Casanova, tanto que mucho tiempo después confesó: «A veces, cuando tengo que tomar determinadas decisiones, todavía me pregunto lo que él me hubiera aconsejado hacer». Pronto comprendió este la tristeza que sentía el niño debido a su brusca y reiterada separación de la familia. Todas las noches acudía a su

cuarto por si necesitaba algo, le hacía la señal de la cruz sobre la frente, le daba un beso y apagaba la luz. Juntos leyeron la carta con las instrucciones sobre su educación que don Juan le había entregado. Al llegar a la parte en que este hablaba de la responsabilidad del Príncipe como representante de la familia, al niño se le saltaron las lágrimas. Su infancia debía ser sacrificada en aras de su posición oficial. Garrido notó enseguida que, con frecuencia, Juan Carlos se quedaba mirando con tristeza al infinito, como ausente, aunque se esforzaba en ocultar sus sentimientos. Según Jaime Carvajal, que fue uno de los que convivieron con él en Las Jarillas, el director fue «clave en la formación de la personalidad de don Juan Carlos, después de su padre o, incluso, al mismo nivel que don Juan». Es natural que, obligado a vivir alejado de su progenitor, buscara en José Garrido la figura paterna.

La antifigura era Ignacio de Zulueta, un autoritario sacerdote vasco, recomendado al conde de Barcelona por Danvila y el duque de Sotomayor y que representaba la línea más dura del franquismo. El niño prefería que sus compañeros le llamaran Juanito, pero Zulueta, por quien llegó a sentir auténtica aversión a pesar de que le ayudaba muchos días como monaguillo, insistía en obligar a todos a utilizar el tratamiento de Alteza para dirigirse a él. El trato amistoso con los demás niños, las actividades al aire libre y el cariño del director no compensaban del todo el ambiente hostil de los periódicos del régimen, la servidumbre del protocolo y las audiencias y, muy especialmente, el alejamiento de la familia y la incomunicación.

Me dice su hermana, doña Pilar de Borbón:

> El teléfono estaba intervenido. Solo se podía hablar por teléfono *in articulo mortis* y con permiso del padre. Era caro y sabíamos que nos escuchaban. Con solo oír nuestras voces se ponía en marcha la grabadora. Por teléfono no podíamos decir nada. Un día le pregunté a mi padre: «Señor, ¿qué es este ruido?». Y él me respondió: «No te preocupes, es que nos está escuchando la Policía». Estábamos vigilados. Le daban cuenta a la policía portuguesa de todo lo que pasaba. Y la gente joven aprendíamos a convivir con ello. Era así.

En las vacaciones de Navidad de 1948 Juanito volvió a Estoril. A finales de diciembre, José María Gil-Robles le llevó con sus hijos al zoológico de Lisboa, mientras reflexionaba sobre la suerte de aquel niño, convertido en objeto de regateo en la lucha por el poder entre don Juan y Franco. Al antiguo jefe de la CEDA le impresionó aquel día la actitud taciturna y apagada del joven Príncipe. Y anotó en su diario:

> Sigue siendo un verdadero niño en todas sus simpáticas reacciones, pero le encuentro prematuramente serio y hasta levemente triste. Parece como si se diera cuenta de la batalla que en torno a él se está librando. Viéndole ayer jugar en el parque y luego en casa, no podía yo sustraerme a un sentimiento de dolor. Es un niño que se hace querer enseguida. Cuando pienso en su futuro me produce compasión. ¿Qué reservará el porvenir a esta criatura que a los diez años es ya objeto de aguda pugna?

Sin embargo, no tardaría mucho Gil-Robles, ayudado por Sáinz Rodríguez, en contribuir con sus consejos al despiadado juego con los sentimientos del joven Príncipe, sirviéndose de él como moneda de cambio en los forcejeos políticos con Franco. En el mes de febrero, en un claro intento por utilizar al Príncipe, el Caudillo quiso que asistiera a su lado al funeral por Alfonso XIII celebrado en El Escorial; asimismo, mostró gran interés en contar con su presencia en la tribuna principal del desfile de la Victoria, a lo que don Juan se negó por consejo de Gil-Robles. Como represalia, Franco pronunció en las Cortes un discurso en el que incluyó algunos comentarios negativos sobre Alfonso XIII y la reina María Cristina, su madre. Fue suficiente para que los monárquicos más radicales reclamaran el regreso inmediato del Príncipe a Estoril. Cuando volvió en mayo de 1949, para las vacaciones de verano, era completamente ajeno a los nuevos planes que le aguardaban. No sirvió de nada la sensata opinión de la reina Victoria, aconsejando el retorno a Las Jarillas tras el periodo estival. Don Juan Carlos permaneció todo el curso siguiente en Estoril. «Piense Vuestra Majestad —le había dicho Gil-Robles a don Juan para convencerle, olvidándose de sus compasivos sentimientos anteriores hacia el niño — que el Príncipe es la única arma de que aún dispone frente a Franco. Si accede en las mismas condiciones que el año pasado, quedará desarmado totalmente». De nuevo, las necesidades del pequeño se sacrificaban al imperativo de la futura restauración de la monarquía.

Esta nueva trashumancia fue también deprimente para el niño, que pronto iba a cumplir doce años y que echaba en falta en Estoril a Garrido y a sus compañeros de Las Jarillas. Le arrancaron de allí cuando se había aclimatado. No comprendía por qué había sido alejado ahora de sus amigos de España. Es verdad que le alegraba estar en casa, aunque su padre se ausentaba con frecuencia en viajes y cacerías. El comentario, a este propósito, del historiador Preston resume bien el nudo central de este drama regio al que asistimos:

> Esta alteración de sus estudios y de su vida volvió a demostrar lo poco

que importaba él dentro del gran juego diplomático. Es imposible calcular cómo la desaprensiva explotación de su persona afectó a la actitud de Juan Carlos hacia su padre. Sin embargo la frecuencia con que posteriormente se refirió a ciertas personas diciendo que eran como «un segundo padre» es reveladora. Entre estas figuraban, paradójicamente, Franco y, más compresiblemente, José Garrido; posteriormente también el marqués de Mondéjar. Aunque siempre hablaba afectuosamente de su padre, quizá subconscientemente Juan Carlos creyera que este no se había portado con él como un «verdadero padre».

Para alivio de males, el ambiente familiar de Villa Giralda se alteró aquel otoño de 1949 con las noticias que llegaban de Sevilla sobre la gravedad de la enfermedad del padre de doña María de las Mercedes, Carlos de Borbón Dos Sicilias. Juanito, durante su estancia en Madrid, había pasado muchos fines de semana en la capital andaluza con su abuelo y padrino. Doña María solicitó autorización para ir a visitar a su padre, pero Franco le denegó el permiso hasta el último momento. Cuando finalmente ella corrió a su lado el 11 de noviembre, era demasiado tarde; ya había muerto. Esto nunca se lo perdonó a Franco. «Sí —confirma su hija—, no lo llevó bien; adoraba a su padre». Años después confesaría: «Yo, que creo que soy capaz de perdonar todo, nunca perdoné a Franco, al que defendí en otras cosas hasta pelearme con mis amigos, que se portara tan mal con mi padre, y luego... que yo no pudiera llegar a tiempo para verlo morir».

Dice doña Pilar:

> Cuando doña Carmen vino a Villa Giralda le hizo a mi madre una reverencia como si fuera la reina de Inglaterra, pero mi madre le dio la mano floja, según nos dijo. En casa siempre tomábamos café, pero recuerdo que aquel día sirvieron té, que es a lo que estaba acostumbrada la mujer de Franco.

Para presionar a don Juan, Franco maniobró cerca de don Jaime de Borbón, padre de don Alfonso y don Gonzalo, y en diciembre el hijo mudo y degenerado de Alfonso XIII anunció que consideraba nula su renuncia al trono. En marzo de 1950 don Juan recibió en Roma a José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, quien le reprochó con dureza que su hijo siguiera en Portugal en lugar de estar formándose en España. Posiblemente en este encuentro se decidió de alguna manera la presencia futura del Opus Dei en la formación religiosa del Príncipe. En principio, el conde de Barcelona había pretendido, con poco éxito, encomendársela a los jesuitas. Finalmente, entre unas cosas y otras, don Juan cedió y en el otoño permitió que Juanito reanudara sus estudios en España.

Esta vez le acompañaría su hermano pequeño y, en lugar de en Madrid, vivirían en el palacio de Miramar de San Sebastián, residencia propiedad de la familia, quedando así alejados de la influencia de El Pardo.

Recuerda doña Pilar:

> Para él fue una gran alegría que le mandaran a España con su hermano, porque estaban muy unidos. Fue para él una bendición. Y eso que los hermanos nos peleábamos como perros y gatos, no creas... A mí me dio Juanito un manotazo en la cabeza y se rompió el dedo. Por eso lo lleva así.

Al principio los dos hermanos compartieron habitación, pero hubo que separarlos dada la natural rivalidad entre ambos por la diferencia de años, y fue Jaime Carvajal el que pasó a utilizar el mismo cuarto que Juan Carlos. Durante estos cuatro años en San Sebastián, el joven Príncipe fue razonablemente feliz. Mantuvo una copiosa correspondencia —escribía sus cartas en hojas de cuaderno — con su casa de Estoril, y en estas misivas su padre se expresaba en un tono afectuoso, aunque un tanto rígido y formalista.

A finales de diciembre de 1953 se produjo un contraste significativo: el Príncipe se había negado a aprender inglés, influido por la machacona propaganda oficial contra la «pérfida Albión» por la ocupación de Gibraltar. Él mismo se lo contó siendo ya rey a la revista alemana *Welt am Sonntag:*

> Por motivos patrióticos estaba predispuesto contra Inglaterra, y me negué a aprender el idioma. Mi padre me hacía reproches, mi abuela también. Almorzamos con la reina de Inglaterra y mi padre dijo a Isabel II: «Siéntate junto a él para que se avergüence de no poder responder a tus preguntas». Y así ocurrió. Yo estaba profundamente avergonzado de solo poder hablar en francés con la Reina, y comprendí que el patriotismo tiene que manifestarse en otras cosas y que estaba obligado a aprender inglés por mucha rabia que me diera entonces.

Pues bien, en aquellas fechas el conde de Mountbatten, almirante de la flota mediterránea de la OTAN, invitó a su primo don Juan, que era oficial honorario de la Royal Navy, a observar unas maniobras de la Alianza desde el buque insignia. Su asistencia provocó en la prensa nacional una de las más feroces campañas contra él; fue presentado en la prensa nacional como amigo de Inglaterra y enemigo de España. No puede decirse que, en este punto, el sentido del patriotismo de don Juan y el de su hijo tuvieran mucho que ver. En Miramar siguieron día a día el conflicto con gran pesadumbre de Juanito, que llegó a pensar que cerrarían

el colegio.

En el verano de 1954, el Príncipe, de dieciséis años, había terminado el Bachillerato. El informe que envió al conde de Barcelona el presidente del tribunal, Jesús Pabón, distinguido historiador y monárquico, concluía: «El Príncipe es naturalmente tímido y, como todo tímido, reacciona, superando, por compensación, la timidez mediante una cierta vehemencia y hasta violencia en la expresión, en el gesto o en la palabra». Y consideraba a Alfonsito, su hermano pequeño, más espontáneo y menos retraído, en parte por su gran inteligencia y en parte porque no tenía que soportar el peso de tanta responsabilidad. El remedio para Juan Carlos estaba en que adquiriera mayor seguridad en sí mismo, a lo que podría colaborar su padre; pero no ayudaba a esto su tendencia a ser brusco, crítico y demasiado exigente con él.

El 22 de junio los dos hermanos, con permiso de don Juan, hicieron una visita de cortesía a Franco para agradecerle que hubiera facilitado su estancia en España, lo que produjo en el Generalísimo una inmensa alegría. En el siguiente Consejo de Ministros comentó: «Un día Juan Carlos será llamado a altas responsabilidades en la vida de España». A Alfonsito le preguntó: «Y tú ¿qué vas a ser de mayor?». «Yo, rey —le contestó— cuando se muera este», lo que provocó la risa de Franco.

Con Juan Carlos de nuevo en Estoril, en los meses siguientes se desarrolló un intenso forcejeo entre su padre y Franco sobre el siguiente paso en los estudios que completarían la formación del joven Príncipe. Don Juan quería dejar claro que era él el que tenía la patria potestad para decidir la educación de su hijo. Tanto Pedro Sáinz Rodríguez como José María Gil-Robles le calentaban la cabeza sobre el riesgo de aceptar los planes de Franco, de dejarlo en sus manos. «El Príncipe —le advirtió Sáinz Rodríguez— será definitivamente distanciado de V. M., y acabará por tener la formación que se pretende, franco-falangista». Don Juan amagó entonces con enviarlo a la Universidad Católica de Lovaina o a Bolonia; pero al final se impuso el criterio de Franco para que siguiera en España y cursara la carrera militar antes de pasar por la universidad. El conde de Barcelona tenía en realidad planes coincidentes, pero para demostrar que era él quien decidía le dijo a Franco que debía consultarlo con su Consejo Privado, un grupo de personas a las que el dictador detestaba. Algunas de ellas votaron en contra, pero triunfó la idea de que, como dijo Pabón, «para torear hay que quedarse en España».

Don Juan esperó hasta septiembre para contestar a Franco. Lo

hizo desde Tánger, donde Juanito acababa de ser operado de apendicitis, al final de un crucero por el Mediterráneo al que habían sido invitados por la reina Federica. Como curiosidad, señalemos que fue en este viaje donde Juan Carlos conoció por primera vez a una jovencísima Sofía de Grecia. La solución definitiva al futuro inmediato del Príncipe se fue retrasando, mientras Juan Carlos pasaba el invierno en Estoril reponiéndose de la intervención quirúrgica. Franco se alarmó cuando su hermano Nicolás, embajador en Lisboa, le informó del entusiasmo monárquico que se había vivido en Estoril con motivo de la puesta de largo de la infanta doña Pilar, a la que habían asistido más de tres mil monárquicos españoles. La fiesta se prolongó los días 14 y 15 de octubre. Todo el mundo aplaudió frenéticamente cuando don Juan salió a la pista de baile con su hija, y al grito de «¡Viva el Rey!» se había unido la propia mujer del embajador, Isabel Pasqual de Pobil. El evidente crecimiento de la idea monárquica en España, que se puso también de relieve en las elecciones municipales del 21 de noviembre en Madrid, inclinó a Franco a volver a verse con el pretendiente, no sin antes advertir de que «la Monarquía no es viable fuera del Movimiento».

Las intenciones del Caudillo estaban claras. Al conde de los Andes, jefe de la Casa de don Juan, que había acudido a El Pardo para preparar el orden del día de este segundo encuentro, le sorprendió la dureza y destemplanza de Franco. «Si don Juan no está dispuesto a esta educación para su hijo, o este no está conforme, el Príncipe no debe volver a España y ya sabe que renuncia al trono (…) Si interpretan que quiero hacer falangista al Príncipe, no me importa esta interpretación». Ese mismo día le dijo a su primo, Pacón Franco Salgado-Araujo, jefe de su Cuarto Militar: «Si don Juan quiere que su hijo reine en España debe someterse a mis deseos y confiarme su educación».

Esta reunión de Franco y don Juan para fijar la educación del Príncipe tuvo lugar en la finca Las Cabezas, del conde de Ruiseñada, en el término de Navalmoral de la Mata (Cáceres), el día 28 de diciembre de 1954. La conversación junto a la chimenea se prolongó desde las once y veinte de la mañana hasta las siete y media de la tarde, almuerzo incluido. El Generalísimo aprovechó para contar sus batallitas y para poner de vuelta y media a muchos monárquicos relevantes cercanos a don Juan, tachándolos de borrachos y jugadores, cuando no de masones, como a Pedro Sáinz Rodríguez. Cuando el conde de Barcelona salió en defensa de este consejero fiel, diciendo que gozaba de su total confianza, Franco le

replicó: «Yo nunca he puesto mi confianza en nadie».

Los dos quedaron de acuerdo en la formación militar del Príncipe, según un plan meticulosamente trazado por Franco, sin que nadie hubiera consultado al interesado, sacrificado como ser humano una vez más y sometido al albur de una futura lotería. El pretendiente quedaba claramente descartado, aunque su abdicación no era aún necesaria para el Caudillo, que no deseaba dar carta de naturaleza definitiva a la línea dinástica juanista.

4

La Academia y el drama

El encuentro de Las Cabezas obligó a Juan Carlos a volver a hacer las maletas. A comienzos de 1955, con diecisiete años recién cumplidos, dejaba Estoril y se trasladaba a Madrid para preparar los exámenes de ingreso en la Academia Militar de Zaragoza, bajo la supervisión del general Carlos Martínez Campos, duque de la Torre, a quien don Juan nombró, con el visto bueno de Franco, jefe de la Casa del Príncipe. Era un artillero adusto y leal, que no tuvo inconveniente en transmitir al Caudillo en la primera entrevista que mantuvo con él la irritación de don Juan por la forma en que le había tratado, intentando suplantar su derecho a decidir acerca de la educación de su hijo. Franco le respondió que una cosa era educar a un hijo y otra formar a un príncipe. De la mano del general Martínez Campos entró Alfonso Armada, oficial de Artillería e hijo del marqués de Santa Cruz de Rivadulla, al servicio de don Juan Carlos.

El comunicado conjunto de Las Cabezas inquietó a la Vieja Guardia de la Falange, que lo interpretó como el anuncio de un próximo regreso de la monarquía y, por tanto, como una amenaza. Franco reaccionó ante la sorda protesta de los falangistas con unas declaraciones en las que reafirmaba que su magistratura era vitalicia. También dejó claro que la monarquía sería del Movimiento y no la que quería don Juan de Borbón. En este ambiente político hostil discurrió el año y medio que permaneció Juan Carlos en el palacio madrileño de Montellano. Fue una dura prueba para él. Aquí no tenía amigos que le hicieran compañía, salvo su vecino Miguel Primo de Rivera, y se veía obligado a realizar un trabajo muy exigente y a cumplir tediosos compromisos oficiales. Franco le veía una vez al mes y aprovechaba para darle lecciones de historia e inculcarle sus ideas.

Cuando el diplomático y escritor José Antonio Giménez-Arnau, encargado de trazar una semblanza del Príncipe, le preguntó cómo

llevaba su soledad y la separación de su familia, Juan Carlos le respondió: «Si no resignado, estoy al menos acostumbrado. ¡Figúrese!... A los siete años pasé ya dos separado de mis padres. Eran los primeros tiempos de Estoril. No había más remedio». Se ve que aquella temprana separación le marcó para siempre. A raíz de esta primera entrevista del Príncipe se recrudecieron los enfrentamientos entre monárquicos y falangistas, con brotes de violencia física y ataques directos a la figura de Juan Carlos a través de la distribución de octavillas.

En la conmemoración del aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, el 20 de noviembre, en El Escorial, Franco, que acudió con uniforme de capitán general en lugar de con la acostumbrada camisa azul de los falangistas, tuvo que escuchar gritos de «Franco traidor» y «No queremos reyes idiotas». En Villa Giralda, los constantes ataques a la monarquía borbónica y los aires de realeza que se respiraban en El Pardo molestaban profundamente. Alfonsito, de catorce años, solía llamar a Franco «el enano» o «el sapo», y en una ocasión dijo: «Este tío no se va de ahí. Lo que hay que hacer es echarlo a puntapiés... A mí me revienta visitarle. Y la señora, siempre enseñando los dientes, me quita el apetito». La predilección de don Juan por su hijo pequeño hacía que a este le riera las gracias y le tolerara salidas de tono que, normalmente, no permitía a los demás. En una ocasión, le dio un cachete a Pilar por contar un chiste sobre Franco.

> Llegaba a Estoril gente de España que nos enseñaba canciones un poco ordinarias sobre Franco o nos contaba chistes. Un día nos oyó mi padre y ordenó: «Eso se ha acabado. Es el jefe del Estado de nuestro país y le debemos un respeto». Eso se vivió así. Y si venía a casa el embajador de España, mi padre le recibía en la puerta. Había un respeto. Y nunca hablábamos mal de Franco, con extranjeros, sobre todo, ¡nunca!

Molestaba especialmente en la casa de don Juan el boato cortesano del Caudillo, el remedo de corte regia en que convirtió el palacio de El Pardo, con la exhibición de la Guardia Mora a caballo y todo lo demás. Lo confirma doña Pilar:

> Desde Estoril veíamos la vida de Franco como muy cortesana, rodeada del boato de la corte de Luis XIV, no digo en cuanto a lujo, eso no, porque Franco era un hombre muy austero, sino en cuanto a la corte que le rodeaba, a la gente que se pegaba puñetazos para estar a su lado y salir en la foto. Este aire de grandeza cortesana nos parecía que estaba fuera de lugar.

En diciembre de 1955 Juan Carlos ingresó en la Academia

Militar de Zaragoza tras superar a duras penas el difícil examen de matemáticas. Entraba en un mundo nuevo, que, sobre todo al principio, no resultó un camino de rosas. Franco no permitió la presencia de su padre en su jura de bandera, el 15 de diciembre. La presidió Agustín Muñoz Grandes, ministro del Ejército, poco inclinado a la monarquía, que ni siquiera le mencionó.

Ese día Juan Carlos envió el siguiente telegrama a su padre, en contestación a otro suyo: «Ante mi bandera he prometido a España ser un perfecto soldado, y con emoción tremenda te juro que cumpliré lo dicho». Fueron precisamente los constantes ataques a su padre, que subieron de intensidad en aquella época, una de las razones de su desasosiego, hasta el punto de motivar su enfrentamiento a puñetazos con algunos de sus compañeros de la Academia, como él mismo ha contado:

> ¡No lo ignoraba! Al contrario. En varias ocasiones me peleé con compañeros que habían emitido en mi presencia opiniones sobre mi padre que no me gustaban. Nos dábamos cita, de noche, en el picadero de la Academia y allí ajustábamos cuentas a puñetazos. Varias veces salí de esos encuentros con un ojo a la funerala. Mis compañeros sabían que me encontraba en una situación muy difícil y evitaban tocar ese tema delante de mí.

Según uno de estos compañeros, que entonces era abiertamente republicano y luego ha prestado importantes servicios a la Corona, la llegada del Príncipe supuso para él un cierto choque personal. Acusó la bisoñez. Era un ambiente al que no estaba acostumbrado y tuvo que convivir con un grupo en el que había gente de todos los colores y talantes. Al principio hubo cosas que no funcionaron del todo bien. Le fue mejor en las otras Academias donde ya había cuajado el proceso de adaptación y maduración. Cuando ingresó en la de Zaragoza tenía buena voluntad, pero no estaba siquiera bien informado de la realidad política española. Hasta entonces había vivido encapsulado, rodeado de un equipo homogéneo. Si se hablaba, por ejemplo, de la Falange, él saltaba: «¡Pero de la Falange de verdad, como la de Solís!».

Lo peor fue que al principio estuvo rodeado por una pequeña camarilla de monárquicos y aristócratas, alguno de ellos primo suyo, gentes que presumían de hípicas y de alta sociedad y que utilizaban siempre la fórmula «Señor» para dirigirse a él, cuando el resto le llamaba simplemente Juan o Juanito. Ante el malestar creado por la actitud de este grupo de aduladores, la dirección se vio obligada a tomar medidas y los dispersó. Él trataba de hacerse simpático, de convertirse en uno más, pero le faltaba entonces lo

que luego le sobró: su gran habilidad en el trato humano. Se pasaba en algunas salidas, que resultaban desafortunadas, aunque en general la relación era normal. Un día, por ejemplo, se montó una trifulca por una chica entre un compañero que pertenecía a su grupo y otro cadete. Él intervino, llamó a este último «plebeyo», el otro le respondió y aquello resultó muy desagradable. «Nada grave —resume este militar—. Eso sí, se le notaba su bisoñez, su inexperiencia en el trato con la gente y la falta de adaptación a las circunstancias, hasta que comprendió que no era bueno estar en manos de aquella camarilla que le rodeaba».

Entre el resto de los cadetes molestaban también los privilegios de que gozaba. Le dieron una habitación aparte, con radio, y pasaba muchos periodos de tiempo en la enfermería, por el motivo que fuera. No estaba bien de salud, y se ha dicho que padeció una hepatitis. «Veníamos de una marcha muy dura —añade la misma fuente—, él se había pasado el día en la enfermería y cuando volvíamos le ponían al frente de la unidad, montado a caballo, para la foto. Y la gente murmuraba. Pero con el tiempo hizo grandes esfuerzos de adaptación».

No siempre acertaba en su intento de congraciarse con los demás. Por ejemplo, había un profesor que era un tanto despistado y los alumnos le pusieron un mote. Un día, estando en formación, Juan Carlos gritó refiriéndose a dicho profesor: «Fulano, hijo puta». Su voz era inconfundible. El capitán hizo como que no lo había oído y se limitó a decir: «Señores, espero que ustedes, cuando ejerzan el mando, no se encuentren en una situación tan desagradable como la que yo acabo de pasar en este momento». Pero, en general, quitando estas salidas de tono para hacerse el simpático, Juan Carlos tenía un comportamiento correcto. Le faltaba ponerse a punto.

Si sufrió algún arresto, fue mínimo. Novatadas, sí. En los primeros días le obligaron a gritar «¡Viva la República!». También le tuvieron casi una semana sirviendo la mesa a los veteranos. Era una mesa de doce y se comía con cubiertos de plata. Era como decirle: «Tú aquí eres uno más, no te pongas chulo». No había inquina contra él, sino naturalidad. Años después, él mismo recuerda aquellas bromas:

> Tuve que pasar por todo. Tuve que hacer el reptil por el suelo del dormitorio. Dormí con «la monja» [el sable en el pecho]. Me hicieron «los rayos X» [dormir entre las dos tablas de una mesilla de noche]. También tuve que aceptar que hicieran conmigo el «tiro de pichón» [golpes de almohadón con los ojos vendados].

Al margen de su estatus especial, que nadie ignoraba, es recordado como un buen compañero: abierto, generoso, sencillo en el trato, de «inteligencia normal», muy religioso —se levantaba todos los días antes del toque de diana para ir a misa—, ligón con notable éxito con las mujeres, muy enamoradizo —en su cuarto tenía la foto de María Gabriela de Saboya, su primera novia—, excepcional fisonomista, gran aficionado a la hípica y «con un sentido natural de las cosas justas». Pese a las dificultades iniciales de adaptación y a los estallidos de hostilidad contra su padre, que tanto le dolían, Juan Carlos recuerda este periodo de su paso por las Academias como uno de los más felices de su vida. En 1981 escribió en *Sábado Gráfico:*

> Recuerdo con verdadera satisfacción y nostalgia mi paso por las Academias militares... Muchas veces tengo presente ahora —cuando mi cargo y mis ocupaciones no me dejan apenas tiempo ni libertad— aquella época ya lejana en la que mi vida podía desenvolverse de una forma distinta a la actual.

Sin embargo, otro de sus compañeros de la Academia de Zaragoza me dice:

> Destacaba su tristeza. Era un hombre muy triste y melancólico. A mí siempre me ha gustado mirar a la gente a los ojos a ver qué hay detrás de la mirada. Desde el primer momento que le vi la sensación que tuve fue que él aparentaba alegría, pero en el fondo de los ojos tenía una mirada triste. ¡Y la sigue teniendo! Yo le he oído el mismo comentario a Armada: la ausencia del padre se le notaba mucho.

Muchos años después, como he indicado, coincide casi literalmente José Luis de Vilallonga: «La indefinible tristeza que, a pesar de su tendencia a la risa súbita, velaba a veces el fondo de su mirada. ¡Dios mío, qué triste parece este hombre! Esa profunda melancolía que es incapaz de disimular».

Como hecho significativo de su necesidad de sustentos sentimentales y familiares está la cantidad de cartas que envió en esta etapa a Estoril, y no solo a su familia. María Tornos, la hija de Juan Tornos, fiel servidor de don Juan, que vivía en Villa Giralda, se escribía con él, según me dice, una media de dos cartas por semana,

> [...] cartas largas, de cuatro o cinco hojas de cuaderno, que ahora he encontrado entre los papeles de mi padre, en las que cuenta minuciosamente su vida en la Academia y en las que siempre me preguntaba: «María, ¿qué tal está mami?, ¿cómo encuentras a papá?».

En ese tiempo ocurrió el terrible suceso del Jueves Santo, en el que murió accidentalmente por un disparo suyo su hermano Alfonsito. Esta desgracia marcaría a fuego la tristeza en su alma y afectaría seriamente, aunque en apariencia se superó sin mayores trastornos, las relaciones profundas con su padre. A partir de ese día, la sombra del hijo muerto se interpuso entre don Juan y el que acabaría siendo rey de España por voluntad de Franco, que se saltaba con su decisión la línea dinástica representada por su padre. Nada volvería a ser lo mismo en la familia de Estoril a partir de entonces, a pesar de que el afecto entre el padre y el hijo no se quebró nunca del todo.

Los dos hermanos habían viajado juntos en el *Lusitania Express* para pasar las vacaciones de Semana Santa. Alfonso, de catorce años, agudo, muy inteligente y simpático, seguidor del Atlético de Madrid —Juanito era del Real Madrid—, cursaba estudios en el Liceo Francés de la capital y se disponía a ingresar como cadete en la Escuela Naval de Marín, siguiendo la vocación marinera de su padre. Después de varios meses, don Juan y doña María de las Mercedes volvían a reunir en casa a sus cuatro hijos.

En la Academia de Zaragoza, donde acababan de cursar, en la asignatura de Armamento, la técnica del uso de las pistolas, le habían regalado a Juan Carlos una pequeña pistola del calibre 22, casi un juguete, un arma prácticamente inofensiva a una distancia prudencial. De hecho, los dos hermanos se dedicaban a jugar con ella cuando llegaron a Estoril. La víspera del trágico suceso habían estado disparando a las farolas, por lo que don Juan prohibió que siguieran usando el arma, que quedó guardada en un cajón bajo llave, al cuidado de la madre. El 29 de marzo, Jueves Santo, un día lluvioso y desapacible, la familia, vestida de negro, asistió a misa y comulgó en la pequeña iglesia de San Antonio, junto al mar; a continuación todos acompañaron a Alfonsito al Club de Golf de Estoril, donde competía en la semifinal de un campeonato, fase que ganó, lo que le permitió pasar a la final. Al caer la tarde, después de muchos ruegos, los hijos convencieron a su madre para que les permitiera jugar con la pistola. Fue precisamente Alfonso el que compró los balines, uno de los cuales le iba a causar la propia muerte.

Los dos chicos pasaban el rato en el cuarto de juegos del primer piso, a la espera de la cena; mientras manipulaban la pistola ocurrió el accidente. Se disponían a disparar a una diana. Tras una primera versión oficial edulcorada, dictada por el mismo Franco, quedó claro que quien sostenía el arma en el momento del disparo fatal

fue Juanito. La bala, a cortísima distancia, penetró en la frente de su hermano, que murió en el acto. Los detalles no están claros. Parece que la versión más fiable es que Juan Carlos no sabía que la pistola estaba cargada cuando, en broma, apretó el gatillo. Doña María de las Mercedes recordaba aquel terrible momento años después: «Yo estaba leyendo en mi saloncito y Juan al lado, en su despacho. De repente oí a Juanito que bajaba las escaleras diciéndole a la señorita que teníamos entonces: "No, tengo que decírselo yo". A mí se me paró la vida». El padre y la madre subieron corriendo al cuarto de juegos, donde encontraron a su hijo en un charco de sangre. Don Juan intentó reanimarlo y murió en sus brazos. Lo cubrió con la bandera de España y después, profundamente conmocionado, según cuenta Antonio Eraso, amigo de Alfonsito, se volvió hacia Juan Carlos y le dijo: «Júrame que no ha sido a propósito».

«Aquella noche —me dice María Tornos— me pidieron que entrara por una coca-cola y encontré a don Juan solo, a oscuras, tumbado en un sofá, llorando con fuertes y profundos quejidos. Estaba destrozado». En el funeral, que ofició el nuncio, y al que asistieron destacados monárquicos españoles, Juan Carlos, desolado, intentando ocultar su agonía interior, acudió vestido de cadete. Por su parte, don Juan no podía disimular su tremenda congoja. Después del entierro en el cementerio de Cascais, arrojó la maldita pistola al mar. Al día siguiente, «incapaz de aguantar la presencia de su hijo mayor», según Paul Preston, ordenó a Juan Carlos que regresara inmediatamente a la Academia Militar.

La tortura interior atenazó aún con mayor fiereza a la madre, doña María de las Mercedes, que tuvo que soportar no solo la pérdida de su hijo, sino también los reproches de su marido, un hombre temperamental, por haber cedido a los ruegos de sus hijos en contra de la orden paterna, permitiéndoles el uso de la pistola. «Yo jamás he sido desdichada —confesó ella a una periodista francesa treinta años después del accidente—, salvo cuando murió mi hijo». Hasta el punto de que sufrió una profunda depresión y tuvo que ser hospitalizada muchos meses en una clínica de Francfort. «Sí —me dice su hija doña Pilar—, tuvo una racha terrible: el accidente con la muerte del hijo, la pérdida de su madre y la menopausia. Se le juntó todo y estuvo dos años fatal. Fue entonces cuando yo empecé a viajar con mi padre en el barco». Y quita hierro a la tensión entre el padre y el hijo: «Siempre continuamos siendo una familia. El afecto se mantuvo entre mi padre y Juanito. La tirantez era política, no familiar».

Desde el punto de vista político, la muerte de Alfonso debilitó también la posición de don Juan ante Franco, quien, a raíz del suceso, comentó: «A la gente no le gustan los príncipes con mala suerte». Hasta llegaron a correr rumores por Madrid de que el Príncipe, abrumado por la pena, estaba pensando en la retirada y la renuncia a sus derechos al trono, mientras su tío, don Jaime, en una muestra de insensibilidad y mala fe, intensificaba sus coqueteos con Franco y acusaba a su hermano, don Juan, de no haber abierto una encuesta oficial, o sea, una investigación oficial, sobre el accidente y de no haber practicado la autopsia al cadáver.

A su regreso a la Academia, Juan Carlos fue acogido con naturalidad. Con la compañía formada, el sargento le dio el pésame en nombre de todos. La nota discordante fue la intervención espontánea en el acto de su primo Alberto de Borbón y Pérez de Pulgar, un hombre de pocas luces, al que no se le ocurrió nada mejor que mezclar sus sentimientos solidarios con el orden sucesorio. Pero, en conjunto, la Academia Militar le arropó en el duro trance, y él reaccionó con una alegría forzada que le llevaba a pasar la mayor parte del tiempo que le permitían sus estudios en compañía de chicas. Ni don Juan ni Franco aprobaban su relación con la alegre, rubia y atractiva María Gabriela de Saboya, amiga de la infancia, hija del exiliado rey Humberto, y el director de la Academia le ordenó retirar de la mesilla de noche su foto con el argumento de que el Generalísimo podía disgustarse si visitaba un día la Academia.

Su vida sentimental era vigilada de cerca tanto por Franco como por don Juan. En las Navidades de 1956 inició un romance esporádico con Olghina Nicolis de Robilant, una aristócrata italiana y actriz de segunda, amiga de María Gabriela y cuatro años mayor que él. Fue un flechazo que duró hasta 1960 y que le trajo más de un contratiempo. En 1988 la revista italiana *Oggi,* y a renglón seguido la española *Interviú*, publicaron las cuarenta y siete cartas de amor que Juan Carlos había escrito a Olghina. Cuando ella le conoció, quedó un tanto extrañada de las ganas que el Príncipe tenía de divertirse. «Juanito —declaró más tarde— no daba muestras del menor complejo. Llevaba corbata negra y una pequeña cinta negra en señal de luto. Eso era todo. Yo me preguntaba si aquello era falta de sentimientos o si su comportamiento era forzado». Don Juan hacía todo lo posible para impedir aquella relación. Era natural, teniendo en cuenta la larga lista de amantes que le atribuían a la italiana. Cuando el conde de Barcelona se opuso a que ella asistiera a la puesta de largo de la prima de Juan

Carlos, María Teresa Marone-Cincado, celebrada en Portofino, hubo una violenta discusión entre el padre y el hijo. Según Olghina, ya entonces Juan Carlos estaba convencido de que sería rey de España, una vez desplazado su padre en el orden dinástico. En esto coincidía con Carrero y con López Rodó. A finales de 1960, Franco hizo llamar al comandante de Aviación Emilio García Conde, ayudante del Príncipe, y le dijo: «Al Príncipe hay que buscarle una princesa». El Caudillo consideraba que tenía derecho y obligación de inmiscuirse en los asuntos sentimentales del joven.

Asegura un compañero suyo:

> Estando en la Academia él daba por hecho que se preparaba para rey, y todos lo creíamos así. Recuerdo que en una ocasión le oí: «Cuando mi padre abdique, yo seré rey». Estaba tan claro que yo llegué a entregarle un papel en el que le aconsejaba que, cuando fuera rey, no se rodeara de una corte de aristócratas.

5

Entre don Juan y Franco

Don Juan Carlos se licenció como teniente en la Academia de Zaragoza el 18 de julio de 1957, convencido de que se preparaba para ser un día rey de España. Aún no había salido de la autoridad de su padre y, al mismo tiempo, seguía bajo la de Franco. Imbuido noblemente de los ideales patrióticos que se respiraban en el mundo castrense, parecía convencido de las muchas bondades del régimen franquista, aunque no dejaba de hacerle mella por dentro la inequívoca posición de su padre de que la monarquía no podía ser solo de los vencedores de la guerra. Así que, cuando se disponía a pasar por la Escuela Naval de Marín y por la Academia de Aviación de San Javier en Murcia, su vida discurría entre dos fuegos, en una especie de esquizofrenia, con escasa autonomía personal y dominada por la incertidumbre y las ganas de divertirse.

Prueba de la ambigüedad intencionada en que se movía el inquilino de El Pardo fue su decisión personal de que Alfonso de Borbón Dampierre presidiera el acto en el que se descubría un busto del hermano de Juan Carlos, Alfonsito, en la finca toledana de El Alamín, propiedad del conde de Ruiseñada, al cumplirse el aniversario de su trágica muerte. «Quiero —le dijo Franco— que le cultive usted, Ruiseñada. Porque si el hijo nos sale rana como nos ha salido el padre, habrá que pensar en don Alfonso». Cuando salió de la Academia de Zaragoza, y tras pasar por Estoril, el Príncipe viajó a Lausana para visitar a su abuela, la reina Victoria, y aprovechó para hacer unas declaraciones que molestaron a Franco, quien comentó con su primo Franco Salgado-Araujo: «Lo mismo que don Juan, el Príncipe no está bien aconsejado y debería callarse y no hablar tanto». A su vuelta Juan Carlos acudió a El Pardo a dar las oportunas explicaciones. A continuación visitó a los tres ministros militares (de Ejército, Aire y Marina).

Pero tampoco su padre estaba muy conforme con lo que percibía en sus planteamientos y en su visión de las cosas. Las discrepancias

políticas entre el padre y el hijo empezaron a manifestarse de forma creciente a partir de entonces. El propio rey Juan Carlos lo ha reconocido muchos años después:

> Cuando ya hacía años que yo estudiaba en Madrid y que mi padre se consumía en Estoril, tan cerca y tan lejos de España, nuestras relaciones fueron a veces difíciles, porque cuando me hablaba de España lo hacía de una España que formaba parte de su memoria histórica, de su nostalgia, una España convertida en un sueño, un puro reflejo de su espíritu. Y yo, que vivía en España, que la respiraba, que le tomaba el pulso cada día, me decía: «La España de que me habla mi padre ya no existe. España ha cambiado, los hombres y las mujeres que viven aquí ahora no se parecen en nada a los que mi padre conoció a los dieciocho años, la edad que él tenía cuando comenzó su interminable exilio». Pero no podía contradecirle brutalmente diciéndole: «Papa, te equivocas, las cosas ya no son así. Tu España y mi España son dos Españas diferentes».

Esa discusión existió, y más de una vez el Príncipe expresó su desacuerdo, sin perder el afecto y la educación. En todo caso, la discrepancia de fondo sobre la estrategia que se debía seguir era evidente entonces, y Juan Carlos siguió dócilmente las decisiones que tomaban sobre él Franco y su padre. Cuando estaba en las Academias militares y tocaban temas sensibles, don Juan se irritaba: «¡Demonios —le decía—, me hablas desde el punto de vista de Franco!». Y Juan Carlos comenta:

> Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Yo vivía en la España de Franco, y cuando Franco hablaba de España, hablaba de una España que yo conocía. Mi padre soñaba con España, yo la vivía... La realidad es muy difícil de soportar para los que creen que cualquier tiempo pasado fue mejor.

En 1959, estando todavía en la Academia de San Javier y mientras arreciaba la hostilidad de los falangistas contra él, hizo algunos gestos para fortalecer su compromiso con el régimen: en la primavera participó en el desfile de la Victoria y luego llevó una corona de laurel al lugar donde había sido fusilado José Antonio Primo de Rivera en Alicante.

Eso no quita para que, andando el tiempo, el rey Juan Carlos asimilara admirablemente la idea central de su padre de una monarquía democrática al servicio de todos los españoles, haciendo realidad el sueño de don Juan, aunque este permaneciera como una vía muerta de la historia. También es preciso reiterar que entre ellos nunca hubo una quiebra personal completa: se mantuvo el afecto y, salvo momentos concretos de especial dificultad, que analizaremos más adelante, tampoco se interrumpió la comunicación.

La hermana, Pilar de Borbón, analiza así la complicada situación, que ella vivió de cerca en Estoril:

> Franco no tomaba parte de la vida diaria de mi hermano; la parte de su vida diaria era su padre. Pero tenía que llevarse bien con Franco. ¡Vaya drama, eh! Y al final Franco se encariñó con él. Le consideró casi el hijo que no había tenido. Él tuvo que acomodarse. Cuando eres muy joven, no lo piensas. Lo que ves es lo que hay, la situación que estás viviendo. Juanito comprendió que tenía que adaptarse a la situación. Pensó: «a mí me han mandado aquí a que me lleve bien con Franco; pues me llevo bien con Franco». Creo que esa fue su actitud; pero nunca sufrieron las relaciones afectivas entre el hijo y el padre. Lo que sí hubo fueron diferencias de criterio político. El paso por las Academias le sentó bien y en casa comprendíamos que tenía que pensar por su cuenta. Veía las cosas de España de distinta manera que nosotros en Portugal.

Siendo ya rey de España, don Juan Carlos se muestra en esto sutil: «A mí me influyó mi padre y nadie más, hasta el momento en que yo mismo empecé a influir en mi padre. El exilio, cuando dura demasiado, acaba por falsear completamente la idea que uno se hace de su paraíso perdido».

Este choque de influencias mutuas, que llegaría al traumático desenlace conocido, en el que don Juan quedaría marginado, se inició tras la estancia del Príncipe en las Academias militares, en las que prevalecía abiertamente la lealtad al régimen. Y Juan Carlos en esto no fue una nota discordante. Su paso por las Academias tiene mucha influencia en sus convicciones políticas del momento y en su forma de patriotismo. Sin embargo, en su propia educación seguía sin tener arte ni parte: estaba completamente a merced de lo que dispusieran Franco y su padre.

En 1957 hubo un significativo cambio de Gobierno, que supuso la pérdida de poder de los falangistas más duros y la entrada en escena de los tecnócratas del Opus Dei: Ullastres, Navarro Rubio, así como la creciente influencia de Laureano López Rodó al lado de Carrero Blanco. Estos iban a apostar por la liberalización económica y política del franquismo y, con López Rodó a la cabeza, por la baza del joven príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco.

En el verano de ese año López Rodó y el conde de Ruiseñada hicieron gestiones para un nuevo encuentro de don Juan y Franco. El conde de Barcelona había enviado al Caudillo desde Escocia, donde pasaba las vacaciones, una carta-memorándum en la que se refería a la necesidad de buscar una salida monárquica a «la interinidad del régimen actual». Franco respondió de forma destemplada dejando claro que con la monarquía no iba a cambiar

el régimen lo más mínimo y advirtiendo que no había nada decidido sobre la persona que ocuparía el trono. A su regreso de Escocia don Juan mantuvo en Lisboa un encuentro clandestino de más de tres horas con Laureano López Rodó, quien trató de tranquilizarle, asegurándole que el régimen estaba evolucionando, que Franco estaba obsesionado por su sucesión y que fuera quien fuera el elegido —poco antes el mismo López Rodó le había asegurado a Dionisio Ridruejo que iba a ser el príncipe Juan Carlos — tendría que aceptar para ello los Principios del Movimiento. Don Juan le contestó que él no estaba dispuesto a dar ese primer paso en esa dirección porque «para mí —dijo— es algo parecido a tomar un purgante a la fuerza; yo no quisiera quedar comprometido políticamente», a lo que el emisario de Carrero respondió dejándole ver con delicadeza que eso le eliminaba del juego.

Parece que, influido por esta conversación, el conde de Barcelona escribió a Franco una carta conciliadora, en la que le decía:

> Siento en el alma que la interpretación que V. E. ha dado al párrafo de mi memorándum, en que hablaba de «la Monarquía como evolución natural y lógica del régimen mismo», sea tan distinta de la intención que yo puse en mis palabras. Evolución, para mí, es *perfeccionamiento, completamiento* del régimen actual, pero jamás ha pasado por mi cabeza la idea de abrir un periodo constituyente ni de discontinuidad entre lo actual y la Monarquía.

Terminaba proponiendo volver a verse cuando Franco quisiera. Y aún fue más allá. El día 20 de diciembre Pedro Sáinz Rodríguez montó una extraña ceremonia en Villa Giralda con la Comunión Tradicionalista; tras una misa solemne, don Juan, luciendo la boina roja, aceptó los principios carlistas de la monarquía medieval absoluta; y los tradicionalistas, a cambio, le reconocieron como legítimo heredero del trono. Fue un error que no sirvió para fortalecer su posición ante Franco.

En mayo de 1958 Juan Carlos se embarcó rumbo a Estados Unidos como guardiamarina en el *Juan Sebastián Elcano*, buque-escuela de la Armada española. Al mismo tiempo don Juan se embarcaba en el *Saltillo*, su yate, con ánimo de cruzar el Atlántico siguiendo la ruta de Cristóbal Colón. Por indicación de Franco, el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, le salió al paso en Madeira para que desistiera de la peligrosa travesía. Pero él prefirió seguir adelante. El embajador en Washington, José María de Areilza, un político inteligente y ambicioso, que primero fue falangista y protestó ante Franco por la venida de Juan Carlos a

España, al que calificó de «caballo de Troya de todos los rojos y separatistas», y que andando el tiempo se convirtió al liberalismo y se hizo monárquico juanista, consiguió con distintas añagazas y con permiso de El Pardo acoger en la embajada al padre y al hijo, convirtiendo así su paso por Estados Unidos prácticamente en una visita de Estado, que estuvo rodeada de gran publicidad. Mientras esto ocurría, se promulgaba en Madrid la Ley de Principios del Movimiento, el séptimo de los cuales rezaba así: «La forma política del Estado nacional, proclamada por la Ley de Sucesión y refrendada unánimemente por los españoles, es la Monarquía tradicional, católica, social y representativa».

Cuando don Juan llegó al puerto de Cascais tras su peligrosa aventura, el 24 de junio, día de su santo, docenas de entusiastas monárquicos españoles le esperaban para felicitarle y darle la bienvenida. En la recepción hubo abucheos y empujones para el nuevo embajador de España, José Ibáñez Martín, y don Juan proclamó: «No iré jamás de la mano de Franco. Seré rey de todos los españoles». Fue también por entonces cuando declaró a un periodista alemán que el próximo rey debía comprometerse con la reconciliación nacional. Franco contestó desacreditando públicamente a la monarquía borbónica.

El 29 de enero de 1959 se celebró en el hotel Menfis de Madrid una reunión monárquica promovida por el liberal Joaquín Satrústegui para crear una asociación denominada Unión Española. En la cena estuvieron presentes personalidades de la oposición, entre ellos Enrique Tierno Galván y José María Gil-Robles. Satrústegui, que había luchado con los nacionales en la guerra, declaró abiertamente, para irritación de Franco: «Hoy, el rey legítimo de España es don Juan de Borbón y Battemberg. Lo es por ser hijo de su padre, nieto de su abuelo y heredero en fin de toda una dinastía».

La cena del Menfis, con la creación de Unión Española, era un síntoma del descontento de un sector del régimen partidario de la restauración monárquica. Carrero Blanco y López Rodó presionaron a Franco para acelerar los planes de nombramiento de sucesor, que, en todo caso, debía acatar previamente las leyes del régimen. En una nota Carrero le decía: «Se podría decir a don Juan: ¿acepta sin reservas? Si dice que no, resuelto el problema, se pasa al hijo. Si este dice no, se busca un regente». Por lo pronto, Franco, con la gestión de Fernando Fuertes de Villavicencio, segundo jefe de su Casa, recibió en audiencia a los hermanos Alfonso y Gonzalo de Borbón y, comentando la Ley de Sucesión, le dijo al mayor, que

acabaría casándose con su nieta: «No he decidido absolutamente nada todavía acerca de la cuestión de saber quién será llamado mañana a la cabeza del Estado». Cuando tuvieron conocimiento de esta audiencia, Solís y otros falangistas empezaron a promover la idea de un «príncipe azul» —o sea, falangista— como Alfonso de Borbón.

El 12 de diciembre de 1959, con veintidós años, el Príncipe acabó su formación militar. Había conseguido las tres estrellas de oficial de los tres Ejércitos y ahora iría a la universidad. Franco estaba satisfecho de los progresos de Juan Carlos y cada vez más convencido de prescindir de su padre. «Don Juan no tiene remedio —le dijo a principios de 1960 a su primo Pacón— y cada vez se puede confiar menos en él. Es una pena que esté mal aconsejado y siga aferrado a la idea y deseo de la monarquía liberal». Prácticamente descartado don Juan, Franco se inclinaba cada vez más por su hijo, del que no dudaba que juraría los Principios del Movimiento. El resto de candidatos le servían de reserva y para mantener la apariencia de ambigüedad.

Los estudios universitarios del Príncipe iban a ser motivo de controversia, sin que a él, a pesar de sus estrellas en la bocamanga, se le dieran cartas en el asunto. Todo estaba dispuesto para que fuera a la prestigiosa Universidad de Salamanca. Por una vez Franco estaba de acuerdo y el general Martínez Campos, duque de la Torre, había hecho todas las gestiones con los ministerios y autoridades académicas. Incluso había seleccionado la lista de profesores y hasta había buscado para Juan Carlos un alojamiento apropiado. La intención era alejarlo de las intrigas de Madrid. El preceptor acudió a Estoril el 17 de diciembre para ultimar detalles. Dos días antes el Príncipe visitó El Pardo y Franco le dijo que esperaba verle a menudo. De pronto, don Juan reaccionó diciendo que estaba reconsiderando lo de enviar a su hijo a Salamanca. Esto provocó un durísimo enfrentamiento con Martínez Campos. El cambio de planes se decidió en el curso de una reunión informal de varios miembros del Consejo Privado de don Juan, en la que estuvieron presentes, entre otros, Pedro Sáinz Rodríguez y Juan Ignacio Luca de Tena. La razón que dieron es que Salamanca era un lugar peligroso porque había muchos estudiantes extranjeros y profesores de izquierda, entre ellos Enrique Tierno Galván. Las advertencias del duque de la Torre sobre los peligros de este cambio de planes, después de haberlo acordado con Franco, cayeron en saco roto. Entonces dimitió irrevocablemente. Don Juan le dio un sobre lacrado para que se lo llevara a Franco, en el que le explicaba la decisión

tomada.

Se repetía la historia. Las razones emocionales de Juan Carlos no se tenían en cuenta. Él lo confesó años después: «La marcha del duque me apenó mucho; pero no podía hacer nada por él. Nadie había pedido mi opinión. Yo estaba como sobre un campo de fútbol. El balón estaba en el aire y yo no sabía de qué lado iba a caer». El historiador Preston subraya:

> Todo este episodio vino a corroborar que una vez más Juan Carlos era simplemente la pelota en el juego que disputaban don Juan y Franco. En 1948 le habían separado brutalmente de Eugenio Vegas Latapié (…) El proceso se repetía ahora. El perder una vez más a su mentor y comprender que sus intereses estaban totalmente subordinados a consideraciones políticas, acarreó considerables costes emocionales para Juan Carlos.

En opinión de Alfonso Armada, este episodio fue la causa definitiva de la eliminación de don Juan en los planes sucesorios de Franco. Según Luis María Anson, aquello fue una sagaz emboscada urdida por Sáinz Rodríguez para eliminar a Martínez Campos. Paul Preston considera que

> [...] las maniobras de Sáinz Rodríguez, Fernández de la Mora y Pérez Embid sugieren un intento desesperado de impedir que el Príncipe eclipsara a don Juan como sucesor de Franco. A Sáinz Rodríguez le preocupaba que, bajo la tutela de Martínez Campos, Juan Carlos estuviera siendo discretamente integrado en los planes franquistas para el futuro.

Para Franco esto confirmaba que don Juan estaba en manos de consejeros poco recomendables, que le influían demasiado, demostrando que no tenía criterio propio. Esto le hacía poco fiable y nada recomendable.

El portazo de Martínez Campos generó cambios en el Consejo Privado. Dimitió de la presidencia el general Kindelán y le sustituyó José María Pemán, mientras miembros conocidos del Opus Dei, como Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid, tomaban posiciones dentro del Consejo.

Después de un abundante intercambio epistolar entre el dictador y el pretendiente, el 29 de marzo de 1960 mantenían un segundo encuentro en la finca de Las Cabezas, que había heredado el marqués de Comillas tras la muerte repentina de su padre, el conde de Ruiseñada, durante un viaje en tren. La reunión estaba destinada a cerrar detalles sobre la educación del Príncipe. Franco aprovechó la ocasión para criticar a los consejeros de don Juan, sobre todo a Sáinz Rodríguez, al que calificó de masón. El conde de Barcelona

rechazó estos juicios negativos y se quejó amargamente de la continua propaganda antimonárquica en España. Después se decidió, a propuesta de Franco, que Juan Carlos residiría en la Casita de Arriba de El Escorial hasta que estuviera acondicionado el palacio de La Zarzuela y se acordó el plan de estudios y la designación del duque de Frías como jefe de la Casa del Príncipe.

El conflicto surgió cuando don Juan sacó del bolsillo un papel con el borrador de comunicado conjunto que había preparado Sáinz Rodríguez. En él se establecía que la educación del Príncipe, al que se denominaba Príncipe de Asturias, «no prejuzga la cuestión sucesoria ni la normal transmisión de las obligaciones y las responsabilidades dinásticas». Franco rechazó lo de «Príncipe de Asturias», que era tanto como reconocer la realeza de su padre, y se resistió a aceptar el resto hasta que don Juan le dijo: «Pues, mi General, si por cualquier razón encuentra que la nota ahora es inoportuna, yo no tengo prisa, y como está el curso muy avanzado me puedo quedar con el chico hasta el mes de octubre». Entonces Franco aceptó rápidamente el texto del comunicado; pero en cuanto regresó a El Pardo modificó unilateralmente la declaración, que debía publicar toda la prensa. El proceder de Franco irritó a don Juan. El Caudillo dio la siguiente explicación a su primo Franco Salgado-Araujo:

> La nota publicada en la prensa la llevó redactada don Juan; yo le puse algunos reparos. Al llegar a Madrid y fijarme que faltaban algunas palabras sobre el Movimiento Nacional no tuve inconveniente en ponerlas, pues don Juan no se opuso a ello cuando se comentaron. No era cosa de consultarlo, pues sabía que había de estar conforme.

En abril, Juan Carlos establecía su residencia en la Casita de Arriba de El Escorial, también llamada Casita del Infante, y pronto sería recibido por el Caudillo. El creciente aprecio de Franco por el Príncipe y la progresiva animadversión hacia don Juan hizo que este transmitiera al corresponsal de *The New York Times*, Benjamin Welles, su preocupación porque su hijo se dejara «convencer por el ambiente, la adulación y la propaganda para abandonar la lealtad a su padre y aceptar el puesto de candidato de Franco al trono». No estaba desencaminado. A partir de entonces, la proximidad a Franco iba a ir alejándole poco a poco del propósito dinástico de su padre.

> Sí, a fin de cuentas Franco ganó en toda la línea. Me tenía cerca y me sustrajo de la influencia que hubieran podido ejercer sobre mí los hombres del Consejo Privado de mi padre, hombres que no le gustaban porque los consideraba demasiado liberales.

6

Amor bajo vigilancia

Cuenta Jesús Palacios en *Los papeles secretos de Franco* que el Generalísimo recibió en octubre de 1960 un informe sobre el Príncipe de sus servicios secretos en Portugal, en un momento en que se intensificaron los rumores sobre el anuncio oficial de su compromiso con María Gabriela de Saboya. En ese informe, para regocijo del Caudillo, se apunta por primera vez el deseo de Juan Carlos de liberarse del férreo dominio de su padre. Dice así:

> Lo cierto es que Juan Carlos parece cada día más maduro, por mucha que sea su humildad y su paciencia ante su padre, que aun delante de gente, y subrayándolo cuando hay alguien presente, le trata muy duramente y le dice continuamente «tú, ahí detrás», para la discordia. Discordia que seguramente no se dará, porque vendrá el matrimonio y con él la nueva casa, la nueva vida y el alejamiento del padre, que le tiene como los pies de las jóvenes chinas de casta, en zapato de hierro. En estos días, y según sabemos por diversas fuentes, Juan Carlos estaba deseando regresar a España y muy fatigado de su padre y de su abuela doña Victoria Eugenia, cuya frecuentación se le hace cada día más dolorosa. El casamiento, pues, es una solución política, un remedio para que la cuerda no se rompa. Juan Carlos no se siente hoy día alegre más que fuera de Villa Giralda y entre sus amigos españoles. Que tiene dos personalidades, una seria, triste, sumisa ante su padre, y otra cuando está fuera de la mirada de don Juan, entre sus amigos.

No se hicieron esperar los desmentidos de Estoril sobre la relación de Juan Carlos con la hija de Humberto de Saboya. Don Juan aprovechó, además, una larga entrevista concedida a *Il Giornale* de Italia para reafirmar su irrenunciable derecho al trono y poner énfasis en las buenas relaciones familiares, contradiciendo el informe anterior. Según don Juan, existía «un acuerdo indestructible» entre su hijo y él, y la familia real estaba «firmemente unida en un solo bloque». Es más,

> [...] entre nosotros siempre ha habido una total armonía: una inmutable fe y

confianza. Por ello no se puede pensar en una solución contraria a estos acuerdos y a una tan unida firmeza de voluntades y sentimientos. Una solución diferente rompería este bloque.

¿Iban estas afirmaciones tan contundentes dirigidas sobre todo a su hijo, al notar que empezaba a buscar su propia vida, que se acercaba a Franco y que amenazaba ya con salir de su autoridad y quedarse con la Corona? El afecto con que el Caudillo hablaba de Juan Carlos sacaba de quicio a don Juan y le dejaba con la mosca en la oreja. Por entonces Franco le invitó a una cacería en El Pardo y luego toda la prensa difundió las fotos del Príncipe besando la mano a doña Carmen; poco después presidió junto a Franco, en el asiento reservado a la familia real, con «casi igual categoría» que el Caudillo, el funeral por los reyes de España en El Escorial, y en el Consejo de Ministros siguiente Franco, «como enternecido», dijo que «el chico» no podía seguir en la casita de El Escorial porque no reunía las condiciones adecuadas y que había que acelerar las obras del palacio de La Zarzuela, cuya restauración supervisaba personalmente doña Carmen Polo. José María Pemán se alarmó cuando comprobó que «se alhajaba con lujo excepcional» y, sobre todo, cuando el arquitecto, contratado por la mujer de Franco, hizo referencia a «los aposentos de la reina y los infantitos». El presidente del Consejo Privado de don Juan sacó la conclusión de que los Franco pensaban ya en Juan Carlos como futuro rey.

El «acuerdo indestructible» de que hablaba don Juan ha dado pie a muchos observadores a creer que, en un momento dado, hubo un pacto entre el padre y el hijo —uno actuaría desde fuera del régimen, el otro desde dentro—; jugando con las dos barajas posibles, tendría el objetivo fundamental de lograr la restauración monárquica, con la recuperación de la Corona por los Borbones, herederos de Alfonso XIII. Probablemente ese pacto existió, aunque nadie sabe precisar en qué momento. Acaso fuera más bien un pacto tácito. Ambos estaban a merced de las circunstancias políticas. Y fue Franco, con su astucia característica, la circunstancia determinante. Lo único seguro es que el hijo ganó la partida y luego cumplió leal y rigurosamente el programa de su padre, saltándose, eso sí, con elegancia, el orden dinástico y luego los planes de Franco sobre la permanencia de su régimen. Fue una obra de artesanía, en la que le ayudó considerablemente el profesor que le habían asignado ahora y que acudía cada mañana a la Casita de Arriba de El Escorial a darle clase sin libros: Torcuato FernándezMiranda. Para el Príncipe, después de las Academias militares y de los tutores, fue una ráfaga de aire fresco.

Por primera vez el joven Príncipe empezó a sentirse libre y con ganas de casarse y formar una familia. Buscaba su autonomía personal, a pesar de la estrecha vigilancia a la que lo sometían Franco y don Juan. Franco ordenó que uno de los ayudantes militares del Príncipe estuviera presente en las clases que le impartía Fernández-Miranda. Este le dijo al marqués de Mondéjar que se requería la presencia de un militar «para que Su Alteza y yo no hablemos de política». ¿De qué otra cosa iban a hablar?

El 19 de octubre entró por primera vez en la facultad de Derecho de la Universidad Complutense, acompañado de Mondéjar —que acabaría siendo para él como su segundo padre— y de una escolta de policía. Fue mal recibido por los carlistas, con gritos de «¡Abajo el Príncipe tonto!», «¡Viva el rey Javier!» y «¡Vete a Estoril!». Juan Carlos mantuvo la serenidad y pronto se ganó la simpatía general, con el apoyo de la Juventud Universitaria Monárquica Española, que presidía el joven Luis María Anson. No andaba bien de dinero y fumaba Celtas, el tabaco más barato, lo que cayó bien entre sus compañeros. «Desde pequeño —confesó muchos años más tarde— siempre he oído hablar en casa de problemas económicos. Para nosotros el dinero era un tema constante de preocupaciones». De muy niño, en Lausana, vendió por cinco francos al portero del hotel Royal una pluma de oro que le habían regalado, para comprar caramelos y chocolate. Su padre, muy enfadado, la recuperó por diez francos. En una ocasion, le dijo a Vilallonga:

> Antes de ser Príncipe de España y de recibir una asignación del Estado, a menudo andaba corto de dinero. Durante cierta época el marqués de Mondéjar era quien me pagaba mis trajes en Collado. Digan lo que digan, ni mi padre ni ningún otro miembro de la familia real cobraron nunca un duro del Estado español durante todo el tiempo que duró nuestro exilio.

La familia real vivía con una gran austeridad. Villa Giralda era una casa alquilada, un caserón grande con muebles gastados.

Era aquel un tiempo en que el príncipe Juan Carlos, un joven alto, rubio y guapo, se mostraba más interesado en el amor que en el estudio o en la política. Y también los amores del Príncipe estaban bajo estricta vigilancia. Después de un año de separación, en 1960 volvió a encontrarse, en Roma, con Olghina de Robilant y, según parece, le anunció en primicia su compromiso con la princesa Sofía de Grecia. Sin embargo, durante todo el año siguieron los rumores y los desmentidos sobre su noviazgo con María Gabriela de Saboya, otro caso en que tuvo que doblegarse a la voluntad de su

padre.

El orden jerárquico se mantuvo rigurosamente. Don Juan no solo era el padre, sino el jefe de la dinastía, el rey en el exilio, y el hijo le debía respeto y acatamiento por ese doble motivo. Da idea de esto la anécdota contada por Conchita Cintrón, la mejor rejoneadora de todos los tiempos, asentada en Portugal y fallecida el año 2009. Demuestra que los dos sabían muy bien quién era quién.

Don Juan fue invitado a una cacería en la raya de España y Portugal, en la zona extremeña en que se confunde la frontera. Él tenía prohibido pisar suelo español. Juan Carlos estaba invitado a otra montería en la finca limítrofe. Padre e hijo se pusieron de acuerdo para verse aprovechando la ocasión. A Conchita Cintrón, en el sorteo de los puestos, le tocó al lado de don Juan. Así pudo contemplar bien la escena. De pronto observó ella que alguien, desde un puesto lejano, estaba haciendo señales con un pañuelo. Era una persona alta, que se iba acercando entre la neblina y el claroscuro del amanecer. Le enfocó con los prismáticos y lo distinguió perfectamente: era el Príncipe. Don Juan miraba hacia él, pero no se movió; siguió en su puesto, sentado. Cuando faltaban unos metros para que llegara, el conde de Barcelona se levantó solemne y parsimoniosamente y se quedó de pie delante del puesto. Y allí, en pleno monte, sin más testigos que la rejoneadora, el Príncipe se cuadró ante su padre y le dio el cabezazo de rigor. Una vez cumplido el rito de sumisión y acatamiento, padre e hijo se dieron un abrazo.

La vida del joven Príncipe estaba, sin embargo, a punto de dar un giro significativo a este respecto. En septiembre de 1960 había cuajado en Nápoles la relación seria con Sofía de Grecia, la mujer que iba a tener un papel clave en su vida. Se encontraron allí con motivo de las Olimpiadas, donde Constantino, hermano de Sofía, competía en el equipo griego de vela. Se conocían de antes. De adolescentes se habían visto en aquel crucero «a la prusiana», en palabras de doña María de las Mercedes, que había organizado la familia real griega; y en 1958 se habían vuelto a ver en el castillo de Althausen, cerca de Stuttgart, en la boda de la hija del duque de Württemberg. Pero esta vez la cosa iba en serio. Prueba de la intimidad a que habían llegado es la historia de que Sofía llevó a Juan Carlos de la mano al cuarto de baño «le hizo sentar, le puso una toalla alrededor del cuello y le afeitó el bigote», que a ella no le gustaba nada. La relación se afianzó en Corfú, cuando la familia de don Juan fue invitada a pasar las Navidades de ese año con la

familia real griega, y más o menos se comprometieron informalmente en Londres, en junio de 1961, con motivo de la boda del duque de Kent.

Según cuenta Pilar Urbano en *La Reina,* en 1954, la primera vez que doña Sofía vio a Juan Carlos, con diecisiete años, le pareció un muchacho «atolondrado, divertido, bromista, guasón... y un poco gamberro»; ahora se encontró con un hombre «taciturno, con mechas melancólicas, que pasa de la risa aparatosa, de la jarana exultante, del chiste pícaro, del comer sandía vestido de esmoquin dentro de un taxi londinense a quedarse engolfado en un silencio». Pronto se dio cuenta de que seguía pesando sobre él la muerte de su hermano Alfonsito. Su tristeza parecía ser también síntoma de una vida en la que como hombre estaba absolutamente solo ante la lejanía de su padre y, como príncipe, rodeado por completo.

Las dificultades hasta sellar el compromiso y hacerlo público no iban a ser pequeñas. Entre ellas figuraba el problema del idioma —al principio se comunicaban en inglés, que Juan Carlos no dominaba del todo— y la diferencia religiosa: ella era cristiana ortodoxa y él, católico romano. Pero sobre todo se enfrentaban a las interferencias políticas. Don Juan y Franco tenían algo que decir.

La cuestión religiosa fue motivo de fuertes discusiones en Atenas, mientras la relación se consolidaba durante el verano. Juan Carlos y sus padres pasaron sus vacaciones en Corfú con la familia griega. La reina Federica no solo dio su aprobación al príncipe español, sino que estaba encantada con él. Para ella,

> [...] es guapo y apuesto, tiene el pelo rizado, cosa que le molesta, pero que a las señoras mayores como yo nos gusta mucho. Tiene los ojos negros, las pestañas largas, es alto y atlético y cambia de vez en cuando y como quiere su encanto personal. Pero lo más importante es que es inteligente, tiene ideas modernas y es amable y simpático.

Según la futura suegra, la atmósfera romántica del lugar, el silencio misterioso de la noche, la gran luna naranja y el zumbido de las cigarras contribuyeron a intensificar su amor hasta comprometerse extraoficialmente.

Don Juan procuró ser muy cauto a la hora de contar a Franco los compromisos amorosos de su hijo. Así reafirmaba su independencia y su papel no solo de padre, sino también de jefe de la Casa Real. Cuando volvió a Estoril después de pasar las vacaciones en Corfú, recibió el 29 de julio al embajador de España, Ibáñez Martín, y le dijo que las habladurías sobre un idilio entre Juan Carlos y Sofía de Grecia eran completamente falsas. Quería que Franco fuera el

último en enterarse. Volvió a la carga el embajador en septiembre, mientras los rumores eran ya un clamor, advirtiéndole que Franco debía saberlo antes que nadie porque, según la Ley de Sucesión, los aspirantes al trono tenían que obtener el visto bueno del Consejo del Reino. Le respondió que la relación estaba apenas comenzando y que a él no le parecía mal. Carrero Blanco envió a López Rodó a Lisboa a ver si averiguaba algo más, pero el conde de Barcelona no soltó prenda. A la mañana siguiente, Ibáñez Martín, que acudió a despedir a don Juan que viajaba a Lausana, le espetó: «¿Qué hay del compromiso matrimonial y cuál es el motivo del viaje a Lausana?». Y don Juan le respondió: «Nada, embajador, nada de nada; todo lo que digan es pura fantasía». En realidad, iba a reunirse con la reina Victoria y los reyes de Grecia y, en el curso de la cena, el rey Pablo pidió que se anunciara ya el compromiso. A don Juan le pareció bien.

Al día siguiente la noticia ocupaba la portada de los periódicos griegos y portugueses. Franco estaba pescando en el *Azor* cuando le llamó don Juan para darle la noticia. Se excusó diciendo que había sido una petición del rey de Grecia. Franco, sorprendido, disimuló su irritación y dictó un convencional mensaje de felicitación. En este importante episodio la línea dinástica triunfaba sobre la planeada monarquía del Movimiento y no se sometía a las normas del régimen. Además, Franco estaba convencido de que el rey Pablo era masón. Sin pérdida de tiempo el Príncipe y su madre, María de las Mercedes, se trasladaron a Atenas para hablar de los preparativos de la boda. Allí la multitud alborozada había salido a la calle, engalanada con banderas griegas y españolas; en Madrid la alegría de los monárquicos contrastaba con el silencio de la prensa del Movimiento.

Don Juan escribió a Franco una carta que parecía un armisticio. Le felicitaba por los «XXV Años de Paz» y le ofrecía, con el fausto motivo del enlace matrimonial, el Toisón de Oro, que el Caudillo rechazó para no reconocer la realeza de don Juan. —Sin embargo, unos años después aceptaría el Toisón de Oro espurio de manos de Jaime de Borbón—. Lo que de verdad le irritó y consideró una ofensa fue el texto del anuncio oficial, que decía así: «S. M. el Rey y S. A. R. el Conde de Barcelona tienen la excepcional dicha de anunciar el feliz acontecimiento del compromiso matrimonial de sus amados hijos S. A. R. la Princesa Sofía y S. A. R. el Príncipe de Asturias, heredero de la Corona de España». La prensa oficial primero ignoró el hecho y luego atacó el compromiso por tratarse de un «matrimonio mixto». Cuando Franco recibió al Príncipe unos

días después, le soltó: «¿Está contento con su novia? Ya sabe que no tiene por qué casarse con una princesa».

El 13 de noviembre Franco y Juan Carlos fueron invitados a una cacería en El Alamín, la finca del marqués de Comillas en Toledo. Según el testimonio de López Rodó en *La larga marcha hacia la monarquía,* allí tuvo lugar el siguiente diálogo entre ambos:

—Alteza, ¿qué piensa hacer después de la boda?

—Hasta ahora todo se ha hecho de acuerdo entre usted y mi padre.

—Ya va siendo Vuestra Alteza mayor de edad.

—Pero tengo jefe.

7

La boda y sus consecuencias

La boda de Juan Carlos y Sofía, celebrada en Atenas con toda pompa el 14 de mayo de 1962, por el doble rito católico y ortodoxo, iba a marcar una inflexión en las relaciones entre don Juan y su hijo. Este, sin romper la dependencia jerárquica, daría a partir de ese día los primeros síntomas claros de autonomía. Su familiaridad y demostraciones de afecto con los inquilinos del palacio de El Pardo y la fuerte discusión sobre el lugar de residencia de la pareja fueron para el conde de Barcelona dolorosos quebraderos de cabeza.

El 1 de marzo el Príncipe visitó —por última vez de soltero— a Franco, para invitarle a la boda. Él declinó la invitación y le dijo que estaría representado por el ministro de Marina, contraalmirante Felipe Abárzuza, que viajaría a Atenas a bordo del crucero *Canarias*. Juan Carlos trató de aprovechar la ocasión para conocer qué planes tenía para él después —se casaba y acababa de concluir sus estudios —, pero, según le contó a López Rodó, «Franco no suelta prenda». Por lo pronto no accedía a que fuera nombrado Príncipe de Asturias; aunque para suavizar la situación le dijo: «Yo os aseguro, Alteza, que tenéis muchas más probabilidades de ser rey de España que vuestro padre». Esto lo único que indicaba era el descarte de don Juan. El Príncipe, muy alterado, le dijo que tenía obligación de informar a su padre de esta conversación, a lo que Franco replicó que lo que debía hacer después de la boda era quedarse a vivir en España: «Vuestra Alteza tiene que estar en contacto con el pueblo español para que le conozca bien y le ame». De sobra sabía que los planes de don Juan eran que la pareja se quedara a vivir en Estoril.

El 3 de abril Carrero Blanco confirmó a López Rodó que el Caudillo había descartado por completo a don Juan en sus planes. A pesar de eso, o precisamente por eso, realizó una serie de gestos amables con motivo del enlace matrimonial: la diplomacia española trabajó activamente para resolver los problemas surgidos entre

Atenas, Madrid y el Vaticano; nombró embajador en Grecia al monárquico juanista Juan Ignacio Luca de Tena, propietario de *ABC*; se ocupó personalmente con el rey Pablo de los trámites de la boda; otorgó a Juan Carlos y Sofía la más alta condecoración del Estado y envió a la novia por medio de Abárzuza un magnífico regalo de boda: un espectacular broche de diamantes. Por el contrario, la consigna oficial del todavía ministro de Información, Gabriel Arias Salgado, fue que no se diera en los medios mucho realce a la boda —cosa que no consiguió— y, especialmente, que se redujera al mínimo la presencia de don Juan. Esto sí lo logró, hasta el punto de que el conde de Barcelona se quejó amargamente al embajador Ibáñez Martín de que corrían chistes por Madrid que hablaban de «la boda del huerfanito, porque en los actos de la misma por ninguna parte aparecen los padres».

Todo este contraste era señal del desprecio que Franco sentía por don Juan y de su consideración hacia el Príncipe. La esposa del embajador griego en Madrid le contó al embajador británico, George Labouchere, que Juan Carlos le había manifestado un gran aprecio por el general Franco, y que, según él, Franco le trataba como un hijo.

En su informe, recogido por el historiador Preston, el diplomático decía:

> Algunos monárquicos me han asegurado que la mayoría de ellos, secundados por don Juan, quieren a toda costa que, tras su matrimonio, don Juan Carlos y su esposa vivan en Estoril. Temen que si vive en Madrid quitará todo el protagonismo a su padre, haciendo imposible que este vuelva para reinar.

La reina Federica opinaba todo lo contrario. Los planes sucesorios se habían reactivado momentáneamente por el accidente de caza que sufrió Franco el 24 de diciembre de 1961; mientras practicaba el tiro de pichón en los montes de El Pardo, le estalló la escopeta y le hirió gravemente la mano izquierda, que sufrió varias fracturas. La sospecha de atentado se cernió sobre este suceso, como consecuencia del cual el Caudillo permaneció varios meses con fuertes dolores y el brazo en cabestrillo.

La familia real griega y, desde luego, Sofía, la recién casada, eran conscientes de que las posibilidades de llegar al trono dependían de la voluntad de Franco, con quien lo mejor era llevarse bien. Juan Carlos no estaba lejos de esta misma convicción, pero se sentía entre la espada y la pared. Por eso, Sofía no dudó en enviar inmediatamente una carta en inglés al Caudillo, encabezada por la

fórmula «Mi querido Generalísimo», en la que le agradecía vivamente los regalos. «Los valoraré —concluía— como un tesoro toda mi vida». Sin duda animada y ayudada por Juan Carlos, le escribió otra misiva, esta en castellano, en la que incluía a doña Carmen en el capítulo de agradecimientos.

La luna de miel por el Mediterráneo en el yate *Eros*, prestado por el naviero Stavros Niarchos, hizo una parada en Anzio, desde donde la pareja voló a Roma para dar las gracias al papa Juan XXIII y recibir su bendición, y desde Roma, con permiso de la reina Victoria, se trasladaron a Madrid para darle las gracias a Franco. No consultaron esta visita a don Juan, que estaba incomunicado en el *Saltillo* por un fallo en la radio. Miembros de su Consejo Privado intentaron que desistieran, pero ellos mantuvieron su propósito. Aterrizaron en el aeródromo militar de Getafe y de allí se dirigieron a El Pardo. El Príncipe estaba preocupado y por el camino le dijo a su ayudante García Conde: «Esto va a ser la ruptura con papá».

La familia Franco los recibió con enorme cordialidad. Sofía produjo una impresión inmejorable al Caudillo. «Le ha robado el corazón a Paco», confesó doña Carmen. Los monárquicos de Madrid se quejaron de que los nuevos esposos no habían tenido tiempo para ellos, sin percatarse de que seguramente este gesto fue un hito decisivo para la vuelta de la monarquía a España. La iniciativa de la visita —indica Preston— reflejaba claramente que la situación había cambiado ahora que Sofía formaba parte de la vida de Juan Carlos. A partir de entonces, gradualmente al principio, pero cada vez más perceptiblemente, Juan Carlos actuaría con independencia.

La visita a El Pardo coincidió con el inicio de lo que fue calificado por las autoridades de Madrid como el «Contubernio de Múnich», el congreso del Movimiento Europeo, el 5 de junio de 1962, en el que participaron políticos españoles de distinto pelaje, con una nutrida presencia de democristianos y monárquicos. Muchos de ellos, como José María Gil-Robles, Fernando Álvarez de Miranda o Dionisio Ridruejo, fueron detenidos y desterrados. El ministro Arias Salgado desató una feroz campaña contra ellos y contra don Juan, al que en El Pardo llegaron a culpar de lo sucedido, a pesar de que no había tenido arte ni parte, como dejó claro en un comunicado. «En la época de Arias Salgado —indica doña Pilar de Borbón— sufrimos una persecución en toda regla».

Don Juan, que había recalado en Mallorca, se dio cuenta inmediatamente de la honda significación del gesto de los recién casados de ir a cumplimentar a Franco. Como primera medida destituyó al duque de Frías como jefe de la Casa del Príncipe.

Cuando muchos años después Pilar Urbano le preguntó a la reina Sofía si la visita a El Pardo se había hecho de espaldas a don Juan, respondió: «Ni de espaldas ni de frente: se hizo. No contamos con el parecer de don Juan porque no era necesaria esa consulta. No sé si se opuso con rotundidad o sin rotundidad. Solo sé que se lo dijimos, pero no le consultamos».

A partir de entonces el papel de Sofía de Grecia iba a ir en aumento, animada con entusiasmo en su propósito de llegar a ser reina de España por su madre Federica, de la que José María Pemán anotó en su diario con motivo de la boda: «No puede estarse quieta. Manda siempre. De ahí el recelo de algunos que creen que intrigará para saltarse al padre y coronar a Sofía». Incluso se publicó por entonces que Federica de Grecia había pedido a la reina Victoria que animara a su hijo a abdicar en favor de Juan Carlos. El Príncipe se mostró después del matrimonio más alegre y más seguro de sí mismo. Él también tenía claro que su llegada al trono pasaba por estar cerca de Franco, y este era también el consejo que le daba el marqués de Mondéjar.

La luna de miel se prolongó después cuatro meses y medio, durante los cuales los recién casados dieron la vuelta al mundo y fueron recibidos en Washington por el presidente Kennedy, gracias a los buenos oficios del embajador Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate. Todo lo organizó una agencia de viajes, sin ninguna intervención oficial. En todo este tiempo no dispusieron de servicio ni de escolta. A mediados de septiembre llegaban a Estoril y un mes después estaban de vuelta en Atenas, sin saber aún dónde iban a fijar su residencia. Juan Carlos, que estaba «infinitamente más contento, es más, casi alborozado», confesó al embajador británico, según Preston, que la cuestión de la residencia era «una decisión un tanto embarazosa», pero Sofía aclaró que «habían llegado a una conclusión: que en cualquier caso no querían vivir en Portugal». A finales de noviembre Luca de Tena envió su último despacho a Madrid en el que, según Jesús Palacios, informaba de que el Príncipe hablaba con entusiasmo de su afecto por Franco y de que acababa de destituir a un miembro de su personal de servicio por hablar mal del Caudillo.

Mientras tanto, habían finalizado bajo la supervisión directa de doña Carmen Polo las obras de restauración de La Zarzuela, y Franco empezó a estar impaciente porque los Príncipes siguieran fuera de España. Por el contrario, don Juan presionaba para que se instalaran en Estoril. Se trataba de seguir utilizando a su hijo como instrumento de influencia política ante El Pardo. Según Emilio

Contreras, «fue el primer encontronazo serio con su padre. Don Juan quiere que una vez casado deje España, deje a Franco, y se vaya con él al exilio».

En julio de 1962 los Príncipes llegaron a Estoril, donde pasaron una temporada simbólica para agradar a don Juan. Vivían en Villa Giralda, pero no estaban a gusto. Me asegura Pilar de Borbón:

> Nunca dejaron de dormir en casa. Se utilizaba bastante la casa cercana, *Carpe Diem*, de Ramón Padilla, que había sido el secretario político de mi padre. Pero ellos vivieron en nuestra casa. Un día Juanito le dijo a mi padre: «Mira, papá, el casado, casa quiere». Y mi padre lo comprendió, porque siempre se ponía en la piel del otro, pero en todo esto había clarísimamente un fondo político.

Luis María Anson, miembro del Consejo Privado, explica este fondo político y humano:

> No digo que no influyeran doña Federica y doña Sofía, pero la caída de la monarquía griega no ocurre hasta cinco años después. Lo que de verdad influye en don Juan Carlos es el entorno del Opus Dei. Laureano López Rodó lo explica muy bien en *La larga marcha hacia la monarquía.* Don Juan Carlos no era nada más que una pieza en la lucha entre los tecnócratas y la Falange. Los tecnócratas se dan cuenta de que la manera de vencer, por medio de Carrero, la voluntad de Franco frente a los falangistas, que proponían una regencia, era don Juan Carlos. No es que sintieran especial entusiasmo por él; pero lo utilizaron y les salió bien. Don Juan hizo una cosa, lo hacía siempre: para entrevistarse con Franco, que le daba prestigio internacional, retiraba al Príncipe, y Franco, como necesitaba al Príncipe, recibía a don Juan. Las tres entrevistas se hicieron así. Cuando se casa lo mete en casa a la espera de la llamada de El Pardo. Esa fue la opinión de los principales miembros del Consejo, entre ellos la mía. Pedro Sáinz Rodríguez decía: «Hay que aguantar hasta que Franco llame». Pero no se aguantó.

Opina Pilar de Borbón:

> Quedarse allí era como renunciar a un trabajo bien hecho. Eso lo vio también mi padre. Lo que pasa es que no le divertía mucho que volviera y se metiera en La Zarzuela. Pero eran así las cosas. Tampoco había dinero para hacerse una casa o para vivir confortablemente. Se estuvo pensando, pero... no. Doña Sofía siempre ha sido leal a su marido y ella quería tener su casa.

«También era lógico —concuerda Anson—. Una chica recién casada lo que quería era estar con el marido y no con los suegros, y más teniendo en cuenta que sus padres eran los reyes de Grecia».

En un momento dado, y en medio de una gran tensión, Juan Carlos le dijo a su padre que su matrimonio no era razón para abandonar España y que no veía motivos para enemistarse con Franco después de todo lo que había tenido que aguantar y de todos

los esfuerzos que había tenido que hacer. Además, pesaban también en el ánimo de los dos las estrecheces que se veían obligados a padecer en Estoril. «Con la asignación que me das —llegó a decirle — Sofía no tiene ni para la peluquería».

En enero de 1963 Franco le dijo a Manuel Fraga, que había sustituido a Arias Salgado al frente de Información y Turismo: «El Príncipe puede venir cuando quiera y le recibiré como siempre, pero no moveré un dedo para que venga antes o después». El Caudillo estaba irritado y no comprendía que Juan Carlos sintiera más lealtad a su padre que a él. Y empezó a pensar abiertamente en otros candidatos, como Alfonso de Borbón. Parece seguro que si el Príncipe hubiera seguido fuera de España otro miembro de la familia real habría ocupado el palacio de La Zarzuela, una vez acondicionado por la mujer de Franco.

Es el mensaje que le hizo llegar el general Juan Castañón de Mena, jefe de la Casa Militar del Generalísimo y monárquico, por medio del hombre de confianza del Príncipe, Emilio García Conde, que se fue a Bruselas para comunicárselo por teléfono porque las líneas entre Madrid y Estoril estaban intervenidas. Fraga informó a Pemán sobre el estado de ánimo de Franco, y Pemán, enormemente alarmado, apremió a don Juan a que escribiera a Franco comunicándole, de forma conciliadora, que Juan Carlos volvería próximamente a Madrid. A últimos de febrero la pareja se instalaba en la «jaula de oro» de La Zarzuela. Literalmente, la habían forrado de oro. «Lo primero que hicieron —me dice Pilar de Borbón— fue quitar los panes de oro que recubrían las puertas del palacio».

Inmediatamente acudieron a El Pardo. Todo fue cordialidad. La princesa Sofía pasó dos horas con doña Carmen, y Juan Carlos, según ha contado después, le preguntó a Franco qué debía hacer él a partir de entonces. La respuesta de este fue: «Haced que los españoles os conozcan, Alteza». Desde este momento, siguiendo su consejo, empezó a viajar por España. En un pueblo de Valladolid le arrojaron patatas al coche y en Valencia, mientras paseaba por la calle con el capitán general, le tiraron tomates, uno de los cuales impactó en el militar. Pero Franco había quedado sumamente satisfecho con este reencuentro, que iba a ser definitivo. «No creo —comentó— que en asuntos de política el Príncipe esté entregado a su padre».

Sin embargo, no debía de ser tanta la confianza de Franco en él porque, a partir de entonces, la pareja iba a estar estrechamente vigilada de día y de noche, hasta el punto de que el príncipe Juan Carlos empezó a ser conocido como «el prisionero de La Zarzuela».

8

El prisionero de La Zarzuela

El personal de La Zarzuela había sido rigurosamente seleccionado por el Gobierno. Toda visita, conversación, carta o llamada telefónica, sobre todo si era con Estoril, estaba controlada. Cualquier indicio de deslealtad del Príncipe era comunicado inmediatamente a El Pardo. Las conexiones entre La Zarzuela y el despacho de Carrero Blanco se encomendaron a José María Gamazo, alto funcionario del Ministerio de la Presidencia y hombre de confianza de López Rodó. La enemistad entre don Juan y Carrero era ya completamente irreparable. Mientras Carrero aparecía como valedor del príncipe Juan Carlos, en Estoril se le consideraba un enemigo y un obstáculo insalvable. Difícilmente puede encontrarse un signo más claro del distinto escenario en que se movían el padre y el hijo.

Me dice doña Pilar de Borbón:

> Nunca sabrá ETA lo que supuso la muerte de Carrero. Hubiera sido imposible con él. Mandaba un montón, tenía una influencia brutal ¡y ponía tantas trabas...! Con él la monarquía de todos que quería mi padre no habría sido posible. Laureano López Rodó no era demasiado monárquico, pero era una persona de bien.

El Príncipe, cada vez más convencido de que debía secundar la causa de su padre, comprendió que tenía que seguir el juego a Carrero y López Rodó. Poco a poco se convenció de que la monarquía no podía ser una prolongación del régimen franquista. A partir de la boda este sentimiento se fue abriendo paso en él. Empezó a moverse por el mundo, aumentó los contactos con la alta sociedad europea, que era gente curtida y realista, y comprendió que en la Europa de la posguerra solo cabía un sistema democrático. Hizo suya la idea central de su padre, aunque con matices. Él no estaba en condiciones de romper con el régimen franquista; era precisa una evolución razonable. Los consejos de

Torcuato Fernández-Miranda, a pesar de que fue un hombre que nunca dejó de creer en la virtualidad del Movimiento, le ayudaron a desenredar la madeja que tanto le aturdía y le separaba de su padre. Pero este fue un proceso lento, muy indefinido al principio y que culminó poco antes de la muerte de Franco. Cuando don Juan Carlos y doña Sofía se fueron a vivir a La Zarzuela, se imponía la consigna de oír, ver y callar, de cultivar la relación con Franco y de evitar que las diferencias políticas con don Juan y el distinto enfoque estratégico quebrantaran la confianza y el afecto entre padre e hijo.

Juan Carlos se sentía vigilado por El Pardo y las distintas facciones del régimen y por don Juan y su Consejo Privado, en el que un intrigante y errático Sáinz Rodríguez llevaba la voz cantante y donde no faltaban, a partir de entonces, consejeros que instigaban al padre a que cortara las relaciones con el hijo. Lo mismo que quería Franco por razones opuestas: que el hijo rompiera con el padre. En ambos casos prevaleció el «pacto de familia» mientras duró. El Príncipe se encontraba así entre dos fuegos, y se benefició de la feliz circunstancia de poder callarse. Muchos años más tarde, Juan Carlos declaró:

> La soledad comienza con el silencio que es necesario saber guardar. He sabido durante años que las palabras que yo pronunciaba iban a ser repetidas en las altas esferas, después de haber sido analizadas e interpretadas según sus conveniencias por gente que no siempre deseaba mi bien... Pero el silencio también puede ser peligroso: atiza los malentendidos.

Desde muy pequeño don Juan le había inculcado la idea central, que hizo suya, de que había que ser rey de todos los españoles. A comienzos de la década de los sesenta eso era un dogma central en los círculos monárquicos, cuyos integrantes eran tildados de reaccionarios desde la izquierda por expresar esta opinión en la universidad. El Príncipe empezó a entrever lo que debía ser el futuro cuando se casó, perdió la férrea tutela de su padre y se abrió al mundo, pero al mismo tiempo fue consciente de que el futuro de la Corona dependía, con toda seguridad, de mantener buenas relaciones con Franco, al que, por lo demás, estaba muy agradecido no solo por el trato personal, sino porque sin él la restauración monárquica sería una quimera. Como toda persona que se mueve en la adversidad, era un posibilista. Además, constataba que la España de Franco era más real que la de su padre. Está fuera de duda el apoyo que, con gran discreción, le prestó en este trance su mujer. Sofía, que es muy conservadora y muy pragmática, le advirtió

seguramente más de una vez: «Con los militares, no; mira lo que le pasó a tu abuelo y mira lo que le ha pasado a mi hermano».

A medida que Franco iba encariñándose visiblemente con el Príncipe crecía la inquietud en Estoril. Para don Juan seguía siendo impensable que su hijo pudiera acceder al trono por delante de él. No le entraba en la cabeza que un hijo tan bueno y tan sumiso pudiera ocupar el lugar que correspondía al padre. Repetía a todos que Juanito era «ciegamente leal», y el hijo terminaba todas su cartas con la expresión «siempre contigo». Es inimaginable el tremendo drama interior que debieron de vivir los dos. José Mario Armero, un observador que vivió de cerca estos y otros episodios, declaró a Vilallonga para el libro *El Rey*:

> Me pregunto qué sintió el propio don Juan Carlos sustituyendo a su padre que esperaba desde hacía largos años el momento de ceñirse la corona. Yo creo, incluso estoy convencido, de que nada de todo eso ha sido hecho alegremente, y que esos dos hombres han debido de sufrir cada uno un terrible drama personal. Aunque para mí lo importante es que la monarquía haya sido restaurada.

Para eso aún faltarían más de diez años de incertidumbre y forcejeos más o menos silenciosos. En 1963 los Príncipes estaban casi exclusivamente pendientes del nacimiento de su primer hijo. Fue una niña, que nació el 20 de diciembre y se llamó Elena. Don Juan solicitó a Franco, con tiempo suficiente, permiso para poder asistir, junto con su esposa y su madre, la reina Victoria, al bautizo. Franco aguantó hasta el último momento para conceder la autorización y le advirtió en la respuesta que el acto «no debe perder el carácter íntimo y familiar» y que era necesario «evitar que vuestra presencia en España pueda ser explotada por alguno de vuestros adictos con fines partidistas». La reina Victoria no pudo venir. Juan Carlos acudió a esperar a la familia —su padre, su madre y sus dos hermanas, Pilar y Margarita— a la frontera portuguesa. Era la primera vez que se les permitía entrar en el centro de España. Aun así, fueron obligados a alojarse fuera de Madrid, en El Soto, una finca del duque de Alburquerque, en Algete, al noreste de la capital. El recibimiento de Franco fue una entrevista en *Le Figaro* en la que dejaba entrever por primera vez en público que don Juan estaba descartado como sucesor.

La segunda hija de los Príncipes, la infanta Cristina, nació el 13 de junio de 1965 y don Juan, incitado por su Consejo Privado, no asistió al bautizo, con gran pesar de Juan Carlos. Desde medio año antes presidía el Consejo el historiador Jesús Pabón, de talante

moderado, que impulsó lo que llamó una «política paralela» con El Pardo; es decir, ni colaboración ni confrontación: un discreto distanciamiento. Esto agudizó la angustia del Príncipe, por el dilema moral que se le presentaba y el tremendo drama familiar.

En agosto de 1965 Jesús Pabón encontró al Príncipe «oprimido, urgido, angustiado». Para entonces ya sabía que su padre no tenía prácticamente ninguna posibilidad de ser nombrado sucesor por Franco; él quería seguir manteniendo la lealtad a don Juan, pero se daba cuenta de que el designado iba a ser él. Rechazar el ofrecimiento significaba, en el mejor de los casos, que se quebraría la legitimidad dinástica y pasaría la responsabilidad a otra rama más o menos espuria, con escasas posibilidades de prosperar a medio plazo; y, en el peor, supondría la continuación de la dictadura con una u otra careta y la frustración de un sueño que había ocupado su vida y la de su padre, generando enormes sacrificios. Todo habría sido en vano. Pero tener que ocupar el lugar de su progenitor, al que seguía siendo leal, le desazonaba profundamente. A medida que aumentaban los rumores de que Franco pensaba en él, saltándose el orden dinástico, por un lado toda su vida adquiría sentido, pues llegaba a su conclusión lógica; pero por otra parte crecía su pesadumbre al entender que tenía que dejar a don Juan fuera de juego, como un verso perdido de este drama shakespeariano. Hubo momentos en que Juan Carlos pensó en la retirada.

Guardaba silencio e iba recibiendo en La Zarzuela, a veces de forma clandestina y siempre con la máxima discreción posible, a personajes del mundo político, financiero, militar o de la comunicación. En este contacto con «el mundo exterior» le ayudó mucho Jacobo Cano, un democristiano inteligente y de su plena confianza, muerto prematuramente en un extraño accidente. Pero debía medir no solo sus palabras, sino sus gestos, templando siempre gaitas con el entorno de Franco y con el de su padre. El hecho de que, con la llegada de Manuel Fraga al Ministerio de Información, se hubiera suprimido la censura no impedía que siguiera la autocensura.

Muchos años después, confesaría:

> ¿Por qué guardaba siempre silencio? ¿Por qué nunca decía nada? Porque era una época en que nadie, ni siquiera yo, se atrevía a hablar. La autocensura (la prudencia, si prefieres) era general. Personalmente yo no sabía cómo iban a ir las cosas. No sabía si yo iba a suceder a Franco estando él todavía vivo o si tendría que esperar su muerte para ser rey de España. Tampoco sabía cómo iba a aceptar el país el cambio que se le proponía... No me faltaba información; me faltaban ciertas informaciones... No tenía nada

que perder ni que ganar. La única cosa que Franco hubiera podido decirme era: «Vuélvase a Estoril con su padre». Y me habría ido encantado.

No obstante, no parece que se hubiera ido sin experimentar una tremenda frustración. De hecho, le inquietaba la ambigüedad de Franco sobre la sucesión, a pesar de que ya daba claros síntomas de la enfermedad de Parkinson y de que el tiempo apremiaba. En más de una ocasión le pidió que le nombrara Príncipe de Asturias. Y le desazonaba la campaña que orquestaban los sectores falangistas y los medios más adictos al régimen a favor de Alfonso de Borbón Dampierre, dejando siempre la puerta abierta a cualquier otra alternativa, como la regencia, personificada durante un tiempo en el general Agustín Muñoz Grandes. Pero es verdad que en más de una ocasión, ante la tremenda presión y la vigilancia a que estaba siendo sometido, deseó quitarse de en medio y le pidió a Franco que lo destinara a un cuartel, preferiblemente a la Marina, para ejercer su carrera militar. El Caudillo le respondía: «¿Para qué? ¿Para ir al bar a jugar a las cartas?».

Carrero, los tecnócratas, los militares monárquicos y el sector liberal del Gobierno presionaban a Franco para sacar cuanto antes la Ley Orgánica del Estado, que cerrara el círculo sucesorio. El Caudillo daba largas, mientras retocaba el borrador que le había entregado Carrero meses atrás. El 1 de abril de 1965 le leyó a este el texto casi definitivo. Cambiaron impresiones en torno al documento y decidieron de mutuo acuerdo no incluir en el mismo el nombre del sucesor. Esto quedaría para más adelante. Ese mismo día trascendió que a Muñoz Grandes, vicepresidente del Gobierno y considerado la clave del futuro, le habían diagnosticado un cáncer de riñón. Navarro Rubio, secundado por Castiella y Fraga, planteó en el Consejo de Ministros del día siguiente la necesidad de dejar ya resuelto el tema de la sucesión. Su argumento fue que treinta millones de españoles tenían derecho a conocer su futuro. Tras la embarullada respuesta de Franco, el impetuoso Fraga tomó la palabra: «El tiempo ya no puede sobrar y, dramáticamente, mi General, le pido que lo aprovechemos». Franco no pudo contenerse: «¿Cree usted que no me doy cuenta, cree que soy un payaso de circo?».

Desde el círculo de Carrero y López Rodó se montó la llamada «Operación Príncipe», destinada a popularizar la figura de Juan Carlos como sucesor de Franco. Todas las autoridades provinciales y locales, además de los funcionarios ministeriales que pudieran entrar en contacto con él, recibieron la consigna de otorgarle el tratamiento de Alteza, para desagrado del núcleo duro del

Movimiento, que procuró boicotear la iniciativa.

A finales de noviembre, Fraga, en un intento de romper las resistencias, declaró a *The Times*: «Está cada vez más aceptado que cuando termine el régimen de Franco, don Juan Carlos será rey de España». A la vez, restó importancia «a los realistas y falangistas extremistas que querrían desbaratar esas disposiciones». Era la primera vez que un miembro del Gobierno había hecho una declaración tan clara sobre el futuro. Cuando Fraga se vio con Franco unos días después, este no le hizo ningún reproche por sus declaraciones. Pero los viejos falangistas reaccionaron intensificando la campaña a favor de Alfonso de Borbón, al que consideraban de los suyos, y don Juan y su Consejo Privado recibieron la noticia con profundo malestar. Torcuato Luca de Tena y José María Ruiz Gallardón visitaron al corresponsal de *The Times* en Madrid y le entregaron una declaración del conde de Barcelona, en la que aseguraba que no tenía ninguna intención de abdicar y que Juan Carlos estaba completamente a sus órdenes.

Todo este revuelo coincidió con una visita a Estoril del general Rafael García Valiño, héroe de la Guerra Civil y resentido con Franco, quien le mostró a don Juan su indignación por el «complot» de Carrero y López Rodó para alterar el orden dinástico, y le soltó la baladronada de que él y otros destacados generales estaban dispuestos a deponer a Franco ese mismo año. Lo peor de todo es que don Juan, en principio, se lo creyó, lo que intensificó, una vez descubierta la maquinación, la inquina del Generalísimo hacia el hijo y heredero de Alfonso XIII.

El Príncipe se enteró de las declaraciones de Fraga y de la reacción de su padre cuando volvió a Madrid después de asistir a la toma de posesión del presidente de Filipinas. Para tranquilizar a su padre declaró a la revista *Time*: «Yo nunca, jamás, aceptaré la Corona en tanto mi padre viva». Es evidente que no pudo cumplir este compromiso.

Resume el historiador Paul Preston:

> Los dilemas de Juan Carlos no disminuían. En términos personales era tan leal a su padre como siempre y coincidía con él en su idea del papel que debía cumplir una monarquía liberal democrática. Por otro lado, su sentido de cómo funcionaba el poder en Madrid era infinitamente más realista que el de don Juan tras treinta años de exilio. Este parecía del todo ajeno a los problemas de su hijo. Para él, como para todos los de su entorno en Estoril, seguía siendo «Juanito». Don Juan lo trataba como a un niño, pero «Juanito» era ya un hombre casado de veintiocho años, con dos hijas y una esposa serenamente realista que era compañera y consejera. Tanto él como Sofía se daban perfecta cuenta de que el Príncipe era en buena medida un peón en la

estrategia de López Rodó. Juan Carlos hubiera preferido ver a su padre en el trono, pero sabía que hacía ya tiempo que el Caudillo había descartado a don Juan como posible sucesor. Enfrentarse a Franco no habría servido más que para destruir cualquier posibilidad de que su familia volviera al trono. Así, debió de hacérsele cada vez más obvio que lo aconsejable era seguir la corriente y ocuparse del futuro a medida que se fueran aclarando las opciones. Pero las probabilidades de enfrentamiento con Estoril se intensificaban.

Así es. No tardaría mucho en estallar la primera crisis seria entre el padre y el hijo. Juan Carlos estaba a punto de soltar amarras y actuar por su cuenta.

Me dice su hermana Pilar:

Él comprendió entonces que tenía que moverse por su cuenta. Te vas haciendo mayor y tienes un criterio propio, porque así te han educado. En casa estábamos educados a tener criterio, y en aquel momento el criterio de mi hermano no coincidía con el de mi padre.

9

La crisis de 1966

Las declaraciones de Manuel Fraga en las que desvelaba públicamente que a Franco le sucedería el rey Juan Carlos provocaron la cólera de don Juan y de sus consejeros. Ahí finalizó la carrera de Jesús Pabón como secretario político, por no haber sabido reaccionar a tiempo. Don Juan, muy irritado, llamó a su hijo, quien se vio obligado a acudir a El Pardo a quejarse de la situación tan embarazosa en que tales declaraciones le dejaban ante su padre. Franco, sin inmutarse, le respondió: «No se preocupe, Alteza. ¡Qué más da! Eso lo dice un ministro». Ante esto, a José María Pemán se le ocurrió la idea de organizar un solemne acto de lealtad a don Juan aprovechando el XXV aniversario de la muerte de Alfonso XIII, el día 28 de febrero de 1966. Se pretendía que en esta reunión del Consejo Privado desfilaran ante don Juan los setenta y dos consejeros, encabezados por el príncipe Juan Carlos, para expresar ante el jefe de la dinastía un juramento de lealtad. Para que no quedaran dudas, en la importante reunión don Juan iba a ser declarado «el heredero indiscutible de la Corona de España».

Este es el relato de un testigo directo, Luis María Anson:

> Todo estaba preparado cuando llamó el Príncipe. Dijo que había que aplazar la reunión porque ese día Franco rendía en El Escorial el homenaje a Alfonso XIII y a los reyes de todas las dinastías españolas, y él tenía que estar allí. Así que la reunión se retrasó al sábado, 5 de marzo. El viernes 4, a mediodía, Pemán y el duque de Alba se vieron en Madrid con don Juan Carlos, que les confirmó su presencia en Estoril al día siguiente. El sábado por la mañana, como a las doce menos cuarto, llamó don Juan Carlos a Villa Giralda y excusó su asistencia alegando que estaba enfermo. Don Juan montó en cólera y dijo contra él cosas terribles. Bajamos al hotel Palacio. La gente todavía no sabía que no venía. Se corrió la voz entre el desconcierto general. Almorzamos y después subimos a Villa Giralda, donde tuvo lugar el previsto acto de adhesión a don Juan, en el que Pemán pronunció un hermoso discurso. El Príncipe envió un telegrama que decía: «En el homenaje y recuerdo a los veinticinco años muerte del abuelo, quiero enviarte un abrazo

muy fuerte con todo cariño, lealtad y respeto». Por la noche nos reunió don Juan a diez o doce personas —Pedro Sáinz Rodríguez, Yanguas Mesía, Pemán, yo...— y lo que allí expuso fue: «Mi hijo ha salido de mi autoridad, hay que partir de esa base. Por tanto, tenemos que modificar la política seguida hasta ahora».

«El Príncipe —dijo exactamente don Juan— ha salido hoy de mi autoridad y ha desobedecido una orden mía. Debo decir que tiene ya veintiocho años y en muchas cuestiones su criterio no coincide con el que yo tengo. No quiero hacer críticas, como os podéis imaginar. Pero sí poner los pies en una nueva realidad que se veía venir desde que se casó y yo, por complacerle, acepté que se metiera en La Zarzuela. La unidad de la dinastía, queridos míos, está rota. Y no podemos basarnos en ella. Toda la política que hemos hecho hasta ahora se ha construido sobre la piña formada por mi hijo y por mí. Eso ya no es así. Resultaría absurdo mantener la ficción, y por tanto ha llegado el momento de plantearse una nueva política».

Todo el mundo estuvo de acuerdo en este planteamiento, según Anson, menos Pedro Sáinz Rodríguez, que tuvo una intervención alucinante, durante la cual don Juan hacía gestos de contrariedad como si estuviera a punto de levantarse e irse. Indica Anson:

Ahora, cuando me acuerdo, me río de las cosas que llegó a decir. Dijo: «¿Pero qué se cree V. M.? Franco tiene más poder que el que tuvo Felipe II. Hace lo que le da la gana. Es como si quisiera V. M. jugar un partido de tenis con Santana (que acababa de ganar Wimbledon). Con Franco vivo, V. M. no tiene nada que hacer. Franco puede hacer lo que quiera: puede poner un regente, puede hacer rey a Alfonso de Borbón Dampierre, puede hacer rey a don Javier o a Carlos Hugo... ¡Y, si quiere, hace mañana rey de España a su caballo! Y Emilio Romero publicará al día siguiente en *Pueblo*: “El Caudillo ha acertado nombrando sucesor al símbolo de la cruzada, al símbolo de la guerra y la victoria, que es el caballo”. Algo deslumbrante. Mientras hablaba, su rostro se incendiaba de ira. Estábamos todos sobrecogidos.

Y confirma doña Pilar de Borbón:

Juanito sale de la autoridad de mi padre en 1966, cuando no acude a la reunión de Estoril. ¡Y menos mal que no fue! Yo era muy joven, pero me di cuenta. En el fondo, lo que querían algunos políticos era comprometerlo, pillarle en algo. Se la olió y no vino. Yo le oí a don Pedro [Sáinz Rodríguez] decir: «Ya se nos ha escapado otra vez». Es evidente que entre mi padre y él hubo diferencias de criterio político, pero, como ya te he dicho, nunca sufrieron las relaciones afectivas entre ellos. De eso se encargó mi madre, que fue la mediadora silenciosa.

En este caso, Juan Carlos esquivó una trampa mortal. Su presencia en el acto significaba que renunciaba a suplantar a su padre, que, como queda dicho, estaba ya descartado para el trono. Cuando llamó por teléfono esa mañana del sábado, don Juan le

dijo, antes de colgarle y proferir contra él «cosas terribles», que un príncipe no tenía derecho a ponerse enfermo. En realidad, la leve indisposición digestiva fue una excusa para evitar la encerrona que le habían preparado. Fue doña Sofía la que le instó a no acudir a Estoril y, según el corresponsal de *Le Figaro*, Jacques Guillemé-Brûlon, se debió a exhortaciones de la familia real griega. O sea, detrás de la jugada estaba la reina Federica.

Un Franco exultante confesó poco después a su primo Franco Salgado-Araujo:

> Hace días se negó a asistir al Consejo que tuvo lugar en Estoril bajo la presidencia de su padre, tomando como pretexto una ligera afección de vientre que padecía y que no le impidió visitarme acompañado de la princesa. En la entrevista me dijo que no le agradaba asistir a dicha reunión política, aun cuando su padre tenía especial empeño en ello.

Ante la actitud independiente de su hijo, don Juan decidió romper definitivamente con Franco, abandonando cualquier esfuerzo para congraciarse con él, y ampliar sus contactos con los políticos españoles del exilio. Inmediatamente creó un Secretariado, una especie de Gobierno en la sombra, formado por una docena de personas, y puso al frente del mismo al errático, ambicioso e intrigante José María de Areilza, que acababa de dimitir como embajador en París por la ejecución de Julián Grimau y la reacción oficial al congreso de Múnich. El nombramiento de Areilza, tras su repentina conversión monárquica, molestó tanto a Franco como a los círculos monárquicos liberales. El Secretariado duró hasta 1969, año en que se disolvió. La persona encargada, el consejero *in péctore*, de las relaciones con la oposición fue Joaquín Satrústegui.

Mientras don Juan incrementaba su aproximación a la oposición antifranquista de todos los colores, Juan Carlos parecía cada vez más próximo a Franco. A esta aproximación contribuían los dos nombramientos fundamentales que había hecho: el del marqués de Mondéjar, como jefe de su Casa, y el del teniente coronel Alfonso Armada, como secretario personal. Las líneas políticas del padre y el hijo no podían ser en apariencia más divergentes. Cada cual seguía su propio camino. En la reunión del nuevo Secretariado, el día 6 de mayo, Areilza propuso «un pacto de familia» por el cual tanto el padre como el hijo se comprometieran a aceptar el nombramiento que decidiese Franco. Eso a Juan Carlos no le creaba ningún problema; a don Juan, sí. Este, con ayuda del «converso» Areilza, estrechó relaciones con nacionalistas, socialistas y otros grupos de izquierda, pero sin llegar a la «ruptura dinástica» como

querían los consejeros más radicales. Mientras todo esto sucedía, avanzaba de la mano de Carrero y López Rodo la citada Operación Príncipe, a pesar de las airadas protestas de los carlistas, que en el desfile de la Victoria, en presencia de Franco, gritaron contra Juan Carlos, al que días después llegaron a arrojar un huevo en Barcelona mientras distribuían panfletos con el lema: «¡Ni don Juan ni don Juan Carlos!».

Según recoge Preston, el día 10 de mayo el Príncipe mantuvo una interesante conversación con el número dos de la embajada británica, Nicko Henderson, en la que le manifestó que en España no había visto un sentimiento monárquico generalizado y que estaba convencido de que

> [...] la monarquía solo sería restituida de acuerdo con el régimen vigente o quizá como continuación del mismo. Muchas personas le criticaban que viviera en España y pareciera justificar a Franco y su régimen. Pero él creía que no había otra alternativa. No sería posible forzar una monarquía en España contra los deseos de los actuales mandatarios. Dudaba de que fuera a producirse un clamor precisamente en pro del retorno de su padre o en pro de él mismo una vez desaparecido Franco.

Unos días después asistió a una cena en casa del político liberal Joaquín Garrigues Walker. La cena, en la que estuvieron presentes destacados políticos demócratas, se prolongó hasta la madrugada y todos estuvieron de acuerdo en que la futura monarquía debía ser moderna, democrática y de corte europeo. Él guardó prudente silencio, pero parecía complacido con la idea. Al mes siguiente, durante una visita oficial a Barcelona, Juan Carlos pidió consejo al alcalde José María de Porcioles sobre el dilema moral que se le presentaba, y el prominente hombre del régimen le dijo que, si la patria le llamaba, debía estar dispuesto a abandonar a su padre.

La vida de Juan Carlos se desarrollaba haciendo equilibrios en la cuerda. Por entonces se veía con Franco un par de veces al mes. En más de una ocasión se quejó al Caudillo de los ataques contra su padre. A propósito de una de estas campañas en que calificaron a don Juan de masón, demagogo e inglés, manifestó:

> «No puedo tolerar —le dije— que traten así a mi padre estando yo aquí». Me miró sin pestañear y me respondió sin la menor sombra de sonrisa: «Oh, ya sabéis, Alteza, son cosas de la Prensa». Y eso me lo decía en un tiempo en que ni un solo director se hubiera atrevido a publicar la más mínima palabra que hubiese podido disgustar al General.

Como prueba de esto, un artículo de Luis María Anson en *ABC*,

publicado el día 21 de julio de ese año con el título «La monarquía de todos», en el que daba cuenta del compromiso de don Juan con una monarquía democrática y recordaba la reciente declaración del príncipe de que no aceptaría la Corona mientras viviera su padre, indignó tanto a Franco —sobre todo por esta última cita— que la Policía secuestró toda la edición y Anson tuvo que expatriarse a Hong Kong, donde ejerció de corresponsal del periódico monárquico. No quedó ahí la cosa. Una semana después el diario gubernamental *Pueblo* publicaba una entrevista con Alfonso de Borbón, titulada «El Príncipe prudente», en la que se insinuaba que el hijo de don Jaime podía ser el sucesor, lo que dejaba en la estacada al hijo de don Juan.

Aquel verano se daban los últimos retoques a la Ley Orgánica. López Rodó le dijo a Juan Carlos que estaban haciendo una ley a su medida. Lógicamente, tendría que jurar fidelidad a los Principios del Movimiento. Esto aumentó su inquietud, pensando en su padre. Según expresa Javier Tusell en su libro *Juan Carlos*, Areilza escribió a Sáinz Rodríguez: «Es realmente admirable y conmovedor el oír al Príncipe hablar de su padre, el Rey. Lo hace con entusiasmo, con fidelidad, con deseo de que todo le salga lo mejor posible». Sin embargo, él sabía perfectamente ya que tendría que desplazar a su padre.

Un Caudillo avejentado y enfermo, con gafas y farfullando, con un tono monótono y decadente, presentó en las Cortes, el 22 de noviembre, la esperada Ley Orgánica. Dejó claro que no pensaba retirarse, que resistiría en el puesto hasta el final y defendió la supervivencia del régimen más allá de su muerte. El texto de la ley, leído durante dos horas por el presidente de las Cortes, Antonio Iturmendi, fue aprobado por aclamación. Abría la puerta al rey como sucesor de Franco para «completar nuestro ciclo institucional» y establecía la separación de poderes, en su día, entre el Jefe del Estado y el del Gobierno. Juan Carlos telefoneó a su padre, con el que se habían suavizado algo las tensiones, para pedirle consejo sobre la conveniencia de votar como cabeza de familia en el referéndum. Don Juan le respondió que los reyes no votaban. Él insistió en que se veía presionado, porque su primo Alfonso de Borbón tenía intención de hacerlo. Don Juan perdió una vez más la paciencia. Le envió una carta manuscrita en la que le decía:

> Cuando estuvo Sofía en Estoril le pregunté si habíais recibido insinuaciones para votar y me dijo que era una necesidad porque iba a votar Alfonso Segovia [don Juan lo llamaba Alfonso Segovia para excluirlo totalmente de la línea dinástica]. Tú, por teléfono, me has dicho lo mismo y

la cosa me preocupa muchísimo porque me parece imposible [que] compares tu situación política con la de Alfonso, el cual desde hace años funciona por su cuenta en abierta deslealtad hacia lo que represento y, de rechazo, en pugna contigo.

Por teléfono le dijo que, en todo caso, lo consultara con Franco, cosa que hizo el 5 de diciembre, en un largo encuentro que se prolongó durante dos horas. A mediados de ese mismo mes *The New York Times* dio la noticia de que Alfonso de Borbón estaba cortejando a la nieta mayor de Franco, María del Carmen Martínez-Bordiú, de dieciséis años. Enseguida iba a ser presentado en la prensa del Movimiento como la alternativa.

El referéndum del 14 de diciembre, bajo el eslogan oficial «¡Franco, sí!», se convirtió, en manos de Fraga, en una gigantesca campaña de propaganda del régimen. La gente acudió masivamente a las urnas, que arrojaron menos de un dos por ciento de votos negativos. Hubo una evidente manipulación, con consignas estrictas a los Ayuntamientos sobre el límite de votos negativos, y se silenció a la oposición. Pero, no obstante, significaba un paso adelante para la restauración monárquica a la muerte de Franco.

Me cuenta Pilar de Borbón:

El año 67 yo estaba recién casada, cené al lado de Fraga, y le dije: «No sabe, señor ministro, con qué alegría hemos visto todos sus esfuerzos a favor de la libertad de expresión». Aquello parecía imposible después de vivir la época de persecución de Arias Salgado. Él se vio con mi padre y le dijo: «Mire, me ha convencido; de ahora en adelante voy a hacer todo lo posible para traer la Monarquía a España».

La irrupción de Alfonso de Borbón como futuro nieto político de Franco produjo desconcierto en las filas monárquicas y no poca preocupación, además de alentar la ambición de la camarilla de El Pardo y servir de munición al núcleo duro de «los azules» en su pugna con los tecnócratas. Esta boda fue, además, un desafío para Juan Carlos, decidido a no dejar que nadie le ganara la partida y a afianzarse en la necesidad de una monarquía en régimen democrático.

Estas son las impresiones de Pilar de Borbón:

Hasta los dieciocho años era nuestro primo querido. Yo tenía tres meses más que él y habíamos estado muy juntos. Casi todos los veranos venía a Estoril a estar con nosotros. Todo cambió cuando, con dieciocho o diecinueve años, decidió ignorar la propuesta de mi padre de ir a estudiar a Deusto, que era una magnífica Universidad y que no estaba en Madrid (que todo se analizaba políticamente, claro), y se empeñó en venir a Madrid. Mi padre no

podía hacer nada.

Según Preston, en 1966 Juan Carlos, entre unas cosas y otras, había aceptado la idea de desbancar a su padre. Fue un año clave.

> El Príncipe tenía motivos para creer que sus deseos y necesidades habían sido postergados durante todos los años en que fue simplemente un peón en el enfrentamiento entre su padre y el Caudillo. En algún lugar de su corazón, esto debió dejarle un poso de resentimiento. Y ahora tenía una esposa y una suegra que querían verlo en el trono. Así pues, 1966 fue el año en que Juan Carlos aceptó que si algún Borbón iba a reinar en España otra vez, tendría que ser él.

10

Tiempo de espera y de intrigas

En enero de 1967 Juan Carlos y Sofía emprendieron un largo viaje a Estados Unidos. El Príncipe quería sondear la opinión norteamericana y explicar sus planes para España, una vez convencido de que él era el elegido para suceder a Franco a título de rey. Los banqueros españoles, sin embargo, se negaron a financiar el viaje. «¡Ni un duro!», fue la consigna entre ellos. «¿Quién te dice que ese muchacho será rey algún día?», se preguntaban. Seguramente se negaron por miedo. Pensaron que podían pagar caro su apoyo al hombre de La Zarzuela. Tampoco el Príncipe, en este tiempo de espera y de intrigas, podía decir todo lo que pensaba porque se jugaba la Corona a la que decididamente aspiraba, una vez dado por sacrificado a su padre. Por eso, ante la pregunta de Benjamin Welles, de *The New York Times,* sobre si el futuro de la monarquía dependía de una rápida democratización, respondió lo que más podía complacer a Franco: que la monarquía solo podría consolidarse en España como continuación del Movimiento y del régimen, y que «una rápida democratización significaría el final definitivo de toda monarquía», por lo que había que actuar con cautela. En otras respuestas se distanció también claramente de las posturas de su padre.

El precio que tuvo que pagar por su proximidad a Franco fue el desaire al que le sometió el presidente Lyndon B. Johnson, que redujo la entrevista a un apretón de manos por encima de su escritorio. Los Príncipes fueron después cortésmente invitados a tomar el té con lady Bird y Linda Bird. Juan Carlos, enfadado, protestó al embajador Alfonso Merry del Val: «Para eso podía haber ido mi mujer sola». Unos meses después sucedió en Grecia el golpe de los coroneles, que sorprendió en Atenas a la princesa Sofía. Fueron días de angustia en La Zarzuela. El rey Pablo había muerto de cáncer en 1964 y un joven e inexperto Constantino acabó teniendo que abandonar el trono y partiendo para el exilio en

diciembre de 1967. Fue un grave contratiempo para los planes de Juan Carlos y Sofía, obligados más que nunca a agarrarse a un clavo ardiendo para evitar, cuando llegara el momento, caer en los errores de su pariente heleno.

Mientras tanto, las diversas facciones del régimen tomaban febrilmente posiciones ante la creciente decrepitud de Franco, de setenta y cuatro años. El príncipe Juan Carlos aparecía en los actos públicos taciturno y silencioso, a la vez que la poderosa maquinaria de Carrero y los tecnócratas intensificaba la Operación Príncipe, en busca de su designación, y la corte de El Pardo, con doña Carmen Polo y el marqués de Villaverde a la cabeza, respaldada por Solís Ruiz y los más «azules» del Movimiento, del Ejército y de la prensa, impulsaba la candidatura de Alfonso de Borbón. Juan Carlos defendía en público la continuidad del régimen, que no era lo que pensaba en privado cuando hacía planes de futuro con Torcuato FernándezMiranda y otros aperturistas, como Herrero Tejedor, Nicolás Franco Pasqual de Pobil o José Mario Armero, este último sinceramente demócrata. «Torcuato sabía —ha confesado Juan Carlos muchos años después— que en el fondo mi pensamiento político era el mismo que el de mi padre: yo quería ser el rey de todos los españoles». Si bien, a decir verdad, uno saca la conclusión de que por aquel entonces él no pensaba tanto en lo que haría cuando fuera rey, como en los esfuerzos que precisaba realizar todavía para acceder al trono.

El nombramiento de Carrero Blanco como vicepresidente del Gobierno el 21 de septiembre facilitaba las cosas. Franco indicó al ministro de Hacienda, Juan José Espinosa San Martín, del sector de los tecnócratas, que enseñara al Príncipe el funcionamiento de su ministerio. Durante muchos meses, tres tardes por semana, Juan Carlos, ante la atenta mirada del anciano Caudillo, cada vez más encariñado con él, recibió información de cada una de las direcciones generales. A Franco se le iluminaban los ojos cada vez que el ministro le daba cuenta de los progresos del Príncipe en materia financiera. Un día Espinosa le dijo que ya era hora de encomendarle misiones de más calado y le sugirió que se le permitiera dejar de ser el «príncipe mudo», a lo que Franco contestó: «Todo se andará, y dígale al Príncipe que no tenga prisa; es mejor ser mudo que tartamudo».

El 5 de enero de 1968 Juan Carlos cumplía treinta años, edad a la que podía ser rey, según la Ley de Sucesión, y el 30 de enero nacía su primer hijo varón. El Príncipe se apresuró a dar la noticia por teléfono a su padre y a Franco. Esto fortalecía su candidatura

para la sucesión. El bautizo de Felipe se celebró el 8 de febrero. Su madrina fue la reina Victoria, su bisabuela, que volvía por primera vez a España desde su partida al exilio el 14 de abril de 1931. Cuando llegó a Barajas el día anterior le esperaba don Juan, su hijo, al que saludó con una profunda inclinación de cabeza, reconociéndole como rey. Miles de personas acogieron con entusiasmo a la madre y al hijo al grito de «¡Viva el Rey!» y «¡Viva la Reina madre!». Varios ministros acudieron a la recepción a título personal. Durante el trayecto entre Barajas y el palacio de Liria, en el centro de Madrid, donde residió durante su estancia en la capital, una multitud vitoreó a la Reina. Televisión Española dedicó apenas diecisiete segundos a la noticia.

La reina Victoria Eugenia aprovechó el bautizo de su biznieto para entrevistarse con Franco, aunque esto, tal como confesó al embajador británico, «le producía dolor de cabeza». Según la versión del encuentro que dio el historiador Jesús Pabón, que estuvo presente y habló después con ambos, ella le dijo:

> General, esta es la última vez que nos veremos en vida. Quiero pedirle una cosa. Usted, que tanto ha hecho por España, termine la obra. Designe rey de España. Ya son tres. Elija. Hágalo en vida: si no, no habrá rey. Que no quede para cuando estemos muertos. Esta es la única y última petición que le hace su reina.

Franco respondió: «Serán cumplidos los deseos de Vuestra Majestad». Después comentó que lo que la Reina le había dicho era que aceptaría el sucesor que él eligiera con tal de que fuera descendiente de Alfonso XIII, aunque ella había indicado su predilección por Juan Carlos, su nieto, al que veía maduro y bien preparado.

Luis María Anson niega esta versión y asegura que la soberana en persona se la desmintió. Para ella el rey era su hijo. Por su parte, Alfonso Osorio, que se vio con la Reina en Lausana el 15 de abril de 1967, hizo de inesperado correo de un recado suyo muy reservado para su suegro, Antonio Iturmendi, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, quien debía trasmitirlo a Franco. El mensaje de la viuda de Alfonso XIII decía así:

> Lo primero es España, después la monarquía, después la dinastía y después la persona. Nos estamos haciendo viejos y nada se resuelve. Por eso, aunque para mí el rey es mi hijo, si tiene dudas, no olvide que el príncipe don Juan Carlos ya está maduro. Por favor, ni una palabra de esto al Príncipe mientras viva don Juan.

Pese a la petición de don Juan Carlos, Franco se negó a mantener una entrevista privada con don Juan, y Carrero, en la recepción posterior al bautizo que se celebró en La Zarzuela, le dio la espalda de manera ostensible. No fueron las únicas contrariedades ni las más dolorosas. Los desaires oficiales se multiplicaron sin que su hijo pudiera intervenir. De nada le sirvió a don Juan el gesto de visitar el Valle de los Caídos y quedarse un rato rezando ante la tumba de José Antonio Primo de Rivera. Claro que, en compensación, se vio con políticos de la oposición al franquismo —Raúl Morodo, Carlos Zayas, Rafael Calvo Serer, Antonio García Trevijano...— y con algunos altos oficiales del Ejército, de todo lo cual Franco tuvo puntual noticia.

Recuerda Pilar de Borbón:

> Él residía en el Soto, en Algete, a las afueras de la capital, en casa de Beltrán de Alburquerque, y le propusieron dar una vuelta por Madrid. Paseó por Serrano y por otras calles del barrio de Salamanca, y no le reconoció nadie. Esto le dolió mucho; pero aún le dolió más que a las veinticuatro horas del bautizo le retiraran la escolta y le dijeran que se marchara.

«A su vuelta cenó con unos amigos en el Albatroz de Cascais —cuenta María Tornos— y le preguntaron: "¿Qué tal por Madrid?". Y se le cayeron dos lagrimones». «Lo echaron por orden de Franco —añade su hija—, lo echaron de mala manera. ¡Cómo no le iba a doler! Fue vejatorio».

Sobre la razón del odio de Franco hacia don Juan, su hijo da la siguiente explicación a José Luis de Vilallonga:

> Pienso que Franco veía en mi padre a la única persona que podía disputar la legitimidad de su poder. Por lo demás, tal vez acabó creyéndose lo que decían sus servicios de propaganda a propósito de mi padre. Debía de ver realmente en él a un peligroso liberal que amenazaba con dar al traste con el conjunto de su obra. Un peligroso liberal que se inclinaba del lado de los «rojos». Cuando mi padre decía: «Quiero ser rey de todos los españoles», Franco debió traducir: «Quiero ser rey de los vencedores y de los vencidos». Era cierto, pero para Franco eso debía de resultar intolerable. Sin embargo, el General sabía que aquel «peligroso liberal» se había presentado en 1936 en la frontera española con intención de combatir a los «rojos» como voluntario, en la unidad que Franco hubiera querido señalarle. En aquella ocasión el General escribió a mi padre una carta muy hermosa para agradecerle su gesto, y en ella le decía que su vida era demasiado preciosa para el porvenir de España y que le prohibía arriesgarla en el frente de batalla … El General era así. Un pragmático que actuaba según las exigencias del momento. A veces era muy difícil de soportar. Pero yo me había convencido de una vez por todas de que para llegar a mis fines tenía que soportar muchas cosas. El objetivo valía la pena.

Don Juan volvió de Madrid, del bautizo de su nieto, más triste y más preocupado. Comprobó de cerca que su hijo estaba decidido a aceptar los planes de Carrero y López Rodó sobre la sucesión y que él quedaba descartado. Advirtió que el Príncipe aparecía muy cercano a Franco, al que se le veía sumamente complacido con él. En sus contactos, cada vez más numerosos, con la oposición de izquierdas, comprobó el desconcierto ante esa situación, y sus consejeros más cercanos, empezando por Sáinz Rodríguez y Areilza, le calentaron la cabeza sobre la necesidad de torpedear los planes del Caudillo. Había que impedir a toda costa el nombramiento del Príncipe como sucesor.

No se les ocurrió nada mejor que proponer a su hijo en mayo que dejara La Zarzuela y se fuera a vivir con él a Estoril hasta otoño. Juan Carlos se negó y escribió a su padre una carta sumamente reveladora:

> Yo he seguido una línea que tú me trazaste. El general Martínez Campos, duque de la Torre, se oponía a que yo me instalara en La Zarzuela. Él quería que yo fuera a Salamanca y fuiste tú quien me puso allí. Con ello tomaste una opción. Estar en La Zarzuela era estar cerca de Franco. En estos años nada hice que te perjudique a ti o a la Institución. Ahora no puedo hacer el feo de ausentarme cinco meses de España. Tú has jugado una carta; yo otra, por tu mandato. Si gana tu carta, me descubro, *chapeau*, pero no lo veo probable. Hemos de pensar en España y en la Institución.

Acompañado de Armada, el Príncipe acudió ese mismo mes de mayo a Villa Giralda para convencer a don Juan de que el régimen gozaba de buena salud, de que la oposición democrática no estaba en condiciones de derribarlo y de que su proclamación como sucesor estaba próxima. Ante esto don Juan exclamó: «Juanito, si te nombran, puedes aceptar; pero puedes estar seguro de que eso no sucederá». El Príncipe estaba ya decidido —e ilusionado con ello— a asumir el nombramiento. Pero sabía que para su padre era un mal trago.

Como de costumbre, en junio asistió en Estoril a la onomástica de don Juan, y percibió su inquietud y la de los juanistas que le rodeaban. A su vuelta, el 2 de julio, con motivo de la Semana Naval de Santander, Juan Carlos mantuvo una larga conversación con Franco, ante quien volvió a exponer lo delicado de su posición con su padre, transmitiéndole su decisión de no hacer ninguna declaración pública de desacuerdo con él. Sin duda, era consciente de lo que su progenitor estaba sufriendo y del agrietamiento de sus relaciones personales. Según cuenta López Rodó en el libro *Memorias: años decisivos*, el diálogo, en su aspecto principal, siguió

en los siguientes términos:

—Hace muy bien, Vuestra Alteza. Tenga paciencia y no pierda la calma.

—Mi posición es cada vez más difícil, porque no tengo una posición definida; designe usted, mi General, de una vez un sucesor.

—Lo haré, he de buscar el momento psicológico; he de ver cómo respiran las nuevas Cortes.

—Yo no tengo prisa.

—Yo sí tengo prisa porque cualquier día me puede ocurrir algo.

Tanto el padre como el hijo decían a quien quisiera escucharles que sus fuertes desavenencias políticas y estratégicas no afectaban a sus relaciones humanas y al afecto mutuo. Debe de ser verdad. Pero es un hecho que aumentaron y subieron de tono las broncas entre ellos y que doña María de las Mercedes tuvo que hacer acopio de paciencia y dedicación para limar asperezas y evitar males mayores. Puede adivinarse sin dificultad que, consciente o inconscientemente, en los dos había un fondo de resentimiento. En el hijo, por la sumisión y el desamparo familiar a que se había visto abocado toda su vida, utilizado como instrumento político, y en el padre porque al final se sentía «traicionado» por su hijo y se desvanecía su sueño de reinar. Ese es el fondo del conflicto psicológico al que asistimos y que está acercándose a su momento culminante. El antagonista es Franco y el telón de fondo, la Institución.

El 12 de octubre, instigado por Areilza y Sáinz Rodríguez, don Juan escribió una larga carta a su hijo en la que le recordaba sus obligaciones y destacaba la importancia del principio hereditario. Le escribía, más que como padre, en su calidad de «jefe de la dinastía española», y le pedía encarecidamente que no formara parte de lo que denominó la «perturbación dinástica». Le decía también que el hecho de haber cumplido treinta años no le eximía de sus deberes de disciplina y lealtad al jefe de la familia real y que, como representante suyo, debía buscar una solución que uniese legalidad y legitimidad. O sea, que procurara garantizar que don Juan sería el sucesor de Franco.

Esta carta no fue un acierto. Alguien de La Zarzuela, puede que el propio Príncipe, sacó una copia que llegó a la mesa del despacho de Carrero Blanco, quien sin pérdida de tiempo la llevó a El Pardo. A los promotores de la propuesta, que pretendían debilitar la posición de Juan Carlos, les salió el tiro por la culata. Si aún había alguna duda sobre el nombre del sucesor, quedaba así completamente disipada. Juan Carlos respondió a su padre por

teléfono; pero después lo hizo también por escrito y le dio a Armada el borrador de la carta. En la contestación, de carácter privado, le aseguraba a don Juan su lealtad y afecto. Según Armada, el Príncipe, de forma ambigua, le decía a su padre que «por encima de todo prefiero que te nombren a ti», pero que lo más importante era la reinstauración de la monarquía y que, de acuerdo con este planteamiento, «si Franco me designa, aceptaré».

En el curso de un largo despacho, Carrero recomendó a Franco que el nombramiento del Príncipe como sucesor se hiciera por sorpresa para evitar la reacción de los juanistas. Para eso era, además, preciso que Juan Carlos se comprometiera a guardar absoluto secreto, sin informar previamente a su padre. El Caudillo escuchó en silencio, después levantó la vista y dijo: «Conforme con todo». En el círculo de López Rodó cambiaron el nombre de Operación Príncipe por el de «Operación salmón», porque Franco había picado el anzuelo.

Aún habría que superar algunas pruebas. Las intrigas de los que querían cerrar el paso al hijo de don Juan se intensificaron. El 9 de noviembre el diario *Pueblo*, punta de lanza de la ofensiva, publicaba otra entrevista con Alfonso de Borbón, en la que este no tuvo empacho en declarar que, en efecto, se consideraba candidato. Y el día 22 del mismo mes el torpedo vino de la revista *Point de Vue*. La periodista Françoise Laot publicaba una supuesta entrevista con Juan Carlos en la que este, a la pregunta de si se sentía incómodo siendo a la vez el delfín de Franco y el hijo del legítimo heredero de la dinastía, respondía:

> No, porque no puede haber problema entre mi padre y yo. Existe la ley dinástica contra la que nadie puede nada. Jamás, jamás aceptaré reinar mientras viva mi padre: él es el rey. Si estoy aquí es para que haya una representación de la dinastía española, toda vez que mi padre está en Portugal.

El revuelo fue clamoroso. El disgusto en La Zarzuela, monumental. El entusiasmo en Estoril, indescriptible. Juan Carlos se apresuró a negar categóricamente que él hubiera hecho tal afirmación. Armada llamó a la periodista a París y esta reconoció que, en efecto, la frase era apócrifa, que la había tomado de la declaración realizada por el Príncipe tres años antes a la revista *Time,* y que la había incluido por recomendación de algunos «amigos», que le habían dicho que agradaría a La Zarzuela. Antes la había recogido Anson en el famoso artículo de *ABC*. Muchos pensaron en Areilza, y más después de declarar este que detrás de

todo esto había un «pacto de familia». La periodista francesa fue el catalizador involuntario, el instrumento utilizado para intentar entorpecer el nombramiento de Juan Carlos.

El 2 de diciembre, durante una cacería, Franco tranquilizó a Juan Carlos y atribuyó todo a las «intrigas de Estoril». Pero Manuel Fraga creyó oportuno contrarrestar el efecto de las supuestas declaraciones con otras del Príncipe. Estas se prepararon en La Zarzuela en la última semana de diciembre, con ayuda de Gabriel Elorriaga y el marqués de Mondéjar, y aparecieron en forma de entrevista, firmada por Carlos Mendo, director de la agencia EFE. En ellas Juan Carlos mostraba su acatamiento a las Leyes Fundamentales y venía a justificar de forma elegante la decisión del Caudillo de prescindir de su padre. Su respuesta a la pregunta de si la aceptación de la monarquía instaurada por Franco de acuerdo con los Principios del Movimiento no constituía una traición a los derechos dinásticos, no pudo ser más hábil: «La satisfacción de ver restaurada la institución monárquica no es poco para justificar agradecimiento y una cierta flexibilidad».

Pasados los años, él explicó a José Luis de Vilallonga por qué no podía ser su padre el sucesor:

> Mi padre no hubiera podido. Durante los cuarenta años que duró el régimen franquista fue insultado, humillado, amenazado. Y desgraciadamente aquella campaña dio sus frutos. Mucha gente creía sinceramente que mi padre hubiese puesto en peligro el equilibrio logrado en cuarenta años de paz. El Ejército no le hubiese apoyado. Cuando dijo por primera vez que quería ser el rey de todos los españoles, los vencedores de la guerra se sintieron directamente amenazados... Si después de la muerte de Franco el Ejército no hubiera estado de mi parte... otro gallo habría cantado.

Para eso aún faltarían siete interminables años de intrigas e incertidumbre. Las declaraciones del Príncipe a Carlos Mendo no solo fueron del agrado de Franco, sino que provocaron una avalancha de felicitaciones a La Zarzuela, entre ellas, una emotiva carta de Carrero Blanco. Pero fueron un duro golpe para don Juan. El 11 de enero de 1969 los miembros del Consejo Privado comenzaron a llegar, preocupados, a Estoril. Don Juan hizo circular entre ellos la carta conminatoria que había enviado a su hijo, sin darles cuenta de la respuesta privada de Juan Carlos, que se ajustaba a lo declarado a la agencia EFE. Franco, sumamente complacido por el hecho de que el Príncipe hubiera expresado públicamente su lealtad al régimen, le recibió el 15 de enero y le comunicó que le iba a nombrar sucesor a título de rey ese mismo año. Juan Carlos le mostró su disposición a aceptarlo, pero le rogó

que se lo comunicara a su padre sin herir innecesariamente sus sentimientos.

Con su falsa tesis del «pacto de familia», Areilza haría todavía un último intento de entorpecer la operación anunciando que el padre y el hijo se verían en el sur de Francia para coordinar sus estrategias políticas. Después de esta filtración, Juan Carlos suspendió su previsto viaje a la localidad francesa donde iba a visitar a su madre, que estaba hospitalizada. El 15 de abril murió la reina Victoria, y don Juan y su hijo se encontraron en Lausana con motivo del funeral; allí, en el hotel Royal, tuvo lugar un fuerte y desagradable enfrentamiento entre ellos. El conde de Barcelona le recriminó con dureza sus declaraciones a Carlos Mendo y Juan Carlos le respondió que estaba en España para aceptar lo que le ofrecieran. «Sí, pero no para suplantarme a mí», replicó don Juan. El acuerdo de una próxima reunión en Estoril y la oportuna mediación de doña María evitó la escenificación de la ruptura entre el padre y el hijo con la reina Victoria de cuerpo presente.

11

El nombramiento de la discordia

Tras la muerte de la reina Victoria se abría un periodo tormentoso en las relaciones entre don Juan y su hijo. Nos aproximamos al nudo o punto culminante del drama. Dos semanas después del choque en Lausana, llegaban a Estoril, como estaba previsto, Juan Carlos y Sofía. La cena se prolongó hasta las tres de la mañana. El Príncipe había encargado a Alfonso Armada que explicara «la verdadera realidad española y su futuro». Armada informó sobre la posición del Ejército y del núcleo más influyente de la clase política, favorables al nombramiento de Juan Carlos como sucesor de Franco, algo que parecía inminente. En realidad solo faltaba fijar la fecha. Sobre el decrépito Caudillo aumentaban las presiones dentro del Gobierno —Carrero, López Rodó, Alonso Vega, Fraga, Silva Muñoz...— para que lo anunciara cuanto antes. A medida que se acercaba la fecha, aumentaba en Juan Carlos la angustia, pensando en su padre, y al mismo tiempo la esperanza de cumplir su sueño. El 16 de junio López Rodó lo encontró preocupado por la probable reacción de don Juan.

Unos días después, como todos los años, se dispuso a viajar a Estoril con toda la familia para celebrar la onomástica de don Juan y pasar unos días juntos. Antes de partir de vacaciones acudió a El Pardo a despedirse de Franco y este le dijo: «Venid a verme cuando regreséis, porque tengo algo importante que deciros». Juan Carlos salió convencido de lo que le iba a anunciar, pero al llegar a Villa Giralda guardó silencio sobre ello. Su padre le preguntó inmediatamente qué había de cierto en los rumores que corrían sobre su nombramiento a título de rey por Franco. Él respondió que eran simples rumores y que si fueran ciertos Franco se lo habría dicho al despedirse.

—Entonces —insistió don Juan— ¿no sabes nada preciso?

—No, absolutamente nada —respondió Juan Carlos.

—Tú sabes algo y me lo ocultas. ¿No me lo quieres decir?

Don Juan seguía convencido de que Franco se moriría sin nombrar sucesor y de que el Ejército le llevaría a él al trono.

—Franco está decidido a nombrarme a mí —saltó Juan Carlos.

—Te recuerdo —replicó, airado, don Juan— que el heredero y jefe de la dinastía soy yo, y me reservo el derecho a revocar cualquier decisión de Franco.

—Tienes toda la razón —respondió exasperado Juan Carlos—; fui y estoy en España por decisión tuya. Y si tú me dices que me marche o si me prohíbes que acepte, hago las maletas, tomo a Sofi y a los niños y nos venimos a Portugal, o me quedo en el Ejército y desarrollo mi carrera militar, pero fuera del engranaje del Estado. No puedo seguir en La Zarzuela si en el momento decisivo se me llama y no acepto. Si le digo que no, Franco echará mano de Alfonso. Y entonces sí que podemos despedirnos porque ese lo aguanta todo y traga cuanto le echen.

—Desde que tu abuelo depositó en mí los derechos de la dinastía —se quejó amargamente el padre—, no he hecho otra cosa que sacrificarme y luchar para que la monarquía sea restaurada de nuevo en España. Hace años que lo vengo soportando todo; un muro de incomprensión y de insidias contra mi persona, y ahora resulta que el problema surge con mi propio hijo... En ese caso, puedes hacer mucho: lograr que ahora no se haga nada, que todo se aplace.

—Eso no está en mi mano —replicó bruscamente el hijo—. Y si, como yo creo, se me invita a aceptar, ¿qué harás tú? ¿Es que hay una solución distinta de la que Franco decida? ¿Eres tú capaz de traer la monarquía?

—Bueno, dejémoslo —don Juan dio por concluida la discusión —. Esto es hablar por hablar. Ya te convencerás de que te están entreteniendo y jugando contigo. El General no piensa en modo alguno designar sucesor en vida. Es un tema que a su muerte tendrán que resolver los generales[1].

El día 3 de julio Franco informó a Carrero de que el anuncio del nombramiento del Príncipe se haría el 17 de ese mes, y le hizo saber, igualmente, que lo nombraría al mismo tiempo general de brigada de los tres Ejércitos. Parece que ese mismo día recibió en El Pardo a Miguel Primo de Rivera, alcalde de Jerez y amigo de Juan Carlos, al que también le confió en secreto la noticia. Este, según la descripción de Preston, saltó en su coche y, mirando constantemente el espejo retrovisor por si le seguían, se dirigió velozmente hacia La Zarzuela. Allí encontró a Juan Carlos junto a la piscina. Cuando le dio la noticia al Príncipe, este dio un grito de

alegría y los dos saltaron al agua, aunque el alcalde de Jerez aún llevaba puesto el chaqué de rigor. Poco después llegó López Rodó a ofrecerle lo que él creía primicia. El Príncipe, ducho ya en el arte del disimulo, hizo como que no lo sabía y mostró su sorpresa. También hizo un gesto de contrariedad cuando le comunicó el ascenso militar, pensando en lo que iban a decir sus compañeros de Academia, a pesar de que era algo que le complacía en extremo.

Hay una cierta confusión en las fechas, pero parece que es el 15 de julio, a las cuatro de la tarde, cuando Franco se lo comunica por fin directamente a Juan Carlos. El Caudillo le dijo, de entrada, que con su designación pretendía garantizar la continuidad del régimen.

—Pero, mi General —preguntó un tanto azorado el Príncipe, según contó él mismo más tarde— ¿por qué no me dijo nada cuando le vine a ver antes de ir a Estoril?

—Porque le hubiera pedido palabra de honor de guardarlo en secreto —respondió Franco— y, si su padre le hubiera preguntado algo, le habría tenido que mentir. Y preferí que no mintiera a su padre. Pero ahora necesito de Vuestra Alteza una respuesta inmediata.

La conversación, según contó el rey Juan Carlos a Vilallonga, siguió así:

—De todas formas, mi General, ahora debo poner a mi padre al corriente de sus intenciones.

—Preferiría que no lo hicierais.

—Mi General, yo no puedo mentir a mi padre y menos todavía ocultarle una noticia tan importante.

Y añade:

> Me miró en silencio unos segundos, con cara impenetrable. Después me preguntó: «Entonces... ¿qué decís, Alteza?». No me dijo: «Tomaos tiempo para reflexionar vuestra respuesta». No. Tenía que responderle allí, enseguida. Al fin había llegado el momento que yo tanto temía. De pie, frente al General que esperaba imperturbable, hice un razonamiento muy sencillo, un razonamiento que ya había hecho a menudo para mis adentros. Ahora, el envite principal no era saber quién iba a ser rey de España, si mi padre o yo. Lo importante era restaurar la monarquía en España.

—¿Qué decidís, Alteza?

Tras unos instantes de silencio y titubeo al pensar en la reacción de su padre y en la trascendencia de la decisión, aceptó el esperado ofrecimiento, convencido de que estaba en juego el futuro de la monarquía en España.

—De acuerdo, mi General, acepto.

Franco sonrió casi imperceptiblemente y estrechó la mano del Príncipe. El nombramiento como sucesor ponía de momento fin a las ambigüedades.

Al llegar a La Zarzuela, como Franco le había prohibido comunicárselo aún a su padre, Juan Carlos llamó a su madre y le dio escuetamente la gran noticia. Doña María comprendió inmediatamente las demoledoras consecuencias que esto podría traer para las relaciones del padre y el hijo y se dispuso a ejercer de mediadora y salvar, por encima de todo, la unidad de la familia.

Las cartas a don Juan informándole de lo que había pasado —la misiva de Franco, llevada en mano por el embajador Giménez-Arnau, y la de Juan Carlos, trasladada con la máxima urgencia por el marqués de Mondéjar— llegaron al día siguiente a las manos del jefe de la dinastía. Este regresó a casa tarde, después de cenar con los consejeros, que aún ignoraban lo ocurrido, aunque se lo temían. Franco había planeado todo meticulosamente para que la decisión no le llegara a don Juan mientras estaba reunido con el Consejo. Le esperaba doña María para darle la noticia y amortiguar en lo posible su efecto. Debió de ser una noche terrible en Villa Giralda. A las diez menos veinte de la mañana llamaba a la puerta el marqués de Mondéjar, que llevaba la carta del hijo. Ya no firmaba «Juanito», como siempre, sino «Juan Carlos». Este es el texto:

> Queridísimo papá:
>
> Acabo de volver de El Pardo, adonde he sido llamado por el Generalísimo; y como por teléfono no se puede hablar, me apresuro a escribirte estas líneas para que te las pueda llevar Nicolás, que sale dentro de un rato en el *Lusitania*.
>
> El momento que tantas veces te había repetido que podía llegar, ha llegado, y comprenderás mi enorme impresión al comunicarme su decisión de proponerme a las Cortes como sucesor a título de rey.
>
> Me resulta dificilísimo expresarte la preocupación que tengo en estos momentos. Te quiero muchísimo y he recibido de ti las mejores lecciones de servicio y de amor a España. Estas lecciones son las que me obligan como español y como miembro de la dinastía a hacer el mayor sacrificio de mi vida y, cumpliendo un deber de conciencia y realizando con ello lo que creo es un servicio a la patria, aceptar el nombramiento para que vuelva a España la monarquía y pueda garantizar para el futuro, a nuestro pueblo, con la ayuda de Dios, muchos años de paz y prosperidad.
>
> En esta hora, para mi tan emotiva y trascendental, quiero reiterarte mi filial devoción e inmenso cariño, rogando a Dios que mantenga por encima de todo la unidad de la familia, y quiero pedirte tu bendición para que ella me ayude siempre a cumplir, en bien de España, los deberes que me impone la misión para la que he sido llamado.
>
> Termino estas líneas con un abrazo muy fuerte y, queriéndote más que nunca, te pido nuevamente, con toda mi alma, tu bendición y tu cariño.

A Nicolás de Cotoner, marqués de Mondéjar, solo le preguntó don Juan por la actitud del Ejército. Una vez en el hotel, el jefe de la Casa del Príncipe recibió una llamada de doña María, que le dijo: «Dile a Juanito que estoy muy contenta, felicítale. Y que sepa que yo me ocupo de que aquí no se haga ninguna tontería».

Muchos años después, recuerda Pilar de Borbón:

—El hijo hizo lo que el padre quería, pero no solo porque lo decía su padre, sino porque se convenció él, porque era lo mejor para España. Es lo único que importaba: España, primero.

—Pero ¿había tensión entre su padre y Juan Carlos?

—Sí, había tensión entre el padre y el hijo. Había tensión en la casa, sí que se notaba. Pero eso no impedía la relación familiar. En las conversaciones se notaba que se andaba con pies de plomo, haciendo equilibrios.

—¿Y su madre?

—Mi madre fue la que medió para buscar el equilibrio. Siempre fue leal a su marido y a su hijo, a los dos al mismo tiempo. El afecto se mantuvo entre mi padre y Juanito. La tirantez era política, no era familiar.

—¿Qué le impresionó más de su padre?

—Recuerdo algo que se me quedó muy grabado. Cuando eres joven tienes unas inquietudes políticas que luego van moderándose. Yo estudiaba enfermería en una Escuela del Estado portugués y había gente que estaba perseguida por Salazar. El hermano de una compañera mía estaba en la cárcel por sus ideas socialistas. Y entonces, con veintitrés años, empiezas a leer a Marx y te vas imbuyendo... Ves la situación de los hospitales portugueses... en fin, un día tuve, digamos, un desacierto; por poco me echan de la Escuela del Estado, y mi padre lo único que me dijo fue: «Pilar, con menos violencia, que en este país estamos convidados». Fue admirable. Fue la lección más dura que me han dado en mi vida. Ya de mayor, un día se lo dije y me contestó: «¡Qué pesada te pusiste cuando te dio por la justicia social, estuviste pesadísima!». Nunca podré olvidar aquella advertencia. Ese era su criterio en todo. Cuando llegó la Revolución de los claveles no se quiso ir. Dijo: «Este país me ha tratado bien, y aquí me quedo». A mi madre se la trajo Juanito enseguida, pero él se quedó.

Según Emilio Contreras,

> [...] doña María está con el hijo; tiene la percepción de que con don Juan no había salida. Ella cumple un papel importante para suavizar tensiones entre

el padre y el hijo. Juan Carlos tenía más confianza para hablar con su madre que con su padre. Don Juan tenía mal genio, era muy visceral, aunque noblote y buena persona. Ella hace de amortiguadora.

También Luis María Anson resalta el papel de doña María:

Fue impecable. Su rey era don Juan. Siempre estuvo a su lado sin pestañear. Desde el punto de vista histórico su actuación fue impagable para impedir que las gentes que venían a indisponer al padre contra el hijo o al hijo contra el padre se salieran con la suya. Ella hizo siempre de intermediaria para la buena relación entre el padre y el hijo. En lo que respecta al hijo, lo consiguió siempre; el padre estuvo más arisco... Doña María jugó un papel muy especial el año 1969.

Precisamente Anson estaba con don Juan aquella mañana cuando llegó a Villa Giralda con la carta de Franco el elegante embajador José Antonio Giménez-Arnau, al que Anson llama «el lacayo de pútrida sonrisa». Llegó tarde. Ya no había sorpresa. Don Juan arrojó el sobre lacrado sobre la mesa sin abrirlo. En ese momento, a pesar de la cariñosa misiva de Juan Carlos, se sentía traicionado por el hijo.

El texto de la carta de Franco aún le dejó más destrozado por dentro. Le decía que la realeza estaba destinada a hacer sacrificios y que, por tanto, debía desoír cualquier consejo de los que le incitaran a oponerse a lo dispuesto por el Generalísimo; que se trataba no de una restauración de la antigua monarquía, sino de la instauración de una nueva que completara el desarrollo del régimen. Cuando terminó de leer, el comentario que hizo don Juan fue: «¡Qué cabrón!». Hundido por la desolación, permaneció en silencio negándose a responder tres llamadas seguidas de su hijo.

Hasta el día 21 a última hora de la tarde Juan Carlos no consiguió hablar por teléfono con su padre. «Eso quiere decir —le recriminó— que lo sabías cuando viniste aquí y que no quisiste decírmelo». Don Juan seguía inconsolable y no sirvieron de nada las palabras afectuosas y las declaraciones de inocencia del hijo, al que obligó a devolver la placa que tradicionalmente conservaba el heredero del trono y que había entregado a Juanito cuando tenía tres años. Los consejeros de su padre, encabezados por Areilza y Sáinz Rodríguez, que venían viendo desde hacía tiempo a Juan Carlos con recelo creciente, le acusaron abiertamente de traidor a la causa legitimista, a la vez que le retiraron el tratamiento de Príncipe de Asturias. A pesar del enfado, la actitud de su padre fue mucho más comprensiva que la de sus consejeros. La declaración de don Juan, fechada el 18 de julio y publicada contra la opinión de

doña María, era un rechazo de los planes monárquicos de Franco; pero en compensación, don Juan disolvió el Secretariado Político, que presidía Areilza, lo cual daba a entender que no levantaba la bandera contra su hijo.

«Hubo una situación, entre junio y septiembre de 1969 —reconoce Anson—, extraordinariamente dura y patética entre ellos. Eso es verdad. Pero en unos meses don Juan, con la generosidad llevada al extremo, superó todo aquello».

La designación de Juan Carlos como sucesor de Franco a título de rey provocó un auténtico terremoto político, sobre todo en el sector monárquico. Muchos tomaron posiciones ante la nueva situación. Más de trescientos destacados intelectuales, profesionales y académicos firmaron en diciembre de 1969 una declaración en la que condenaron los esfuerzos del régimen para perpetuarse mediante métodos no democráticos; pero, por el contrario, muchos políticos moderados pudieron expresar abiertamente su apoyo al Príncipe sin temor ya a ser considerados desleales al régimen. Por ejemplo, ese año el Príncipe se vería con Adolfo Suárez en Segovia, donde estaba de gobernador, y desde entonces, primero en la Dirección de Radio Televisión Española y más adelante en la Presidencia del Gobierno, se convertiría en un personaje clave para la restauración de la democracia y de la monarquía parlamentaria, con absoluta lealtad a Juan Carlos. Hubo también un notable desplazamiento de los seguidores de don Juan hacia su hijo. Un dato: había cuarenta personas de la aristocracia que aportaban cada año una cantidad para mantener la Casa de don Juan. Con eso y con las rentas vivía, aunque fuera austeramente. El día que Juan Carlos fue nombrado sucesor, esos cuarenta benefactores, por miedo a enfrentarse a Franco, se redujeron a catorce. El intendente de la casa era César de Balmaseda, marqués de Casasola y suegro de Anson. Los que quedaron tuvieron que multiplicar su aportación. Otros muchos personajes, sin embargo, mantuvieron una actitud de reserva a la espera de ver en qué quedaba todo. Rodeado de recelos y abandonado de su padre, nunca se sintió Juan Carlos tan solo.

A la pregunta de José Luis de Vilallonga de en qué momento había sentido verdaderamente el peso de la soledad, responde:

> Para ser sincero, siempre me he sentido un poco solo. Pero sobre todo he sentido el peso de esa soledad cuando fui nombrado Príncipe de España y Franco pensó en mí para sucederle a título de rey. Se abrió entonces un periodo en el que se sabía que yo iba a ser rey sin que nadie estuviera completamente seguro de ello. Franco podía cambiar de idea en cualquier momento y nombrar a otro en mi lugar. Por tanto, era conveniente ser «amable» conmigo, pero no demasiado. Me encontraba solo, pero al mismo

tiempo muy rodeado. Mi padre sí que conoció durante años la verdadera soledad. Mi padre llegó a límites de soledad insospechados. Aprendí mucho del sufrimiento de mi padre. Gracias a él, de algún modo, me inmunicé contra el miedo a derrumbarme ante la idea de lo que un día u otro se me vendría encima.

12

Cada cual por su lado

A partir de este momento, padre e hijo tomaron cada uno su propio camino. El Príncipe, recluido en La Zarzuela, cada vez más reservado y taciturno, incrustado en los mecanismos de un régimen que se descomponía, despachando con Carrero los jueves y con Franco, que en ningún momento pisó La Zarzuela, cada quince días primero y, desde 1972, todas las semanas. Y don Juan, negociando abiertamente con la oposición antifranquista el futuro de España. Haciendo de la necesidad virtud, aquello podía parecer un inteligente reparto de papeles. Pasados unos meses de incomunicación, el padre y el hijo reanudaron el trato personal, pero no superaron las graves diferencias políticas ni la sombra de la traición y del engaño.

Juan Carlos se sentía solo y abrumado por la incertidumbre. Seguía sabiéndose vigilado desde El Pardo y abandonado a su suerte por su padre. Hubo momentos, según ha confesado después, que estuvo tentado, como queda dicho, de arrojar la toalla. El nombramiento, aunque fuera provisional y Franco pudiera revocarlo en cualquier momento, le obligaba a empezar a plantearse seriamente el futuro. Estaba ya convencido de que él no iba a presidir una dictadura, pero no le quedaba más remedio que seguir bailando el agua al Caudillo. Hasta que no se reformaran las Leyes Fundamentales, que había jurado, tenía obligación de cumplirlas y, por tanto, de ser adicto al régimen. A Federico Silva Muñoz le adelantó en 1969 que en el futuro habría que gobernar con partidos políticos, «pero solo dos o tres». También con su amigo Adolfo Suárez llegó a la conclusión de que, cuando fuera rey, tendría que abordar un cambio de régimen. Con la ayuda de Jacobo Cano, su secretario personal, eficaz y discreto, amplió el círculo de sus contactos, y en 1970 recibía ya una media de ciento veinte visitantes al mes, fuera de los ámbitos oficiales. Pero en su discurso de aceptación, el día 23 de julio de 1969 en las Cortes, ante un

Franco lloroso y complacido, no tuvo más remedio que asumir «la legitimidad política surgida del 18 de Julio de 1936», aun sabiendo ya que él no podía ser solo rey de los vencedores de la Guerra Civil.

Esa mañana, como buen marino, don Juan se embarcó entre dos luces en su velero y se alejó mar adentro hacia el norte. Abrumado por la desilusión, quiso estar solo. En Figueira da Foz bordeó el cabo Carvoeiro y navegó por el río Mondego hacia Coimbra. Se detuvo en Montemor-oVelho, se dirigió a un bar, pidió una botella de whisky y siguió la trasmisión del acto por televisión. Al finalizar, comentó: «Mi Juanito ha leído muy bien», refiriéndose a que el discurso se lo habían escrito. En efecto, esas palabras de aceptación las escribió, según me ha confesado personalmente, Alfonso Osorio, en su casa, con la ayuda de Jacobo Cano.

El día 29 de julio, me cuenta Luis María Anson, se reunieron con don Juan, en el restaurante Albatroz de Cascais, Pedro Sáinz Rodríguez, José María Pemán y el propio Anson.

> Don Juan nos expuso que se quería ir de Estoril, que podía irse a Canadá, que quería desaparecer, porque cualquier cosa que dijera iba a ser conflictiva para su hijo y para todo el mundo. Pemán y yo estuvimos de acuerdo, pero don Pedro se plantó y dijo que ni hablar. Y le conminó a que hiciera lo que hizo hasta 1975: reunirse con todos los dirigentes de la oposición sin excepción para decirles que él se comprometía a que su hijo convocaría elecciones libres y, por tanto, que cuando fuera proclamado rey esperaran y no levantaran la bandera de la III República, cosa que se consiguió. Habló con todo el mundo sin excepción, salvo con Carrillo, aunque sí, en representación suya, con ese personaje extraordinario que es Teodulfo Lagunero.

Lo de Canadá, según Pilar de Borbón, debió de ser un calentón momentáneo, porque en casa nunca se planteó, que ella recuerde, la idea de trasladarse a ese país ni a ningún otro sitio.

Las reacciones al nombramiento de Juan Carlos como sucesor fueron especialmente virulentas. Para el Partido Comunista, «Franco ha destruido toda posibilidad monárquica en España, arruinando las ilusiones en que habían caído ciertos sectores sobre la posibilidad de una monarquía democrática». El manifiesto del PSOE no fue menos duro. Calificaba a Juan Carlos de «príncipe de opereta» y de «futuro rey de cartón piedra». El liberal Salvador de Madariaga publicó un artículo en la prensa alemana, reproducido en numerosos periódicos de Europa y América, en el que decía que «España no aceptará nunca un monarca que traiciona a su padre y declara abiertamente que será rey de los vencedores de la Guerra Civil».

Juan Carlos confesaría varios años después a Vilallonga:

> Ya sé que mi padre lo pasó muy mal en aquellos momentos para él tan desagradables y frustrantes, pero son muy pocos los que hablan de lo mal que lo pasé yo antes de prestar juramento de fidelidad a unos principios que yo sabía que no podría respetar. Aquello que me decía Torcuato de que toda ley lleva en sí misma el principio de su reforma y que nada es eterno y que todo se puede cambiar por la vía de la legalidad sonaba muy bonito, pero una cosa es hablar de ello y otra es hacerlo. Si a eso le añades el dolor que me producía tener que, en cierto modo, enfrentarme a mi padre, comprenderás que todo aquello fue para mí algo parecido a una pesadilla.

La pesadilla empezó a disiparse a finales de año, cuando padre e hijo se encontraron en Lausana, donde tuvieron por primera vez en mucho tiempo una conversación franca y sincera. Según la versión de Pilar Urbano, Juan Carlos le dijo a don Juan:

> Mira, papá, desde que tenía ocho años yo he sido un mandado. Un mandado tuyo. Solo he hecho lo que tú has querido. Tú quisiste que fuera a estudiar a España y estudié en España. Luego, porque te enfadaste con Franco, quisiste que me retirara de España. Y me retiré de España. Reanudasteis las relaciones y yo volví otra vez... Entre Franco y tú organizasteis el plan de mi vida como quisisteis. A mí no se me preguntaba ¿quieres?, ¿no quieres?... Se me daba ya decidido. Y yo, a obedecer. No he hecho otra cosa que obedecerte... En todo he hecho lo que tú me has dicho. Tú me has ayudado a formarme. De ti he aprendido a trabajar para España y para la restauración de la monarquía. El haber sido nombrado «sucesor a título de rey» es una consecuencia de haber estado en España, porque tú me pusiste ahí. Yo no te lo pedí. Tú lo decidiste por mí. Y es lógico, de cajón, que haya ocurrido lo que ha ocurrido. Pero tú, papá, no lo ves... porque tienes unos consejeros que no te dejan verlo. De todos modos, si tú crees otra cosa, dímela, papá, yo te oigo.

Don Juan le respondió abiertamente que seguía pensando que su hijo le había engañado. Y Juan Carlos volvió a la carga. Depositaba toda la responsabilidad de sus actos sobre su padre.

> Papá, lo mío es consecuencia de tu decisión. Yo he sido siempre un mandado. Objetivamente, yo tengo más probabilidades de reinar que tú. Pero no estoy seguro. Franco puede cambiar de actitud. Lo que sí te puedo decir es que nos necesitamos los dos. Yo desde dentro y tú desde fuera. Porque yo, dentro, estoy completamente rodeado y vigilado, y no puedo tener contactos con la oposición. Y tú, fuera, sí puedes. Y solo de esta manera podré hacer una monarquía democrática, para todos los españoles, piensen de una manera o piensen de otra.

Don Juan tardó algún tiempo en quedar convencido, pero al final cedió y abrazó a su hijo. Algunos ven en esta especie de «pacto

de Lausana» —«yo desde dentro y tú desde fuera»— el comienzo de un verdadero «pacto de familia» entre los dos. Lo único cierto es que cada cual siguió su propio camino y la tensión entre ambos, aunque menos virulenta, se mantuvo. Juan Carlos supo ya, con su nombramiento, que su padre no tenía ninguna posibilidad de reinar en España y, en el fondo de su corazón, se veía moralmente justificado para ocupar el lugar de don Juan, que le había obligado a pasarse la vida alejado de la familia y manejado políticamente por él como moneda de cambio con Franco. Ahora no iba a dejar pasar su oportunidad, aunque le acusaran de traición y el futuro se presentara incierto. Tenía una buena justificación objetiva: salvar la monarquía.

Es también verdad que, desde este abrazo de Lausana, la comunicación entre ellos se volvió más fluida. Prácticamente a diario el hijo mantenía largas conversaciones con su padre, de las que Franco era informado puntualmente. El hecho de que ambos se entendieran con esta fluidez generaba no poco malestar en el anciano General, que creía hasta entonces tener al Príncipe de su parte. Unas declaraciones de Juan Carlos a Richard Eder, de *The New York Times,* en las que daba a entender que no pensaba presidir una dictadura y que «solo bajo alguna forma de democracia tendría realmente posibilidad de permanecer como rey de España», hicieron dudar a Franco del acierto de su elección. «Ya lo sabe, Alteza, —le dijo— o príncipe o persona privada». Y López Rodó, que observaba el panorama por dentro, le advirtió: «¡No juegue, Alteza!». El embajador en Washington, Jaime Argüelles, le escribió preocupado a su ministro: si la entrevista revelaba las verdaderas intenciones del Príncipe, ¿por qué prescindir de don Juan?

En octubre de 1972, durante una cacería, el director de *Arriba,* Antonio Guerrero, aseguró a los presentes que existía un pacto secreto entre el padre y el hijo para cambiar el régimen e introducir la democracia. Carlos Arias Navarro, ministro de la Gobernación y amigo de la familia Franco, saltó con vehemencia: «Aquí no hay acuerdo que valga. El Príncipe tiene un juramento con España; ha jurado fidelidad al 18 de Julio y ha de cumplirlo; al padre, en todo caso, se le echa. Porque lo que no se puede es jugar con los españoles». Cuando Vicente Gil, su médico, se lo contó a Franco, este dijo con firmeza: «¡Desde luego!, ¡desde luego!».

Para entonces ya había pasado el tremendo Proceso de Burgos, consejo de guerra sumarísimo contra dieciséis miembros de ETA, dos de ellos sacerdotes, iniciado el 3 de diciembre de 1970; seis de los encausados, entre ellos Mario Onaindía, fueron condenados a

muerte, aunque luego se les conmutó la pena ante el clamor nacional e internacional. La vida nacional estaba sumamente alterada, la Iglesia le había retirado su confianza a Franco, proliferaban los conflictos sociales y, dentro del régimen, se habían agudizado las tensiones entre falangistas y tecnócratas, mientras un Caudillo octogenario aparecía cada vez más decrépito e incapaz aparentemente de manejar la situación. El propio Juan Carlos ha confesado años después que algunos días «se mostraba astuto, rápido y claramente espabilado», y otros «era un anciano cansado y medio gagá». Entre el Príncipe y el Caudillo, según observó Pemán, había nacido «una relación abuelo-nieto».

La boda de Alfonso de Borbón con la nieta mayor de Franco, María del Carmen Martínez Bordiú, el 18 de marzo de 1972, vino a complicar más las cosas y resultó un verdadero desafío para Juan Carlos, que veía cómo la «corte» de El Pardo, con doña Carmen Polo de Franco y el marqués de Villaverde a la cabeza, presionaba al viejo General para convertir a la nieta de Franco en reina de España. Por lo pronto, Franco aceptó de manos del patético don Jaime, padre de Alfonso, el Toisón de Oro, que había rechazado de manos de don Juan —el único legitimado para otorgarlo— con motivo de la boda de Juan Carlos y Sofía. El Príncipe, sumamente alarmado, consiguió convencer a Carrero por medio de López Rodó para que Franco no exhibiera tal distinción espuria. Pero no era eso lo peor. En las invitaciones de boda, el novio figuraba como Su Alteza Real el Príncipe Alfonso. Lógicamente don Juan, jefe de la dinastía, se opuso a este tratamiento, que solo podía ostentar el primogénito del rey; de idéntica manera reaccionó Juan Carlos, que consideró el gesto una maniobra para situarle a él y a su primo al mismo nivel en el orden de la sucesión que seguía en manos de Franco. Su encuentro con el General, al que encontró malhumorado y contrariado, en busca de una rectificación, fue muy desagradable. Argumentó que dos príncipes crearían confusión y que podrían acusarle a él de nepotismo. «He pasado —comentó después— uno de los momentos más tensos de mi vida: sudaba por dentro». Muy molesto, Franco comentó a Oriol, ministro de Justicia: «Don Alfonso tenía el título de príncipe y ahora, porque se casa con mi nieta, se lo quieren quitar». Juan Carlos, para rebajar la tensión, convenció a su padre de que le diera a Alfonso el título de duque de Cádiz, sin tratamiento de Alteza Real, que es lo que finalmente se hizo. Esto demuestra que, a pesar de las diferencias, don Juan estaba dispuesto a acudir en ayuda de su hijo cuando era necesario.

La boda fue una celebración regia. Esta es la descripción de Paul

Preston:

> Dos mil invitados desfilaron hacia el palacio de El Pardo por una avenida flanqueada por dos filas de lanceros a caballo con largas capas blancas y casco plateado. Para realzar la categoría de la ocasión, el Caudillo ocupó el lugar del marqués como padrino de boda de María del Carmen. Era una figura patética, con los ojos lacrimosos, la boca floja y las manos temblonas, mientras doña Carmen, rígidamente derecha, pero sonriendo de oreja a oreja, entraba en la iglesia del brazo del príncipe Juan Carlos.

Adolfo Suárez, que era director general de Radio Televisión Española, colocado en ese puesto clave por Carrero y López Rodó con el principal objetivo de potenciar ante el pueblo la imagen del príncipe Juan Carlos, se negó, con la ayuda del director de los Servicios Informativos, Luis Ángel de la Viuda, a transmitir la boda en directo, como quería el ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, y exigían desde El Pardo.

Cuando los novios volvieron de la luna de miel, doña Carmen, en presencia de todos los medios de comunicación, hizo a su nieta en el aeropuerto de Barajas una aparatosa reverencia y, desde entonces, en las habituales meriendas del palacio de El Pardo con las mujeres de los franquistas más leales, si entraba en el salón María del Carmen, la abuela se levantaba y se inclinaba ante ella como una cortesana. En las cenas de El Pardo presidía la mesa la nieta y no la abuela, que dio instrucciones al servicio y a los invitados para que le dieran a María del Carmen el tratamiento de Alteza. Se le servía la primera, y su padre, el impresentable Cristóbal Martínez-Bordiú, en un estudiado gesto de desprecio a doña Sofía, calificaba a su hija en el brindis como «la reina más bella de España».

El riesgo de que esta corte que le rodeaba, con la colaboración del núcleo duro del falangismo, convenciera al anciano, enfermo y decadente General de que cambiara a última hora el testamento con los planes sucesorios no parecía algo descabellado. En honor a la verdad, hay que reconocer la firmeza de Franco para no ceder a las presiones y ser consecuente con sus planes. Habríamos pasado del drama shakespeariano a la opereta bufa. El dictador nunca daba marcha atrás en sus decisiones. Afortunadamente tampoco se cumplieron los temores de Pedro Sáinz Rodríguez cuando supo lo de la boda, en el sentido de que el Príncipe podía sufrir un accidente provocado. El acontecimiento le sirvió a Juan Carlos para defender con uñas y dientes su territorio y a don Juan para darse cuenta de que había un sustituto de su hijo en la reserva. Así que los dos debían andar con pies de plomo.

En junio de 1972, como cada año, don Juan pronunció un discurso ante sus partidarios, que Franco consideró una nueva crítica a su régimen y, sin duda, lo era. El Príncipe estuvo presente en este acto, fiel a su costumbre. Cuando regresó a Madrid acudió a El Pardo a disculparse ante el Caudillo y le dijo que él no podía impedir a su padre que se manifestara en público. Al salir comentaría a López Rodó: «¡Qué duro es Franco!». Por entonces, don Juan, convencido de que la monarquía de su hijo estaba rotundamente condenada, se consideraba a sí mismo la opción de reserva, la opción de recambio y de seguridad. Juan Carlos, por su parte, también estaba seguro a esas alturas de que la monarquía del Movimiento terminaría en fracaso y que se imponía la reforma democrática.

—¿Cuándo crees —le pregunto a Anson, que hizo de enlace entre los dos— que el Príncipe se convence de que la monarquía tiene que ser como la que quiere su padre?

—Él empieza a tener una importante modificación de posición cuando la nieta de Franco se casa con Alfonso de Borbón. Eso le da mucho miedo y, a partir de ese momento, empieza a bascular hacia gentes como José Mario Armero o Nicolás Franco Pasqual de Pobil. Empieza a darse cuenta de que, sin necesidad de romper con el régimen, podía oscilar hacia posiciones que eran las que su padre marcaba desde Estoril. Y ahí empieza a haber una modificación interna, no muy grande aún. Luego, el que le convence decisivamente de lo que hay que hacer es Torcuato Fernández-Miranda.

—Pero Torcuato nunca dejó de ser del Movimiento, nunca dejó de ser franquista.

—No, con algo de resabio, entre otras razones porque creía que no se podía romper con los Principios del Movimiento. Él se mantenía en el espíritu del 18 de Julio. Creía que no se podía romper del todo. Por eso, cuando se va a hacer la Ley para la Reforma Política, su papel es decisivo para que don Juan Carlos no sea un perjuro y todo se haga desde los Principios del Movimiento, de la ley a la ley. Y cuando se da cuenta de que Adolfo Suárez va mucho más allá que él, rompe con Suárez y este gana la partida en el ánimo de don Juan Carlos, mientras él queda relegado. Pero en el ánimo de don Juan Carlos, Torcuato fue muy decisivo. Durante año y medio, desde que forma Gobierno Arias Navarro, la persona en la que se apoya don Juan Carlos es Torcuato, que es el que le hace la operación del nombramiento de Adolfo Suárez.

Años después Juan Carlos ha revelado:

> Torcuato sabía que en el fondo mi pensamiento político era el mismo que el de mi padre: yo quería ser rey de todos los españoles (…). Nunca escuché de labios de Franco la frase de que dejaba todo «atado y bien atado», y pienso que no hay que tomarla al pie de la letra. Creo que con estas palabras el General quería dar a entender que dejaba tras de él las estructuras que el país necesitaba. Era demasiado inteligente para creer que a su muerte las cosas se quedarían como estaban.

Pero hasta entonces aún quedaban unos años endemoniadamente azarosos.

13

A LA ESPERA DEL DESENLACE

El asesinato de Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973 y la ascensión de Arias Navarro a la Presidencia del Gobierno por empeño de Carmen Polo de Franco, con el dictador apurando la última copa de su vida, complicaban seriamente los planes del Príncipe y de los tecnócratas. La caída de la dictadura en Portugal, recibida con entusiasmo por la oposición democrática en España, generaba entre los más adictos del franquismo deseos de repliegue y cierre de filas. La presencia constante de los duques de Cádiz en El Pardo y las reiteradas declaraciones de don Juan defendiendo la legitimidad del orden dinástico y de la monarquía democrática inquietaban en La Zarzuela. Franco, en los últimos años de su vida, llegó a dudar de Juan Carlos. Temía que prevaleciera sobre él la nefasta, para él, influencia de su padre.

Estos años fueron para el Príncipe los más difíciles en su largo camino hacia el trono. Despertaba recelos y malestar entre los consejeros de don Juan y desprecio en la oposición democrática; su propósito cada vez más afianzado de un profundo cambio no se podía ya mantener en secreto, salía de los muros de La Zarzuela, levantaba alarmas crecientes entre los adictos al régimen y servía de munición a la corte de El Pardo para presionar a Franco a fin de que cambiara *in extremis* los planes sucesorios. Pero en la oposición no se lo creían. El Príncipe tuvo que sufrir en este periodo la virulenta hostilidad de los círculos franquistas y el menosprecio de los demócratas, mientras sobre La Zarzuela se intensificaba la vigilancia y la incomprensión.

Según una de las personas que frecuentaba estos años su círculo íntimo y que había sido compañero suyo en la Academia Militar:

> Cuando estaba en La Zarzuela no se cortaba un pelo: decía, tres o cuatro años antes de morirse Franco, lo que iba a hacer después. Él siempre tuvo la idea de una monarquía con más poder, que interviniera más en la vida

pública; es decir, él pensaba en un Estado democrático con más poder del rey. Como se lo contaba a todos con los que despachaba, Franco lo sabía. Más de uno salía de La Zarzuela y se iba corriendo a El Pardo. Franco sabía perfectamente lo que iba a pasar después.

Esta versión defendida por distintos observadores contrasta con las constantes manifestaciones de Franco sobre la necesidad de mantener a toda costa el régimen del 18 de Julio. Si fuera verdad, extraña que no preparara a sus seguidores para este cambio tan importante, y que recelara tan implacablemente de don Juan. Más bien dio siempre la impresión de que se moría convencido de que el Príncipe iba a hacer honor a su juramento de cumplir los Principios del Movimiento, que consideraba inamovibles. La duda está en si comprendió que las cosas no podían seguir igual cuando él faltara y hasta qué punto habría que adaptar esos Principios a la nueva realidad.

En diciembre de 1974, José Utrera Molina, ministro secretario general del Movimiento, expresó a Franco, según cuenta él mismo en *Sin cambiar*, su convicción de que Juan Carlos no se sentía vinculado a «proyectos que pudieran representar la continuidad del régimen». El Caudillo, indignado, le dirigió una torva mirada y le dijo: «Eso no es cierto y es muy grave lo que me dice». Después de un largo silencio, añadió: «Sé que cuando yo muera todo será distinto, pero existen juramentos que obligan y principios que han de permanecer». Utrera insistió en que, tras la sucesión, el Príncipe pretendía devolver a España una monarquía liberal y parlamentaria. Siguió otro silencio tenso. Al fin Franco dijo: «Las instituciones cumplirán su misión. España no podría regresar a la fragmentación y a la discordia». Utrera no fue el único que acudió a El Pardo a informar de los planes de La Zarzuela.

La misma fuente mencionada, que participó directamente en estos planes, añade:

Lo único que se pretendía era que en los futuros partidos políticos no figuraran, ni en la derecha ni en la izquierda, los que habían participado activamente en la Guerra Civil. Por eso, en la Democracia Cristiana se potencia a RuizGiménez frente a Gil-Robles; en el Partido Comunista, a personajes como Solé Tura o Ramón Tamames, y en el Partido Socialista, a los vencedores de Suresnes frente a la vieja guardia. El sueño de Franco era que lo que iba a venir no tuviera nada que ver con la guerra. Cuando, con Arias, encallan las asociaciones políticas y el Príncipe le dice a Franco «esto es un paso atrás», Franco guarda silencio; pero a la tercera vez que don Juan Carlos insiste, Franco responde: «Alteza, yo he sido jefe de Estado porque gané la guerra; la guerra que usted tiene que ganar es la de ser rey de todos los españoles. Si se la gano yo, ¿qué le queda a Vuestra Alteza?». Lo único

que le pidió Franco es que mantuviera la unidad de España y que el cambio se hiciera despacio y con gente que no hubiera estado en la guerra. Y eso es lo que se planeó en La Zarzuela.

Don Juan, mientras tanto, no cedía en sus pretensiones. Desde la Junta Democrática, que agrupaba al sector más rupturista de la oposición, con Santiago Carrillo a la cabeza, le propusieron que rompiera con su hijo y que se situara al frente de una coalición antifranquista. A la muerte de Franco se montaría un Gobierno provisional, liderado por él como regente, hasta conocer los resultados de un plebiscito sobre la forma de Estado.

En 1974 el conde de Barcelona se vio en París con políticos de distinto signo, entre ellos con el emisario de Carrillo, el empresario Teodulfo Lagunero. En mayo, de vuelta a Estoril, recibió a Rafael Calvo Serer y a Antonio García Trevijano. Don Juan llegó a pensar entonces que su hijo correría una suerte parecida a la de Caetano en Portugal y estuvo tentado de aceptar la propuesta que le hacían. Esto significaba levantar abiertamente la bandera contra el Príncipe. En este punto, sus consejeros se dividieron en dos bandos: los moderados y los rupturistas.

Juan Carlos estuvo puntualmente informado por su madre de estos devaneos. Doña María estaba intranquila por esas idas y venidas; le preocupaban los coqueteos de don Juan con la izquierda y le aterraba comprobar el entusiasmo de su marido por el general Spínola. El Príncipe llegó a exclamar en presencia de López Rodó: «Los de la oposición le están lavando el cerebro a mi padre». Ante esto, Juan Carlos desoyó la petición de su padre y se negó a acudir a la reunión del año 1974 en Estoril, alegando motivos de seguridad. La tensión entre ambos volvió a subir de tono. Tras una reunión de emergencia entre ellos en el palacio de Marivent de Palma de Mallorca ese mismo mes de junio, don Juan accedió finalmente a no firmar el manifiesto que le habían preparado los de la Junta Democrática y que tenían previsto publicar en *Le Monde*. El 22 de junio proclamó ante sus seguidores en Estoril: «Jamás he sido ni seré un conspirador movido por la ambición».

Emilio Contreras, que asistió a aquella tensa reunión de Estoril, cuenta así lo que pasó:

> Hubo una gran presión sobre don Juan. A Franco, que estaba ya muy enfermo, apenas le quedaba un año de vida. Unos —los de la Junta Democrática: García Trevijano, Calvo Serer, Pepín Vidal...— querían que pronunciara un discurso muy rompedor contra el régimen franquista y que se presentara como la alternativa democrática. Y había otro grupo, en el que estaban Pemán, Anson y Sáinz Rodríguez, que era partidario de marcar una

cierta distancia, pero sin romper. Y allí hubo unas presiones tremendas. La «conspiración» se desarrolló en el hotel Palacio. Al final prevaleció la tesis moderada. Recuerdo que Anson llamó desde una cabina a Luis Apostua, columnista del *Ya*, para darle inmediata noticia de lo sucedido. Con su voz metálica y potente, le estaba oyendo todo el barrio. José María Pemán comentó a Vicente Zabala: «Zabalita, con esa voz tan ecuménica de Anson se está enterando todo el mundo». Al final don Juan leyó ese discurso en el que marcaba distancias, pero no rompía con Franco, y teniendo en cuenta la situación de su hijo, procuró darle poco aire. En lugar de leerlo, como acostumbraba, en la rotonda de la entrada de la casa, dijo: «Vámonos detrás». Y lo leyó en el patio de las cocinas. Terminó, y en esos segundos que trascurren desde que gritó «¡Viva España!» se oyó la voz característica de Anson que decía: «¡Muy bien, don Pedro, le ha quedado muy bien!».

Los de la Junta pretendieron insistentemente que el joven líder socialista Felipe González acudiera a Estoril a entrevistarse con don Juan y su hijo; pero él se negó. Felipe declaró a Vilallonga:

> Según ellos el verdadero demócrata era el conde de Barcelona, mientras que su hijo solo era el heredero de la dictadura franquista. La visión política de aquella gente era nula. Querían «legitimar» al padre a costa del hijo, poniendo así en peligro la única posibilidad de restaurar la monarquía en España (…). No podía creer que el conde de Barcelona (ese hombre a quien algún día habrá que reconocer sus múltiples sacrificios) fuera a interponerse entre su hijo y la Corona. Era un juego peligroso. Se trataba de enfrentar al padre con el hijo y de alejar aún más a este de su padre. Había en ello algo de drama medieval.

El grupo de los posibilistas, a caballo entre el padre y el hijo, contribuyó con su moderación y buen juicio a evitar la ruptura entre ellos y ayudó a que fuera posible la monarquía parlamentaria en España y la transición pacífica a la democracia. Lo peor que podía haber ocurrido entonces era una guerra dinástica y, teniendo en cuenta la posición del Ejército y los demás poderes, no había más camino transitable que la reforma ni más salida que la monarquía parlamentaria encabezada por Juan Carlos de Borbón. Al final, este iba a realizar al pie de la letra el sueño de su padre, lo que, sin duda, sirvió de consuelo a un hombre que desempeñó, con coraje y dignidad, uno de los papeles más tristes de la Historia de España.

> —¿Quién creéis —pregunta Vilallonga a Juan Carlos— que tuvo más influencia sobre Vuestra Majestad, el general Franco o vuestro padre?
>
> —¡Mi padre, por supuesto! —responde—. Nunca dudé de la sinceridad de mi padre cuando me aconsejaba de esto o de lo de más allá. Con Franco, en cambio, era muy diferente. Yo siempre tenía ganas de hacer lo que mi padre me aconsejaba, mientras que a menudo me costaba seguir el camino que me

indicaba el General. Por lo demás, si lo hubiera querido, no habría podido... Nadie sabe lo que habría hecho mi padre si hubiese subido al trono. No sé si hay que creer demasiado en las influencias que pueden ejercer sobre nosotros las personas de nuestro entorno o los miembros de nuestra familia.

—¿Podéis precisar en qué momento os sentisteis libre de tomar iniciativas sin tener en cuenta al general Franco?

—Es difícil precisarlo. A menudo tomé iniciativas. Pero una cosa era obrar sin el consentimiento del General y otra, quizá más peligrosa, hacerlo sin tener en cuenta a los poderosos de su entorno. Digamos que empecé verdaderamente a asumir mis responsabilidades a partir de la primera enfermedad del General... Digamos también, por fijar una fecha, que las cosas empiezan a cambiar para mí a partir del asesinato de Carrero Blanco.

—¿Qué hacía mientras tanto el conde de Barcelona?

—Proseguía sin cesar sus esfuerzos para reunir en torno a la monarquía a las fuerzas de la oposición al régimen franquista. Repetía incansablemente que esa monarquía solo podía ser constitucional y democrática. Tomaba extremadas precauciones para no aparecer como jefe de partido. Declaró públicamente en Estoril que jamás se había sometido al poder personal que, según él, el general Franco ejercía abusivamente. Cuando a veces digo que mi padre ha desempeñado en la Historia de España un papel de los más dramáticos, no tengo la impresión de exagerar.

Luis María Anson precisa:

La fórmula que prevaleció fue: «No se puede hacer la ruptura dinástica; hay que aceptar a don Juan Carlos y gestionar con toda la oposición democrática que le apoyen, garantizando que haya elecciones libres». Al final todo el mundo fue dándose cuenta de que don Juan Carlos iba a ser un hecho, de que el Ejército estaba muy unido a él, de que era una prolongación de la dictadura bastante más larga que la de Caetano, y de que lo que estaba proponiendo don Juan era: «Acepten a mi hijo, convertido en rey y yo no abdico hasta que no haya convocado elecciones libres».

El 14 de junio de 1975, con Franco gravemente enfermo, un centenar de destacados políticos moderados de la oposición, la mayoría de los cuales nutriría pronto las filas de Unión de Centro Democrático (UCD), procedentes de las distintas regiones de España, se reunía en Estoril en torno a don Juan. Entre ellos figuraban: Antonio Fontán, Prados Arrarte, Fernando Álvarez de Miranda, Chueca, Broseta, Manuel Jiménez de Parga, Joaquín Muñoz Peirás, Antonio Menchaca, Adolfo Careaga, Jaime Cortezo, Íñigo Cavero, Carlos Bru, Marcelino Lobato, Francisco Zaragoza, Carlos Ollero, Luis Rosales, Joaquín Satrústegui, Vicente de Piniés, Jaime Miralles y Jaime García de Vinuesa. Las mesas estaban adornadas con banderas españolas y claveles rojos —estos hacía alusión a la Revolución de los claveles en Portugal—. Don Juan reafirmó sus derechos como heredero del trono, insistió en la

necesidad de democratizar España y del refrendo popular de la monarquía y defendió su compromiso con las libertades y los derechos humanos. Y volvió a rechazar la Ley de Sucesión y la aplicación de la misma en la persona de su hijo. «Para llevar a cabo esta operación —dijo— no se ha contado conmigo ni con la voluntad libremente expresada del pueblo español... Mi juicio no ha cambiado ni puede cambiar. Por razones personales, humanas al fin y al cabo, no considero preciso ser más explícito».

Cuando denunció en el mismo acto las disposiciones para la sucesión como una argucia para la continuidad del régimen, cundió la alarma entre los reformistas del mismo, que comprendieron que no había más salida que la democracia. Pero todo esto le dejó en una posición desairada a Juan Carlos, que comprobaba, cuando ya tocaba el trono con las manos, que su padre seguía desautorizándole. Llamó a lord Mountbatten y le confesó, para que se lo transmitiera a don Juan, que se sentía abochornado. Lord Mountbatten llamó a su primo y le recriminó «ese discurso tan extraño, que tanto ha azorado a tu hijo». Todavía le dolió más a Juan Carlos la feroz campaña contra su padre emprendida por la prensa del Movimiento. El Príncipe, muy preocupado, acudió a El Pardo. Le sorprendió que Franco no hiciera mención del discurso de don Juan. Él no se aguantó y sacó el tema a relucir. El anciano dictador le quitó importancia al asunto: «Otras veces —le dijo— hemos superado circunstancias parecidas». Juan Carlos, emocionado, no se contuvo y besó al Caudillo en la mejilla. Cuatro días después, sin consultarle, firmó Franco una orden a propuesta de Arias Navarro por la que se prohibía otra vez a don Juan la entrada en España, en el momento mismo en que recorría varios puertos españoles. El presidente Arias, en un gesto de humillación y desprecio, ni siquiera informó al Príncipe de su decisión. Por si fueran pocas las adversidades, dos días antes, en un extraño accidente de carretera, había muerto Fernando Herrero Tejedor, uno de los políticos del régimen en los que más confiaba Juan Carlos y con los que más contaba para el futuro. Además, fue sustituido por José Solís, partidario de Alfonso de Borbón, «el príncipe azul». Así que todo se complicaba. En el acto de despedida como vicesecretario general del Movimiento, Adolfo Suárez tuvo el valor de decir: «La monarquía de Juan Carlos de Borbón es el futuro de una España moderna, democrática y justa». Era uno de los escasos políticos de relieve con los que podía contar entonces el joven Príncipe.

El último verano de Franco fue inquietante. En julio recibió en el

pazo de Meirás, donde convalecía, a Juan Carlos y Sofía, que llegaron con sus hijos; actuó como un abuelo cariñoso, a pesar de las maledicencias vertidas contra ellos por la camarilla de El Pardo. El día 13 de agosto, ante un grupo de alféreces provisionales, rígidamente formados, que acudían a ofrecerle su lealtad de ex combatientes, el Generalísimo se echó a llorar inconsolablemente y, apoyado en el hombro del general José Ramón Gavilán y Ponce de León, acertó a decir entre sollozos: «Quieren destrozar España, quieren destrozar España». Dos días después volvieron a Galicia Juan Carlos y su familia para contrarrestar unos informes que había entregado a Franco su yerno, el marqués de Villaverde, sobre los contactos del Príncipe con la oposición. Y el día 22 de agosto, en la reunión del Consejo de Ministros celebrado en el pazo de Meirás, quedó aprobada una nueva ley antiterrorista de una especial dureza. Como consecuencia de la misma, se dictaron en varios consejos de guerra once condenas a muerte, cinco de las cuales fueron confirmadas en otro Consejo de Ministros presidido por un decrépito Caudillo, gravemente enfermo, el 26 de septiembre. De nada sirvió el clamor universal solicitando clemencia para estos jóvenes de ETA y del FRAP. Franco desoyó hasta la petición del papa Pablo VI. Don Juan, por medio de su hijo, pidió también clemencia inútilmente. Juan Carlos no fue consultado ni informado. Al amanecer del día siguiente eran fusilados en el acuartelamiento madrileño de Hoyo de Manzanares. Era la señal inequívoca del ocaso definitivo del régimen, envuelto en la protesta universal y con el rey de Marruecos aprovechando la ocasión para emprender la Marcha Verde sobre el Sahara. En estas circunstancias el príncipe Juan Carlos tuvo que hacerse cargo interinamente de la Jefatura del Estado, ante el agravamiento irreparable de la enfermedad de Franco.

Mientras tanto, don Juan, preocupado porque la caída estrepitosa del régimen se llevara consigo a su hijo y las posibilidades monárquicas, no dejaba de alzar su voz crítica. El 12 de noviembre, ocho días antes de la muerte de Franco, Juan Carlos se enteró de que su padre preparaba un manifiesto insistiendo en declarar ilegal todo el proceso de la sucesión. Tenía que convencerle de que aquello era sumamente inoportuno. Para ello, se le ocurrió enviar a París al general Manuel Díez Alegría, de talante liberal, quien comunicó a don Juan la decisión del Ejército de inclinarse por la sucesión monárquica en la persona de Juan Carlos. Le explicó lo delicado de la situación y le rogó que no hiciera nada que entorpeciera el ascenso de su hijo al trono. Para esta delicada

misión Díez Alegría contaba con la autorización del ministro del Ejército, Francisco Coloma Gallegos, que, con toda discreción, informó de los planes a los otros dos ministros militares: Mariano Cuadra Medina (Aire) y Gabriel Pita da Veiga (Marina). Cuando el presidente Arias se enteró de esa reunión, que interpretó como una conspiración del Príncipe con los militares, montó en cólera y estalló a gritos: «¡Ahora mismo me va a oír; a este niñato hay que ponerlo en su sitio!». Y cuando se encontró con él, le presentó la dimisión. Le dejaba solo en el peor momento. Después de distintos ruegos y gestiones, la más decisiva la del marqués de Mondéjar, que le abordó mientras Arias se cortaba el pelo en el hotel Palace, se volvió atrás; pero estaba claro que Juan Carlos no se podía fiar de él.

El Príncipe estaba solo mientras Franco agonizaba.

14

Al fin en el trono

Muerto Franco, Juan Carlos fue proclamado rey por las Cortes el 22 de noviembre, en una solemne ceremonia en la que tuvo que jurar fidelidad a las Leyes Fundamentales y a los Principios del Movimiento. Vestido de capitán general del Ejército, en su discurso ante la clase política del franquismo se vio obligado a hacer equilibrios: tuvo un recuerdo para Franco, pero también para don Juan, su padre, por haberle enseñado el sentido del deber; omitió toda alusión al 18 de Julio y dejó claro que empezaba una nueva etapa partiendo de la legalidad vigente. Sobre todo proclamó que la monarquía incluía a todos los españoles. Pero el acto tuvo toda la parafernalia y el espeso clima del pasado.

Su padre y su madre no asistieron a la ceremonia de su entronización ni a la misa de coronación, presidida por el cardenal Enrique y Tarancón, en la que estuvieron presentes, entre otros dignatarios del mundo democrático, el presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, y el canciller alemán, Willy Brandt. Era un espaldarazo definitivo. Don Juan siguió con emoción por televisión la ceremonia de las Cortes, todavía con invisibles crespones negros, y la esplendorosa consagración de los Jerónimos. Por primera vez Juan Carlos estaba bien acompañado. Su soledad era más soportable, aunque faltara la familia y persistiera la confusión dinástica.

El conde de Barcelona comprendió que había perdido la partida. La víspera de la muerte de Franco, José Luis de Vilallonga se vio con él en París, en casa del marqués de Marianao. Según el relato del propio Vilallonga, la Junta Democrática, en especial su coordinador, el intrigante García Trevijano,

> [...] tenía gran interés en enrolar al conde en sus filas, porque jugaban la carta del padre contra el hijo llamando a eso «la ruptura de todo lo que había sido contaminado por el franquismo», incluido, naturalmente, el propio don

Juan Carlos.

En aquellos días don Juan no respondía a las insistentes llamadas telefónicas de García Trevijano, Calvo Serer y Pepín Vidal Beneyto. Ante esta situación, enviaron a Vilallonga de emisario con el siguiente mensaje para don Juan: «Debía decirle —asegura Vilallonga— que adherirse públicamente a la Junta Democrática era la única vía de acceso al trono». Lo que en realidad le dijo fue:

> Señor, dentro de algunas horas Franco quizá haya muerto, y nosotros los monárquicos tendremos que hacer frente a una situación muy difícil. Nos vamos a encontrar con dos reyes: Vuestra Majestad en Estoril y don Juan Carlos en Madrid. ¿Qué debemos hacer?.

El conde de Barcelona le contempló largamente en silencio, su rostro se puso muy pálido, se concentró en sí mismo y con un tono grave le dijo: «¡Debéis ayudar al Príncipe con todas vuestras fuerzas!».

Estaba a punto de dejar libre el camino a Juanito ante los hechos consumados y, si su hijo respetaba la soberanía nacional, él le cedería sus derechos dinásticos, haciendo el sacrificio de su vida. Hasta entonces mantendría dichos derechos, heredados de su padre Alfonso XIII, con todas las consecuencias. Ya no podía ejercer dominio sobre el hijo, como había hecho de forma implacable hasta que él decidió salir de su autoridad y actuar por su cuenta en busca del trono. Lo que le quedaba ahora era asumir el papel de vigilante y consejero. Al rey Juan Carlos la sombra de su padre le inquietaba y le desasosegaba. En gran manera, le estorbaba. Prefería mirar hacia delante y minimizar el pasado. Más que crearle mala conciencia —algo que nunca se sabrá, porque es un sentimiento muy íntimo—, sus declaraciones le complicaban la vida en ese momento inaugural del reinado, erizado de dificultades procedentes tanto de las filas franquistas como de la oposición. Para los primeros era un traidor; para los segundos, el heredero de Franco. Hasta después de la abdicación, aunque nunca se quebró del todo el afecto mutuo, no se sintió políticamente cómodo con su padre, sino todo lo contrario.

Me confiesa Pilar de Borbón:

> A veces mi padre decía cosas que molestaban al Rey. Un día le pregunté: «¿Por qué sigues hablando?». Y me respondió: «Es el último servicio que voy a hacer a la monarquía; hay que decir estas cosas, y el único que las puede decir soy yo. Con el tiempo tu hermano se alegrará de que las haya dicho, porque había que decirlas». Y tenía razón. Las tenía que decir alguien de

peso que no fuera el Rey. Él lo hizo como servicio a su país.

La previsible reacción de don Juan a la muerte de Franco tuvo a Juan Carlos en vilo. Pasó varias noches sin dormir. Consideraba imprescindible el reconocimiento de su padre para poder emprender el desmantelamiento del régimen franquista. Sin embargo, a pesar de la intervención de Díez Alegría y de otras gestiones familiares, sobre todo por parte de doña María de las Mercedes, el 21 de noviembre se dio a conocer en París el manifiesto de don Juan, en el que señalaba las pautas de la monarquía restaurada y se refería a Juan Carlos simplemente como su «hijo y heredero». Esta declaración, además de inquietar seriamente al Príncipe cuando más necesitaba el apoyo de su padre, provocó una reacción de indignación en la prensa del Movimiento. Los políticos del régimen tenían todavía una posición dominante y el franquismo seguía vivo y excitado como un enjambre disperso y sin dueño. Como detalle, Carmen Franco, la hija del Caudillo y depositaria de su testamento político, en el que señalaba a Juan Carlos como su heredero, casi como si fuera un hijo, acudió presurosa a La Zarzuela a pedirle al Rey que mantuviera a Carlos Arias Navarro en la presidencia del Gobierno cumpliendo la voluntad de Franco. En todo caso el manifiesto sembraba confusión. Parecía extemporáneo.

—No, no fue extemporáneo —me dice Luis María Anson—, sino el manifiesto más inteligente de todos los que hizo don Juan. A mí me tocó no solo redactarlo, sino también pasarlo a máquina. Don Juan lo firmó el día 23, pero no quería hacer ninguna manifestación siendo ya su hijo rey, y se adelantó la fecha al 21. Hubo mucha pelea, claro. Don Juan Carlos había enviado a Díez Alegría, había enviado a Antonio Fontán... La posición de Pedro Sáinz Rodríguez, de Pemán y la mía era: «¡Se nos va la oposición democrática!». Don Juan les había pedido que se estuvieran quietos, evitando así la III República.

—Lo que le pedía su hijo el Rey encarecidamente por medio de Díez Alegría y de Fontán es que abdicara ya sin condiciones.

—Así es. La respuesta de don Juan fue: «Antes la monarquía tiene que cumplir una serie de condiciones y cuando las cumpla, yo abdico. Pero ¿cómo que abdique sin condiciones si yo he frenado un movimiento de III República que hubiera sido imbatible sin mi gestión?». Él les había dicho a los representantes de la oposición: «Confíen ustedes en mí, que llevo cuarenta años en el exilio. Habrá elecciones libres con mi hijo. Y luego hagan lo que quieran, lo que salga de las urnas». Es decir, en el momento de la muerte de Franco

don Juan le pone a su hijo las condiciones que debe cumplir la monarquía. No fue a la coronación de su hijo porque él no había abdicado todavía y seguía siendo el rey de derecho, aunque no de hecho.

—O sea, ¿cuál es la síntesis de aquel documento?

—La síntesis es: «Mira, hijo, lo que tiene que hacer la monarquía es devolver la soberanía nacional al pueblo español, y entonces yo abdico». Es lo que hizo cuando se convocaron las primeras elecciones.

En realidad, la idea de don Juan era presentar su renuncia coincidiendo con el regreso de los restos de su padre Alfonso XIII. Fueron Sáinz Rodríguez, Anson y Pemán —sobre todo, el primero— los que le convencieron de que esperara a que hubiera elecciones libres. No se fiaban aún de Juan Carlos. Aparecía ante ellos como franquista, lo mismo que para la oposición democrática. Para Santiago Carrillo, solo era una marioneta en manos de los franquistas y su reinado sería breve. El frívolo José Luis de Vilallonga afirmó que pasaría a la historia con el nombre de Juan Carlos *el Breve*. Para casi todos, su actuación fue una sorpresa. El propio Vilallonga lo reconoce muchos años después:

> Tuvo lugar otro milagro bajo los ojos fascinados de los españoles. El joven y silencioso Príncipe, a menudo melancólico, se transformó muy pronto en un ser afectuoso, cordial y extrovertido. A todos los que le habíamos tomado por una persona sin carácter y quizá incluso no demasiado inteligente, casi nos chocó aquella metamorfosis. Personalmente, me reproché terriblemente no haber comprendido que los silencios sombríos del Príncipe y la indiferencia que manifestaba ante las afrentas que le hicieron sufrir durante años los jerarcas del franquismo no eran más que una especie de fachada detrás de la cual se ocultaba una indomable voluntad de conseguir sus fines: restaurar la monarquía en España, con o sin su padre.

Don Juan estaba más inclinado a creer en los planes democratizadores de su hijo que sus consejeros y sus amigos de la oposición. Le conocía bien y conocía sus propósitos. Por eso el rey Juan Carlos recibió «con emoción, pero sin sorpresa», el mensaje secreto de su padre que le trajo Antonio Fontán el día 29 de noviembre, una semana después del manifiesto. Le comunicaba que a partir de entonces podía considerarse el jefe de la dinastía y legítimo rey de España. Escuchó con máxima atención el recado de su padre, y exclamó: «¡Qué padre tengo!».

La abdicación formal no ocurriría hasta el 14 de mayo de 1977, en vísperas de las primeras elecciones libres y una vez desmontado el régimen de Franco con la Ley para la Reforma Política,

promovida por el presidente Suárez. Hasta entonces aún habría momentos de incomodidad y tensión en las relaciones del padre y el hijo. Por ejemplo, al conde de Barcelona no le gustó que José María de Areilza formara parte del primer Gobierno de la monarquía, presidido por el insufrible franquista Arias Navarro.

Según Víctor Salmador, comentó:

> Está dispuesto a realizar para el nuevo rey el mismo programa que yo tracé para mi reinado. Que lo hagan otros, está bien. Pero que sea Areilza, en quien yo deposité mi confianza en momentos críticos, me parece muy mal. Le convierte en otro más de los que se colocan al sol que más calienta.

Don Juan es consciente de que su sol calienta ya más bien poco, de que le van dejando solo como una vía muerta de la Historia y de que su papel en este drama histórico prácticamente ha terminado.

El 21 de mayo de 1976 Juan Carlos recibió la visita de su progenitor en La Zarzuela. Llegó acompañado de sus hijas, Pilar y Margarita, con sus respectivos maridos. Era la primera vez que se reunía allí la familia desde la investidura de Juanito —este seguía siendo el nombre familiar— y esto parecía dar a entender que por fin el padre y el hijo habían llegado a un acuerdo sobre la cuestión dinástica. Tras el almuerzo, el Rey y su padre se retiraron a hablar a solas. Es seguro que repasaron la situación política, y parece que en el curso de la conversación don Juan le recomendó vivamente al Rey que prescindiera de Arias Navarro, que era el principal obstáculo para la reforma. El 1 de julio se consumaba su caída. Sería sustituido, para desconcierto de muchos, por Adolfo Suárez. Fue, sin duda, un acierto, que don Juan aplaudió enseguida.

Al conde de Barcelona le molestó seriamente que en enero de 1977 se le diera el título de Príncipe de Asturias a su nieto Felipe sin esperar a su abdicación. Era una prueba de que tanto Suárez como Juan Carlos sentían legitimada la nueva situación y minimizaban la importancia de la línea dinástica. Era como decir que en la etapa recién inaugurada lo mejor era no mirar más hacia atrás. Se hizo con el propósito de consolidar la nueva monarquía. El malestar de don Juan, que se sentía preterido, se manifestó a través de un comunicado del conde de los Gaitanes, que era el jefe de su gabinete de Información, en el que se denunciaba con duras palabras la inoportunidad de esta decisión. Era evidente que el rey Juan Carlos, con la complicidad del presidente Suárez, actuaba ya abiertamente como jefe de la dinastía.

También desagradó mucho a don Juan la negativa del Gobierno a instalar en el Palacio Real la capilla ardiente con los restos de

Alfonso XIII. El traslado se convirtió a propósito en una ceremonia menor. La razón que adujo Suárez ante Juan Carlos fue que iba a haber menos colas que con Franco y la gente haría comparaciones. Era un tiempo en que el presidente Suárez y el Rey actuaban en perfecta armonía. No fue casual que el regreso de los restos de Alfonso XIII se convirtiera en un acto de escasa relevancia. Es, en opinión de José Mario Armero, «como si el rey Juan Carlos hubiera querido romper de una vez con el pasado histórico; aquella ceremonia viene a significar para mí una ruptura definitiva entre el Rey y los monárquicos de antes». Incluido, me parece a mí, su padre.

Para estos monárquicos el rey Juan Carlos carecía todavía de las dos legitimidades que tienen los monarcas europeos: la dinástica y la constitucional. La primera la obtendría con la abdicación de don Juan el 14 de mayo, y la segunda cuando el pueblo votó la Constitución el 6 de diciembre de 1978. Tampoco al acto de la abdicación quisieron darle realce Suárez y el Rey. Incluso se llegó a proponer desde La Zarzuela que bastaba con que don Juan hiciera su renuncia por escrito desde Estoril. El conde de Barcelona —según Anson— tenía primero una idea muy marinera: propuso hacerlo en el portahelicópteros *Dédalo*. Tras él estaría su Consejo Privado y, enfrente, detrás de don Juan Carlos, el Gobierno en pleno, con el ministro de Justicia como notario mayor del reino. Desechada esta idea, se pensó en el salón del trono del Palacio Real. Al final se hizo en La Zarzuela, en una ceremonia menor. Por parte del Gobierno solo asistió Landelino Lavilla como ministro de Justicia, y del Consejo Privado, Pemán y Anson.

Recuerda Anson:

> El acto hubo que precipitarlo. Don Juan quería hacer la abdicación antes de las elecciones. Le parecía que hacerlo después era peyorativo, podía interpretarse como que se había resistido. Cumplió su compromiso con la oposición democrática e hizo dignamente el traslado de la legitimidad dinástica. Fue impecable. No hacía falta más solemnidad.

Entre los que se oponían a la abdicación figuraba Torcuato Fernández-Miranda, quien, tras prestar grandes servicios a la Corona, no supo dar el salto a los nuevos tiempos y se quedó en el camino. En este caso coincidía con los que pensaban que la monarquía de Juan Carlos había sido «instaurada» por Franco, que era la única fuente de su legitimidad, aparte de la legitimidad de ejercicio. Torcuato estaba con el rey del 18 de Julio.

Don Juan abdicó con estas palabras:

> Instaurada y consolidada la monarquía en la persona de mi hijo y heredero don Juan Carlos, creo llegado el momento de entregarle el legado histórico que heredé y, en consecuencia, ofrezco a mi patria la renuncia de los derechos históricos de la monarquía española. En virtud de esta renuncia, sucede en la plenitud de los derechos como rey de España a mi padre el rey Alfonso XIII mi hijo y heredero, el rey Juan Carlos.

Hasta el último momento fue obligado a retocar y suprimir frases del documento, que don Juan concluyó, visiblemente emocionado, inclinando profundamente la cabeza ante su hijo el Rey con las siguientes palabras: «Majestad, sobre todo España; todo por España», mientras las lágrimas afloraban a los ojos de los familiares presentes.

Recuerda su hija Pilar:

> Para mi padre fue durísimo. Fue una mañana tremenda. Teníamos todos cara de funeral. Comprendíamos que era el fin de todo. Estábamos de pie en aquel salón interno de La Zarzuela que lo mismo se usaba de comedor que de sala de audiencias. Él, que había entregado su vida por España, se sentía vejado y dolido. Aceptó que el acto se hiciera allí, en La Zarzuela, pero lo tomó como si se le quitara importancia a una cosa a la que él le daba mucha. Para él era fundamental y quería algo más de solemnidad. Pero lo que más le molestó fue que durante todo el tiempo le fueron eliminando frases de la declaración que él quería decir. En esto Landelino había recibido órdenes concretas y no paró de podar el texto.

El rey Juan Carlos respondió a su padre con las siguientes palabras:

> Quiero cumplir como rey los compromisos de este momento histórico, quiero escuchar y comprender lo que sea mejor para España. Respetaré la voluntad popular defendiendo los valores tradicionales y pensando sobre todo que la libertad, la justicia y el orden deben inspirar mi reinado. De esta forma, la monarquía será elemento para la estabilidad necesaria de la nación.

Así concluía el largo drama. El hijo ganaba la disputa por la Corona. Don Juan abandonaba el escenario con los ojos enrojecidos por el llanto y la satisfacción del deber cumplido. Lo mejor para el Rey era que su padre desapareciera ya de los focos. Cuando a Joaquín Satrústegui se le ocurrió recoger firmas para un escrito en el que proponía al rey Juan Carlos que se otorgara oficialmente a don Juan el título de Su Majestad, en La Zarzuela no gustó nada.

Me dice Alfonso Osorio:

> La iniciativa le sentó al Rey como un tiro. Yo mismo, que había firmado el escrito, recibí una llamada de Sabino Fernández Campo

recriminándomelo. «Dicen en esta casa —me dijo— que por qué coño has firmado eso. ¡Retira la firma!». Y la retiré.

15

El 23-F en familia

Faltaba la prueba de fuego y sucedió el 23 de febrero de 1981. Fue la noche más larga en La Zarzuela y en Villa Giralda. Todos los esfuerzos y sacrificios para recuperar la monarquía democrática podían esfumarse en unas horas. La familia real tuvo miedo. Estaban todos reunidos observando los denodados esfuerzos de Juan Carlos para parar a los capitanes generales. Los agrupaba el instinto de conservación. El cercano golpe de los militares en Grecia y el exilio del rey Constantino, el hermano de doña Sofía, flotaban en el ambiente, cada vez más espeso. En La Zarzuela siguieron los acontecimientos en familia y temieron que en cualquier momento se verían rodeados por los carros de la Acorazada, que ya habían salido a la calle. Nadie estaba seguro de que, una vez tomado el Congreso de los Diputados por los guardias de Tejero y ocupadas las calles de Valencia por los tanques de Milans del Bosch, no triunfara el «golpe duro», llevándose por delante los planes del general Armada de imponer por la fuerza un Gobierno de salvación nacional presidido por él mismo al servicio, según decía, de la Corona.

Alfonso Armada, con el respaldo de muchos políticos del PSOE, de la UCD y de la derecha, había enviado a La Zarzuela por escrito poco antes el plan aparentemente constitucional que había preparado el profesor Carlos Ollero, y al Rey, en principio, aquello no le pareció mal. Se trataba de sustituir a Adolfo Suárez por un Gobierno de gestión y de cambiar el rumbo de la política nacional ante la presión militar, los despropósitos políticos y la sangrienta presión de ETA. De ahí la tremenda confusión de aquella noche. Nadie estaba seguro de quién había detrás ni de cómo iba a acabar aquello. La mecha encendida podía alcanzar en cualquier momento el polvorín. No habría ya marcha atrás y saltaría todo por los aires.

Pilar de Borbón, la hermana del Rey, no olvidará fácilmente aquella noche. Su relato ofrece detalles desconocidos y

significativos:

> Yo llegué tarde a La Zarzuela porque habíamos estado antes reunidos en casa. Vinieron todos los hermanos de mi marido. Uno de esos días en que no hay apenas nada que comer en casa y hubo que improvisar una cena frugal. A las diez y media me fui para allá con mi marido. Y fue terrible. En la puerta de La Zarzuela, en la entrada de abajo, no había más que un soldadito. Y la puerta estaba abierta. Podía haber entrado cualquiera. No entró Armada porque Dios no quiso. Nosotros entramos como Pedro por su casa, cuando los de televisión se disponían a salir en dos coches con la grabación duplicada del mensaje del Rey.

Toda precaución era poca. Prado del Rey estaba rodeado por los militares. Se reproducían en vivo los viejos temores. Con Franco agonizante, Juan Carlos le había dicho a Torcuato Fernández-Miranda: «Lo mismo podemos ver a gente que viene a ofrecerme la Corona sobre un cojín que a la Guardia Civil que viene a arrestarme». Esa era la sensación. Más de una vez había comentado lo mismo en familia. Ahora, con la Guardia Civil tomando el Parlamento a punta de metralleta, la segunda hipótesis no era descabellada.

Pilar de Borbón prosigue su relato:

> Estábamos todos en el despacho del Rey. Y decíamos Luis y yo: ¿Pero qué pintamos aquí nosotros? Estábamos todos los de la familia allí metidos, oyendo las conversaciones con Milans, con Laina..., escuchando a Valenzuela, a Sabino... El Rey me dijo: «Tú, Pilar, ocúpate de las comunicaciones con papá». Cada hora o cada tres cuartos de hora hablábamos. En cuanto pasaba algo, yo se lo contaba. Él se pasó la noche pegado al teléfono. Yo le dije: «Papá, la que va hablar contigo soy yo, porque Juanito está a otra cosa». «Pero cuéntamelo todo, eh...», me dijo. «Te lo contaré todo —le respondí—, tal como está ocurriendo». Y eso es lo que hice.

En todo drama suele haber siempre alguna escena de comedia. En este caso, la anécdota graciosa de la noche la protagonizó la infanta Margarita, la ciega.

> Mi hermana de vez en cuando se queda dormida. Pero se duerme muy dignamente. Está sentada, inclina la cabecita y se duerme profundamente. Es lo que ocurrió esa noche. Estábamos todos aterrados, porque temíamos que en cualquier momento llegaran los tanques de la Acorazada Brunete. ¡Es que creíamos que venían! Margarita mientras tanto dormía plácidamente. Y en eso, sonó un fuerte ruido. Mi hermana pegó un brinco de la butaca y dijo: «¡Coño, los tanques!». Y dirigiéndose a mi hermano, le dijo: «Juanito, pídeme un par de huevos fritos, que a mí este número no me coge con el estómago vacío». El ruido procedía del aire acondicionado que acababa de ponerse en marcha. Pero pasamos mucho miedo durante varias horas. Creíamos que

venía la Acorazada. Fue una noche toledana hasta que emitió la televisión el mensaje del Rey. Salimos de La Zarzuela a las ocho y media de la mañana.

Ese día, como otros lunes, don Juan había ido al cine con doña María, su mujer. Terminó la película y volvieron a casa en su «escarabajo» utilitario conducido por él mismo. Cuando se acercaban a Villa Giralda observaron que algo raro pasaba. Había un extraño movimiento de personas en la puerta y vieron al servicio alborotado. Nada más parar, se acercaron al coche y les dijeron: «Ha habido un golpe de Estado en Madrid». Les dominó a los dos el nerviosismo y la preocupación. Seguramente tendrían que volver a la política de resistencia. Don Juan se dirigió inmediatamente al teléfono. Tenía que hablar con su hijo. Imposible. Lo intentó varias veces, pero estaban cortadas las comunicaciones.

Entonces se acordó de que en un acto en el que había coincidido no hacía mucho con el presidente de la Telefónica de Portugal este le había dicho: «Si alguna vez tiene usted algún problema de comunicación, incluso fuera de España, nosotros tenemos siempre una línea reservada de emergencia que no está controlada. Le voy a dar el número». Y se lo apuntó en un papel. «Llame usted a este número —añadió— si lo necesita; habrá una operadora que le pondrá siempre con quien quiera».

¿Dónde demonios había puesto ese papel en el despacho? Nerviosamente revolvió la mesa, buscó en los cajones, hasta que lo encontró. Marcó el número secreto y le respondió la voz amable de una señorita. «Soy Juan de Borbón, padre del Rey de España —le dijo—. Necesito hablar urgentemente con mi hijo. Supongo que sabe usted lo que está pasando allí». Inmediatamente la operadora le puso al habla con La Zarzuela. Había pasado ya un cierto tiempo desde el inicio del golpe y él quería decirle a su hijo lo que creía que debía hacer en ese trance. «No hizo falta —ha reconocido el conde de Barcelona—; él se sabía bien la lección». La historia se la contó don Juan a Emilio Contreras en la casa de Jesús de Polanco en Santillana del Mar, y esta versión es la que recojo con la mayor fidelidad posible. Don Juan habló, si acaso, una vez con el rey Juan Carlos aquella noche por este conducto especial; el resto de las veces atendió las llamadas su hija Pilar, que le fue informando de lo que pasaba. El 23-F su papel ante su hijo fue secundario, muy secundario.

Pero la historia del teléfono y del número secreto no acaba aquí. Dos días después, cuando se había restablecido en España la normalidad, don Juan llamó al presidente de la Telefónica para agradecerle el favor y, de paso, para decirle que quería darle

también las gracias personalmente a la telefonista que tan amablemente le había atendido. Una vez comprobada la identidad de esta y la dirección de la oficina donde trabajaba, don Juan montó en su «escarabajo» y se fue a verla con una pequeña caja de bombones. La saludó y, cuando intentó mostrarle su gratitud, ella le interrumpió:

> No tiene usted que darme a mí las gracias por nada; yo soy del Partido Comunista, y sabía que los fascistas querían volver a tomar el poder en Madrid. También sabía que usted siempre había estado enfrentado a Franco y, por tanto, que los consejos que le daría esa noche a su hijo iban a ser para oponerse al golpe de Estado. Así que estuve encantada de ponerle en contacto con él.

El rey Juan Carlos paró aquella noche el golpe a la vista de todos los españoles. La monarquía recién restaurada, que había obtenido la legitimidad dinástica con la renuncia de don Juan y obtendría la legitimidad constitucional con la aprobación de la Constitución de 1978, logró así de pronto la legitimidad popular o de ejercicio. Francisco Umbral resumió bien el sentimiento general de los españoles en un artículo escrito la noche del 23-F: «Cuando los españoles creíamos merecernos algo mejor que un rey, resulta que tenemos un rey que no nos merecemos». Para que se realizara completamente el sueño del conde de Barcelona faltaba únicamente el triunfo del PSOE en las urnas en octubre de 1982. Ese día Juan Carlos se convertía ya sin discusión en rey de todos los españoles, de los vencedores y de los vencidos.

En España no había un sentimiento monárquico generalizado. «Lo que ha subyugado a los españoles —declaró Felipe González en vísperas de llegar a La Moncloa— no es la institución en abstracto, sino el Rey... La gran suerte de esta monarquía es que no haya partido monárquico para “defenderla”. Siempre han sido los monárquicos los que se han cargado las monarquías». A la institución le venía bien la pasada por la izquierda. Tanto don Juan como el rey Juan Carlos estaban convencidos de que la monarquía solo se consolidaría con un largo periodo de gobierno de izquierda y un buen entendimiento con el Partido Socialista. Felipe González había comprobado esa buena disposición cuando se vio por primera vez con don Juan en casa de Alfonso S. Palomares, con la mayor discreción, en una comida en la que estuvieron también presentes Pedro Sáinz Rodríguez, Beltrán de Alburquerque y Luis María Anson.

Después del 23-F y del abrumador triunfo socialista del 28 de

octubre de 1982, España se hizo juancarlista. El rey Juan Carlos se acomodó bien a la nueva situación. Esta capacidad de adaptación, después de una preparación tan dura y tan larga, es una de sus principales virtudes. Ha aprendido bien el oficio. El sentido del deber ha prevalecido siempre sobre cualquier apetencia personal. Incluso sobre los sentimientos íntimos. Lo primero es la Corona. Me pregunto, lo mismo que Armero, qué clase de hombre hay que ser para sonreír cada día a gente que uno detesta y para estrechar impasible la mano a quienes se desprecia.

En la medida en que se imponía en España el juancarlismo se esfumaba hasta desaparecer el papel político de don Juan, que quedó, al fin, rendido a su hijo. Se convenció de que la operación no habría triunfado con él. Si el rey Juan Carlos no hubiera tenido la formación militar que tuvo y amigos fieles en el Ejército habría sido imposible reconducir la situación la noche del 23-F. Me cuenta Emilio Contreras, entonces gobernador civil de Santander, que el conde de Barcelona le dijo en marzo de 1982 —por entonces operaron a doña María de la cadera y quedó en una silla de ruedas — en la sede de la Fundación Santillana: «Mi hijo es el rey más querido de la Historia de España por el pueblo, más que Felipe II. Este pudo ser más respetado, pero la popularidad y el amor del pueblo a mi hijo no los ha tenido ningún rey de España». Estaba profundamente orgulloso de él.

A partir de entonces hubo armonía entre el padre y el hijo; pero cada uno en su sitio. El éxito histórico del hijo compensó en parte al padre de su histórico fracaso personal. Las desavenencias ocurrieron por cuestiones menores. El caso de Mario Conde fue uno de esos motivos de discordia. El polémico personaje buscó el favor de la Corona para realizar sus ambiciosos planes políticos y, cuando cayó en manos de la Justicia, para que le librara de la quema. El Rey no movió un dedo. No quería verlo ni en pintura. Un día le envió a La Zarzuela un carísimo reloj y se lo devolvió por medio de Sabino Fernández Campo. Este falleció convencido, según me confesó unos meses antes de su muerte, de que su cese como jefe de la Casa del Rey, después de ciertos dosieres enviados a La Zarzuela, se debió a las maniobras de Mario Conde, a quien, para buscar el favor real, le estorbaba su presencia cerca del monarca. Después buscó el rodeo del padre del Rey haciéndose cargo del coste de la enfermedad de don Juan en la clínica de Navarra. «Para un rey —ha confesado Juan Carlos— es difícil tener amigos; difícil y peligroso. Cuando se es rey no siempre es fácil distinguir entre un cortesano y un amigo. Por lo demás, rara vez me equivoco a este respecto».

La última aparición pública de don Juan fue el 18 de enero de 1993 en la Clínica Universitaria de Navarra, cuando su hijo el Rey le entregó, rodeado de toda la familia, la Medalla de Oro de Navarra en reconocimiento a sus esfuerzos en favor de la democracia en España. El cáncer terminal que padecía le impidió pronunciar su contestación, que fue en realidad su despedida de la nación. Se encargó de leer el papel su nieto, el príncipe Felipe. En su nombre y en el de su fiel compañera, doña María de las Mercedes, que tan grandes servicios prestó a la convivencia familiar y a la monarquía, expresó «nuestra dicha, como súbditos, y alegría, como padres, de ver encarnada en nuestro hijo para el bien de España la institución a la que hemos dedicado la vida. Por eso podemos decir con orgullo: Señor, deber cumplido».

Don Juan murió el 1 de abril, aniversario de la victoria de Franco en la Guerra Civil, dos meses antes de cumplir ochenta años. Concluía así uno de los grandes dramas personales de la Historia de España del siglo XX. Había cumplido su misión, se había quedado fuera del reparto y nadie le echaría ya de menos.

Epílogo

El rey de la mirada triste

Miles de españoles visitaron la capilla ardiente instalada en el Palacio Real. Fue la victoria de don Juan después de muerto sobre Franco. Gentes de toda ideología y condición honraron por fin al hombre que había soñado cada día con ser el rey de todos los españoles. Tuvo lugar así, con un poco de retraso y en el marco adecuado, su único momento de gloria antes de ser sepultado en el Panteón de Reyes. Un reconocimiento tardío, pero justo. A La Zarzuela llegaron cuatro mil telegramas de pésame procedentes del mundo entero. El solemne funeral córpore insepulto se celebró en la basílica del monasterio de San Lorenzo de El Escorial el día 3 de abril de 1993 cuando apuntaba la primavera en los montes cercanos. Una multitud, con ese instinto infalible del pueblo, se congregó en torno al monasterio, deseosa de honrar a un gran hombre.

Acompañaron a la familia real el Gobierno en pleno, el cuerpo diplomático y dignatarios extranjeros, entre ellos el presidente Soares y el príncipe Carlos de Inglaterra. Todas las miradas se dirigieron al Rey, vestido de uniforme de la Armada, visiblemente abrumado por la tristeza y por una mezcla de sentimientos. Mientras daba sepultura a su padre, pasó inevitablemente por su cabeza la película de su vida y valoró con especial lucidez el tremendo coste que había supuesto para los dos, para él y para su padre, el restablecimiento de la monarquía. Recogido sobre sí mismo, con los ojos enrojecidos, comprendió en toda su dimensión el enorme sacrificio de ese hombre que yacía ahora inerte, cansado de luchar, al pie del altar mayor, con el que había tenido sus más y sus menos. De la durísima y estricta sumisión había pasado a la rebeldía: a perseguir la Corona por su cuenta. Para ello había tenido que aliarse con Franco, enemigo declarado de su padre. Ciertamente, don Juan se había llevado la peor parte; pero por fin guardaba silencio. Ya no complicaría más las cosas ni produciría

inoportunas interferencias con manifiestos y declaraciones. Ahora descansaba, por fin, en paz en el Panteón de Reyes con su sueño cumplido. El sueño de don Juan se realizaba paradójicamente en la persona de su hijo, que le había desplazado y le había dejado en el margen de la Historia, a pesar de que siempre se habían amado. Este era el desenlace del drama.

Mientras bajaba el telón, Juan Carlos recordó el internado de Friburgo, con ocho años, sin noticias de casa; el viaje de aquella noche de noviembre en el *Lusitania Express,* con diez años, camino de España; las idas y venidas, sometido sin rechistar durante la niñez y gran parte de la juventud como una pelota de ping-pong al juego político entre el General y su padre; la severidad de este, su ausencia, la estricta vigilancia del otro; el paso por las Academias militares y, sobre todo, la muerte accidental de Alfonsito la tarde de Jueves Santo, con aquella maldita pistola que don Juan arrojó al mar. Toda la vida ha tenido la sensación de que desde entonces la sombra del hermano muerto se interponía entre él y su padre. Ahora, mientras sonaba el réquiem en la basílica, sentía especialmente las fuertes desavenencias que había tenido con su padre: su decisión, después de la boda, de dejar la casa de Estoril e irse a vivir, como quería Franco, a La Zarzuela; el día de junio de 1966 que se negó a acudir a la reunión de Estoril y salió formalmente de la autoridad de su padre; la grave crisis de 1969, cuando fue nombrado sucesor a título de rey; aquella discusión en el hotel de Lausana con la reina Victoria de cuerpo presente... Y pensó con ternura en su madre, doña María de las Mercedes, que estaba detrás en su silla de ruedas, con la cabeza ladeada, sufriendo en silencio, lo mismo que toda su vida. Ella, que tanto había hecho para suavizar tensiones y tanto le había ayudado a él en los momentos clave.

Después de tanto dolor y soledad, no es extraño, si se observa con detenimiento, que en los ojos del rey Juan Carlos haya siempre, a pesar de su risa fácil y su cordialidad, un fondo de tristeza. Los que le han tratado de cerca, tanto de niño como de mayor, coinciden en esto. En los ojos del Rey destaca este rasgo de profunda melancolía y soledad. Me parece que en el drama shakespeariano, un verdadero drama regio del que se da cuenta en este libro, aparecen las razones de esta humana peculiaridad.

Todo se recompone al final. Los genes y el cielo han querido, como recompensa o como recordatorio, que el rostro del Rey haya ido transformándose a medida que envejecía en el rostro de don Juan, su amado padre.

Bibliografía

Alba, Víctor, *La soledad del Rey*, Planeta, Barcelona, 1981.

Anson, Luis María, *Don Juan de Borbón,* Plaza y Janés, Barcelona, 1974.

Areilza, José María, *Diario de un ministro de la monarquía,* Planeta, Barcelona, 1977.

Armada, Alfonso, *Al servicio de la Corona,* Planeta, Barcelona, 1983.

Bardavío, Joaquín, *Los silencios del Rey,* Strips Editores, Madrid, 1979.

Borras Betriu, Rafael, *El rey de los rojos. Don Juan de Borbón, una figura tergiversada,* Los Libros de Abril, Barcelona, 1996.

Burns Marañón, Tom, *Conversaciones sobre el Rey,* Plaza y Janés, Barcelona, 1995.

Calvo Serer, Rafael, *Franco frente al Rey,* Edición del autor, París, 1972.

Calvo-Sotelo, Leopoldo, *Memoria viva de la Transición,* Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

Carrillo, Santiago, *Memorias,* Planeta (Espejo de España), Barcelona, 1993.

Cierva, Ricardo de la, *Don Juan de Borbón: por fin toda la verdad*, Editorial Fénix, Madrid, 1997.

Colectivo Democracia, *Los Ejércitos... más allá del golpe,* Planeta, Barcelona, 1981.

Escudero, José Antonio, *et. al., El Rey,* Planeta, 2008.

Federica de Grecia, Reina, *Memorias,* G. del Toro Editor, Madrid, 1971.

Fernández-Miranda Lozana, Pilar y FErnández-Miranda Campoamor, Alfonso, *Lo que el Rey me ha pedido,* Plaza y Janés, Barcelona, 1995.

Fraga Iribarne, Manuel, *Memoria breve de una vida política,* Planeta, Barcelona, 1980.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco,* Planeta, Barcelona, 1976.

Gil, Vicente, *Cuarenta años junto a Franco,* Planeta, Barcelona, 1980.

Gil-Robles, José María, *La monarquía por la que yo luché: páginas de un diario (1941-1954),* Taurus, Madrid, 1976.

Giménez-Arnau, José Antonio, *Memorias de memoria*, Destino, Barcelona, 1978.

González-Doria, Fernando, *Don Juan de Borbón, el padre del Rey,* Bitácora, Madrid, 1990.

Gracia, Fernando, *La madre del Rey. La vida de doña María de las Mercedes: una causa histórica,* Planeta (Temas de Hoy), Madrid, 1994.

Hernández, Abel, *Suárez y el Rey*, Espasa Calpe, Madrid, 2009.

Laot, Françoise, *Juan Carlos y Sofía,* Espasa Calpe, Madrid, 1987.

López Rodó, Laureano, *La larga marcha hacia la monarquía,* Noguer, Barcelona, 1977.

—*Memorias: años decisivos,* Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1991.

Martín Villa, Rodolfo, *Al servicio del Estado,* Planeta, Barcelona, 1984.

Mérida, María, *Un rey sin corte*, Planeta, Barcelona, 1993.

Osorio, Alfonso, *Trayectoria política de un ministro de la Corona,* Planeta, Barcelona, 1980.

—*De orilla a orilla,* Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

PALACIOS, JESÚS, *Los papeles secretos de Franco. De las relaciones con Juan Carlos y Don Juan al protagonismo del Opus*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.
PEMÁN, JOSÉ MARÍA, *Mis almuerzos con gente importante*, Dopesa, Barcelona, 1970.
—*Mis encuentros con Franco*, Dopesa, Barcelona, 1976.
PÉREZ MATEOS, JUAN ANTONIO, *Juan Carlos. La infancia desconocida de un rey*, Planeta, Barcelona, 1980.
—*El rey que vino del exilio,* Planeta, Barcelona, 1981.
POWELL, CHARLES T., *Juan Carlos, un rey para la democracia,* Planeta, Barcelona, 1995.
PRESTON, PAUL, *Juan Carlos, el rey de un pueblo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003.
SATRÚSTEGUI, JOAQUIN, *et al., Cuando la Transición se hizo posible. El «contubernio de Múnich»,* Tecnos, Madrid, 1993.
SUÁREZ, ADOLFO y HERNÁNDEZ, ABEL, *Fue posible la concordia,* Espasa Calpe, Madrid, 1996.
TIERNO GALVÁN, ENRIQUE, *Cabos sueltos,* Bruguera, Barcelona, 1981.
TOQUERO, JOSÉ MARÍA, *Franco y Don Juan: la oposición monárquica al franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989.
—*Don Juan de Borbón, el Rey padre,* Plaza y Janés, Bacelona, 1992.
TUSELL, JAVIER, *Juan Carlos I. La restauración de la monarquía,* Temas de Hoy, Madrid, 1995.
URBANO, PILAR, *La Reina*, Plaza y Janés, Barcelona, 1996.
VILALLONGA, JOSÉ LUIS DE, *El Rey. Conversaciones con D. Juan Carlos I de España,* Plaza y Janés, Barcelona, 1993.

Notas

1 Reconstruyo esta conversación fundamental utilizando la información facilitada por Paul Preston en el capítulo «Con la meta a la vista» de su libro *Juan Carlos, el rey de un pueblo*. Viene avalada por una amplia documentación bibliográfica coincidente y quedan pocas dudas de su autenticidad en lo esencial. Este era, en el día de San Juan de 1969 —onomástica de ambos—, el verdadero clima del drama político y personal que se estaba desarrollando entre el padre y el hijo.

Don Juan y Juanito
Abel Hernández
ISBN edición en papel: 978-84-670-3554-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Abel Hernández, 2011

© Espasa Libros, S. L. U., 2011
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2011

ISBN: 978-84-670-3623-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com